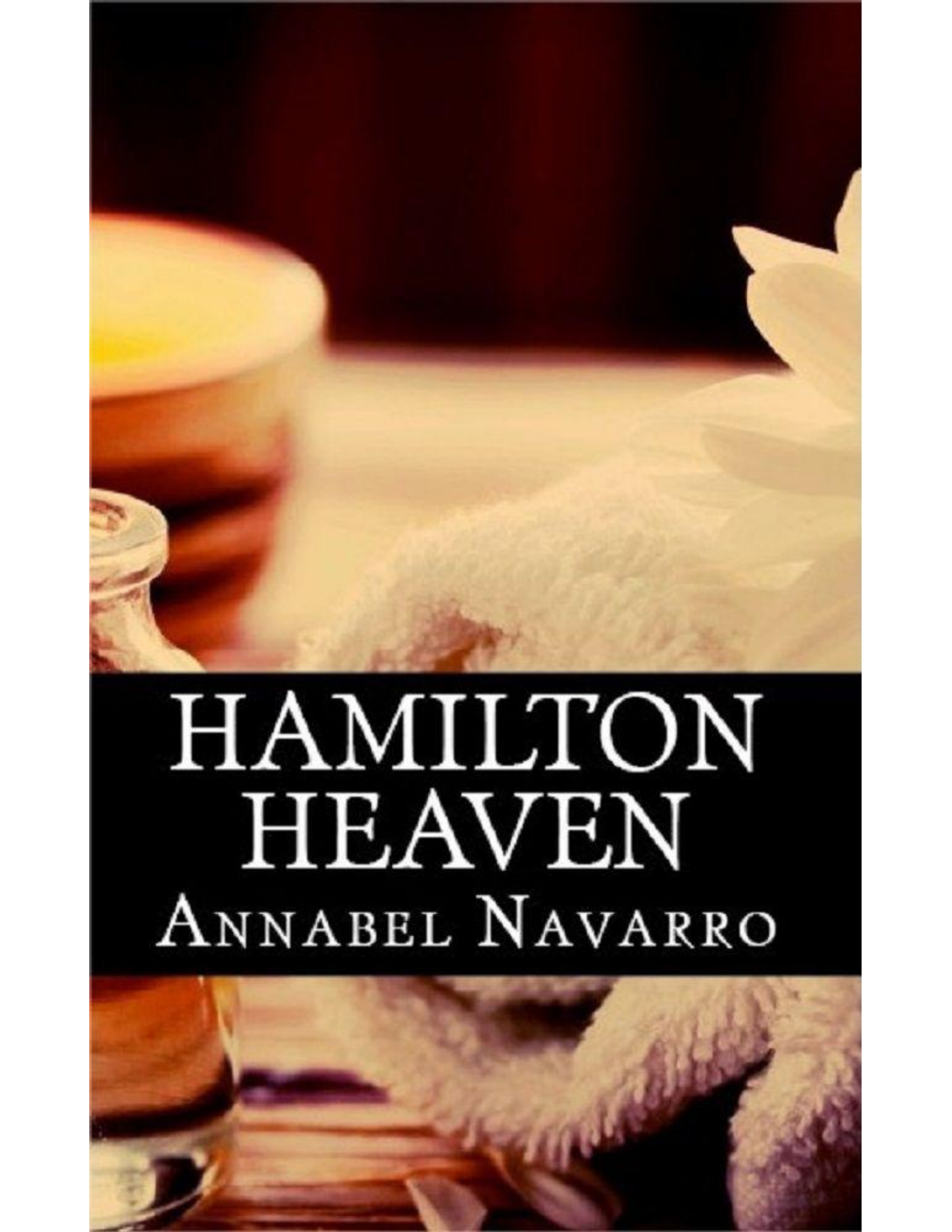




HAMILTON HEAVEN

ANNABEL NAVARRO

Hamilton Heaven

Annabel Navarro

Título: Hamilton Heaven

Autor: Annabel Navarro

© Annabel Navarro Cuevas, 2014

Todos los derechos reservados.

1ª edición. Septiembre 2014

ISBN 978-1502438577

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier formato o por cualquier medio, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art.270 y siguientes del Código Penal)

""Una vez descartado lo imposible, lo que queda, por improbable que parezca, debe ser la verdad"

—Sir Arthur Conan Doyle.

Sinopsis..... 9

Prólogo..... 11

Capítulo I..... 17

Capítulo II..... 29

Capítulo III..... 35

Capítulo IV..... 57

Capítulo V..... 67

Capítulo VI..... 73

Capítulo VII..... 83

Capítulo VIII..... 93

Capítulo IX..... 101

Capítulo X..... 109

Capítulo XI..... 125

Capítulo XII..... 135

Capítulo XIII..... 141

Capítulo XIV..... 151

Capítulo XV..... 155

Capítulo XVI..... 175

Capítulo XVII..... 191

Capítulo XVIII..... 203

Capítulo XIX..... 213

Capítulo XX..... 219

Capítulo XXI..... 237

Capítulo XXII..... 247

Capítulo XXIII..... 257

Capítulo XXIV..... 263

Capítulo XXV..... 275

EPÍLOGO..... 299

AGRADECIMIENTOS..... 307

Hamilton Heaven

Annabel Navarro

Hamilton Heaven es un centro de relajación muy exclusivo y privado en Vermont donde Natalie Davis decide acudir para superar su traumática experiencia en Village Street. Tras la resolución de su primer caso en solitario y tener que afrontar una situación que perturbaría al más templado de los detectives, Natalie no consigue apartar de su mente ni la culpabilidad ni la macabra escena.

Lo que parecían unas tranquilas vacaciones acabarán por complicarse cuando uno de los huéspedes del centro sea encontrado muerto en su habitación, aparentemente, tras suicidarse. Natalie no está conforme con el veredicto, su instinto le dice que es un montaje; se empeñará en dedicar todos sus esfuerzos a hallar la verdad... hasta sus últimas y peores consecuencias.

Prólogo

Este libro continúa cronológicamente la historia narrada en mi anterior novela “El asesino de Village Street”.

“El asesino de Village Street” se desarrolla en un tranquilo y alejado pueblo del sur de EE.UU al que llega una atractiva joven con la intención de preparar su tesis universitaria. Natalie Davis, una novata investigadora, que tendrá que recomponer el puzzle que la llevará hasta el responsable de varios asesinatos; un carnicero sangriento capaz de mutilar y hacerse con el hígado de sus víctimas como trofeo.

Todo transcurre con normalidad hasta que dos semanas después de su llegada, descubre unas marcas en el camino que la llevan a un macabro escenario. Desde ese momento asume su papel de investigadora y trata de reunir las pruebas necesarias para descubrir al culpable. La falta de experiencia y las limitaciones técnicas, obligan a Natalie a improvisar y asumir una responsabilidad que le viene demasiado grande.

ALERTA SPOILER (No leer si no has leído “El asesino de Village Street”)

La novela concluye escoltando al asesino en el avión privado del FBI rumbo a Nueva York, donde será juzgado. Jack Meyer, el jefe de Natalie, le da instrucciones a su equipo para que, tanto el asesino como la agente Davis, mantengan las distancias. Natalie se siente confundida, abatida, a pesar de poder sentirse orgullosa de todo el trabajo que ha desempeñado. Algunas cuestiones quedan en el aire como qué sucede con la protagonista tras asumir todo lo sucedido o cuál será el destino del asesino. FIN SPOILER.

Tras la resolución de su primer caso en solitario y tener que afrontar una situación que perturbaría al más templado de los detectives, se inicia esta historia titulada “Hamilton Heaven”.

Quiero dejar claro que no es una saga, ni siquiera puede considerarse una secuela. Las referencias a la anterior novela son determinantes para conocer la situación psicológica de Natalie pero no marcan la nueva historia. Se han incluido dos fragmentos que se indicarán con el símbolo (*) para que los que hayan leído el primer caso y quieran, puedan obviar su relectura. El asesino de Village Street tendrá un papel decisivo y, por fin, se conocerá cuál será su futuro. Mi intención es crear una serie negra formada por distintos casos (ya sean protagonizados por Natalie Davis u otros personajes diversos), no alargar una primera novela que desde su concepción tenía su final marcado.

Espero que disfrutes de este nuevo caso en el que la joven detective tendrá que poner una vez más a prueba la seguridad que tiene en sí misma, sus habilidades y el don para configurar en su mente la imagen completa del crimen.

Recuerda que tienes a tu disposición mi web de autora www.annabelnavarro.com, mi twitter @annabelnac y la fanpage de Facebook “La sonrisa del durmiente” donde compartiré todas las novedades, reseñas y opiniones de lectores.

Nos seguimos leyendo. Annabel Navarro.

*Nota del autor- Los textos en cursiva hacen referencia a escenas del pasado o a flashbacks de los personajes.

Capítulo I

Habían pasado ya cinco semanas desde que la agente Natalie Davis, junto a su equipo, escoltara al asesino de Village Street a Nueva York para interrogarlo, juzgarlo y condenarlo; pero lo que ninguno había previsto era la expectación y enfermiza admiración que había despertado Mark Jones y su amistad con la agente. Los periódicos y redes sociales se habían hecho eco de inmediato, e incluso habían salido defensores del asesino alegando las circunstancias extremas que lo habían convertido en un monstruo. La polémica estaba servida; y todo aquel revuelo no contribuía a que Jack Meyer, el jefe de Natalie, adquiriera una actitud más condescendiente con ella.

Brandon, Joe y Jessica se agolpaban en la mesa para observar, a través de la cristalera que delimitaba el despacho de su jefe, como Jack Meyer sermonaba a Natalie Davis. Olivia se unió al grupo. Jack tenía el pelo castaño, ojos verdes, piel bronceada y barba de varios días; bajo su chaqueta podía averiguarse que era asiduo al gimnasio.

—¿En qué estabas pensando? ¡Es lo menos profesional que he visto en mi vida! ¿Sabes que tu actitud irresponsable podría estropear todo el caso?
—Ni lo planeé ni estuve con un asesino; estuve con Robert Green y al que van a condenar es a Mark Jones.
—¿Sabes que podrían invalidar toda la investigación por tu jueguito?
—No sucederá nada de eso. Tienes su declaración firmada, asumirá sus palabras delante del juez.
—¿Pero eres consciente de lo que has hecho? ¡La prensa no habla de otra cosa y esos periodistas esperan en la puerta como hienas!
—El director de la agencia me ha felicitado e incluso me ha telefoneado el presidente.
—¿James B. Comey? ¿Obama? —Natalie asintió. —¡Me importa una mierda quien te haya felicitado! No dejes que se te suba tan pronto a la cabeza, aun puedo suspenderte por... —Jack Meyer alzó la vista y descubrió al equipo fisgoneando. Se asomó a la puerta y les gritó que volvieran al trabajo.

Los agentes fingieron obedecer; seguían tratando de entender todo aquel lío. Jack Meyer se había levantado de su asiento y paseaba su 1,80 de estatura por la oficina mientras Natalie miraba al infinito, casi sin pestañear. Estaba realmente furioso; él había intercedido por la agente garantizando que todas las especulaciones de la prensa solo eran rumores por la relación de cordialidad que había mantenido cuando el detenido era un simple sospechoso.

—Si no fuera por mí, estarías en la calle. Así que no pienses que eres tan importante —Meyer guardó silencio unos minutos para calmarse—. Creo que lo mejor es que te tomes unas vacaciones hasta que el juez dicte sentencia —dijo con tono conciliador.
—¿Cuánto tiempo? —quiso saber la agente.
—Un par de semanas, hasta que surja otro nuevo tema que tenga entretenidos a esos periodistas. Si no te ven, se olvidarán de ti enseguida.
—Está bien, así conseguiré que todo vuelva a la normalidad. Me iré de vacaciones.

Natalie salió del despacho, sin ni siquiera mirar a sus compañeros, giró en el pasillo y tomó el ascensor hasta llegar frente a la puerta del doctor Whiteman; el psicólogo de la agencia. Llamó tímidamente con sus nudillos y, sin esperar respuesta, abrió la puerta lo justo para asomar la cabeza.

—¿Estás ocupado? —preguntó obligando al terapeuta a levantar la vista de sus papeles.
—¡No, Natalie! Pasa, pasa... —la animó Whiteman; un hombre delgado, alto, con barba y pelo canoso, tan dulce en sus gestos y forma de hablar que despertaba la confianza en sus interlocutores. A Natalie le recordaba a Steve Jobs. La agente tomó asiento—. ¿Qué sucede? ¿Hay algún problema?
—El agente Meyer cree que debo tomarme unas vacaciones. —Natalie imprimía a cada palabra una marcada acentuación dejando visible su enfado.
—Ya habíamos hablado sobre eso y ambos acordamos que era una buena idea, ¿qué ha pasado para que te moleste? —quiso saber Whiteman.
—Tienes razón... no lo sé... —la joven respondía con evasivas, de sobra sabía que lo que le había molestado era la actitud arrogante de Meyer; la forma en que la había tratado y mirado con decepción y desprecio, y que su única preocupación fuera la agencia sin preocuparse de ella ni de sus sentimientos. Pero Natalie no estaba dispuesta a hacer a Whiteman cómplice de sus preocupaciones, no en esa ocasión.
—Si no es de eso de lo que has venido hablar, ¿entonces? —añadió el psicólogo con una enorme sonrisa.
—¿Recuerdas ese sitio del que hablamos? Ese en el que trabaja un antiguo compañero de la Universidad.
—Sí.
—Necesito que hagas esa llamada. Creo que es el mejor lugar al que puedo ir ahora mismo para desconectar de todo.
—Estoy de acuerdo contigo. No te preocupes ahora mismo hablaré con mi contacto pero... ¿seguro que no quieres hablar de otra cosa? —Natalie se puso en pie dedicándole su mejor sonrisa, admiraba su insistencia y su preocupación, aunque solo fuera parte de su trabajo.
—Hablaremos a la vuelta —añadió a modo de despedida. Whiteman no cabía en sí de gozo por los avances de la agente y porque siguiera sus consejos; ajeno a la pesadilla a la que se dirigía Natalie, continuó su trabajo.

Whiteman lo preparó todo para que ese mismo día, Natalie pudiera viajar a Vermont. Mientras ella se preparaba para iniciar sus vacaciones forzosas, Jack acudía a los juzgados para oír el veredicto sobre el caso Jones; había prohibido a Natalie que lo acompañara para evitar alimentar a la prensa sensacionalista. Él se sentó en la última fila para no llamar la atención de Mark Jones.

—Pónganse en pie. Abre la sesión, el honorable juez Philip Madison —anunció el aguacil. Cuando Madison se sentó, todos lo imitaron.
—Señor Mark Jones, póngase en pie por favor —pidió el juez. Jones no puso inconveniente —¿Cómo se declara de los cargos que se le acusa? Responsable de ocho muertes y una agresión —el juez leyó los nombres de las nueve víctimas.
—Me declaro culpable, señoría —respondió él. Su abogado le había aconsejado que afirmara no ser culpable para tratar de reducir la pena que, en caso contrario sería de pena de muerte o cadena perpetua, alegando que no había sido consciente de sus actos; pero Mark Jones había decidido ignorar las palabras del letrado.
—Señor Jones, atendiendo a su confesión y a las pruebas facilitadas por el FBI, es declarado culpable de los hechos imputados y pasará a disposición judicial donde cumplirá la condena de 100 años y un día; por el poder que me otorga el Tribunal de los Estados Unidos de América. Se levanta la sesión.

Mark Jones parecía satisfecho y abandonó sonriente la sala, acompañado de los custodios. Jack Meyer parecía disgustado, y salió colérico de la sala. Entretanto, Natalie hacía las maletas.

—¿Estás segura de que quieres irte otra vez sola? Podría pedir unos días que me deben en el trabajo e irnos juntas —sugirió Olivia Estévez, la agente se había convertido en su mejor amiga. Olivia, mientras esperaba una respuesta, se recogía el largo cabello oscuro dejando al descubierto su cuello casi oculto tras unos vistosos pendientes. La agente Estévez cuidaba su aspecto hasta el último detalle. Maquillaje impecable, peinado realizado con esmero, ropa de alta costura... nadie pensaría que con su físico, tuviera un coeficiente intelectual superior a la media.
—Me apetece hacer esto sola. Después de todo lo que ha pasado, necesito desconectar.
—¿Le has comentado a Jack lo de tus pesadillas?
—El no puede enterarse. Sería la excusa perfecta para deshacerse de mí.

—Está bien, no le diré nada; pero sabes que me preguntará y ¿cómo negarle algo a esos hoyuelos tan ricos?

—¡Oh, Oli! No empieces otra vez con eso.

—En serio, no puedo creer que continúes negándolo... —Olivia sabía que entre Natalie y Jack existía una mutua atracción secreta, y siempre que tenía oportunidad

trataba de sonsacarle algo a su amiga; ambas rieron. Olivia regresó al tema principal. —En serio, Nat, no vayas sola. O al menos elige un sitio de este estado.

—No insistas, iré a Vermont. Es como si no saliera de Nueva York, está a una hora y poco en avión. Olvida el tema y ayúdame con esta maleta—. Natalie evitó confesar su destino exacto, pues sabía que su amiga no cejaría hasta que informara a Jack.

—Nat, ¿estás bien? —preguntó al ver el rostro serio de su amiga.

—Sí, Olivia, todo está bien —la misma pregunta, la misma mentira.

—Natalie ¿no quieres despedirte de Jack antes de marcharte?—sugirió Olivia antes de salir del apartamento—. ¿Ni si quiera para saber cuál ha sido el veredicto?

—Lo único que quiero es olvidarme de todo —dijo con melancolía. Las mujeres cogieron el equipaje y se dirigieron al aeropuerto. En dos horas habría dejado atrás aquella pesadilla. Olivia despidió a su amiga en la puerta de embarque y retomó su camino para continuar con su quehacer diario. De repente su teléfono sonó.

—Olivia al habla.

—Hola Olivia, soy Jack. ¿Está Natalie contigo? La estoy llamando al móvil y lo tiene apagado.

—Acaba de subir al avión.

—¿A dónde va? —preguntó extrañado, no podía creer que no le hubiera avisado de sus planes.

—Aceptó tu sugerencia de tomarse unas vacaciones. Se ha ido unos días a Vermont.

—¿Cuándo vuelve?

—Pues tiene pensado estar allí un par de semanas, aunque no descartaba alargarlo un poco más.

—Bueno, supongo que es lo mejor.

—¿Ha ocurrido algo Jack? ¿Es por el caso Jones?

—Así es Olivia. Lo han condenado a cadena perpetua. Hay un auténtico circo alrededor de todo lo que implica ese ser despreciable.

—¡Oh, vaya! No creo que esas pesadillas desaparezcan... —calló de inmediato. —No he dicho nada.

—¿Qué pesadillas? ¿Natalie está bien?

—Prometí que no te contaría nada.

—Agente Estévez, por favor—. Jack trató de imponer su autoridad.

—Este asunto la ha superado. Lleva días sin dormir y cuando lo consigue las pesadillas la atormentan.

—¿Por qué no me dijo nada?

—¿Y qué volvieses a gritarle o la suspendieras?

—Es mi trabajo, jamás haría nada para hacerle daño. ¿Ella piensa que he sido demasiado duro?

—No se lo has puesto fácil, Jack. —Silencio—. ¿Jack? ¿Sigues ahí? —Pero Jack había colgado.

Capítulo II

Jack no lo pensó dos veces, en vez de ir directamente a la oficina, condujo en dirección al apartamento de Natalie. Algo muy importante debía haber en Vermont para que ella viajara a ese lugar en concreto, en vez de aprovechar esos días libres para visitar a su familia que vivía en la Costa Oeste, al otro lado del país; y la única forma que tenía para averiguarlo era colándose en casa de Natalie.

Aparcó frente al edificio y con paso decidido, tras colocarse sus gafas *Ray-Ban* y su chaqueta, se encaminó a la puerta principal. Phil, el conserje, le sostuvo la puerta para que entrara. Era un hombre de mediana edad, con las sienes despobladas y canosas, algo regordete y de baja estatura.

—¡Buenos días! ¿Viene de visita? —preguntó con una enorme sonrisa. El hombre debía conocer de sobra a los residentes de aquel edificio para realizar tal afirmación.

—Sí, cosas de trabajo —se limitó a responder Jack, mostrando su identificación del FBI; pero el conserje se tomaba demasiado en serio su trabajo para permitir que cualquiera deambulara por los apartamentos.

—Si viene a visitar a Natalie, se ha marchado de viaje; pero supongo que eso usted ya lo sabe —respondió Phil, con gesto serio. Jack era consciente que la única forma de conseguir su objetivo era entablando amistad con aquel hombre.

—Sí, se ha marchado a Vermont unos días. Quizás usted pueda ayudarme. Natalie olvidó darme unos informes y necesitaría usar su ordenador; pero ni siquiera tengo las llaves de su apartamento.

—Eso no es propio de Natalie, seguro que todo ese asunto del juicio contra Jones la ha despistado—. Phil parecía conocer demasiado bien a la agente, así que Jack debía descartar cualquier estrategia que lo comprometiera.

—Esa es una de las razones de que le haya concedido estas vacaciones. No nos hemos presentado, mi nombre es Jack Meyer y soy el jefe de Natalie. —La mirada de Phil brilló y una pícara sonrisa cruzó su cara.

—¡Encantado de conocerle! Yo soy Phil, conserje y amigo de Natalie. ¡Vamos! Le acompañaré al apartamento de Natalie, no quiero que pierda el tiempo en tonterías y cualquiera de esos horribles criminales tenga la oportunidad de huir. —Ambos subieron al ascensor. Phil pulsó el botón del décimo y último piso.

Cada planta contaba con ocho apartamentos distribuidos a lo largo de un ancho pasillo totalmente enmoquetado, decorado con tonos neutros que otorgaban tanto luminosidad con un moderno aire minimalista, y con actuales apliques de pared plateados. Era la primera vez que visitaba el apartamento de Natalie, ni siquiera había visitado aquel edificio que le recordaba más a un lujoso hotel que una zona residencial. Phil le abrió la puerta sin dejar de sonreír, a la espera de que comprobara lo que fuera que tuviera que hacer allí, para volver a su trabajo.

—Seguro que tiene mucho trabajo pendiente —le dijo Jack para persuadirlo y que lo dejara físgonear a su antojo. El anciano captó la indirecta.

—Volveré en quince minutos y luego tendrá que marcharse. Puede que usted sea del FBI y el jefe de Natalie, pero sin su autorización no estamos más que invadiendo su privacidad—. A Jack comenzaba a cabrearle aquel listillo, pero como no dejaba de llevar razón, el agente se limitó a asentir y conformarse con el tiempo que el conserje le concedía.

La puerta daba inmediatamente paso a una sala de estar muy amplia y de forma rectangular coronada por dos grandes ventanales sin cortinas. Un sofá de tres plazas de color gris con unos cojines de distintos colores muy llamativos, presidían la sala; junto a este, una mesa auxiliar y una estantería delimitaban el espacio. A la derecha estaba su habitación y el baño, y a la izquierda una minúscula cocina, con electrodomésticos de acero, que contaba con una ventana empotrada en la pared que comunicaba a la zona de la sala, donde había una mesa de madera con tapa de vidrio y asientos a juego. El suelo era de parqué macizo de nogal y las paredes pintadas de un blanco impoluto otorgaban calidez y confort. En la pared sur, a su derecha, Jack descubrió varias fotos colgadas de Natalie y sus hermanos; con sus padres; con su equipo del FBI tomando unas copas en el bar donde siempre acudían los viernes... Jack sintió no poder permitirse intimar más con ellos debido a la posición que ocupaba; por eso y por Natalie, quien era su debilidad, él lo sabía igual que lo sabía Mark Jones. Odiaba que tuviera razón. Unos pasos en el pasillo le recordaron que aun debía acceder al portátil y estaba seguro que Phil no iba a ceder. Justo estaba por dirigirse al ordenador que permanecía sobre la mesa-comedor, cuando descubrió una foto de Natalie y él justo antes de entrar en la academia; era un primer plano de ambos, ella lo rodeaba por el cuello y le besaba en la mejilla sin dejar de mirar a la cámara mientras él mantenía una media sonrisa aparentemente indiferente. Lo cierto era que tuvo que esforzarse por no dejar al descubierto lo feliz que era en aquel momento. No tenía tiempo para eso, se dijo a sí mismo; se dirigió al ordenador y tras pasar un rato tratando de descubrir la contraseña, consiguió acceder y descubrir en el historial lo que buscaba. “Hamilton Heaven” así se llamaba el lugar donde Natalie pensaba hospedarse; se culpó por haber sido tan duro con ella.

Capítulo III

El viaje en avión transcurrió con calma y encontrar el lugar no supuso ningún contratiempo. Un chófer contratado por el centro, la dejó justo en la puerta. Natalie quedó impactada por la imagen que tenía ante sus ojos. La finca estaba en medio del bosque. Un enorme muro de ladrillo de unos tres metros franqueaba la zona. La agente se plantó en la entrada y presionó el timbre.

—Bienvenida a Hamilton Heaven. ¿En qué puedo ayudarle? —preguntó una voz chirriante y monótona que recordaba a las locuciones de las gasolineras.

Después de los últimos acontecimientos, Natalie había decidido acudir a un centro para seguir un tratamiento intensivo y así superar la frustración y la culpabilidad que sentía por haber mantenido una amistad con un asesino. “Hamilton Heaven” era un lugar de retiro en Vermont para superar adicciones, pérdidas, rupturas y demás situaciones estresantes y traumáticas, alejados de la rutina diaria. La finca contaba con enormes zonas de jardín que custodiaban la mansión donde profesionales y residentes se hospedaban. Era una exclusiva residencia que contaba con una serie de reglas para poder ser aceptado: ingreso voluntario, ser una cara conocida y extender un cuantioso cheque por adelantado.

—Mi nombre es Natalie Davis soy... —trató de presentarse pero la recepcionista no le dio ocasión.

—Señorita Davis, la estábamos esperando. Pase, enseguida irán a recibirla—. El vibrar del interruptor hizo que las puertas metálicas y macizas se abrieran hacia la derecha, dejando la abertura justa para que entrara una persona; en cuanto cruzó el umbral, las puertas retrocedieron cerrándose de inmediato.

Natalie observaba con ojos ávidos, ansiosa por saber un poco más de aquel lugar. Ante ella una carretera se extendía en línea recta hasta donde le permitía la vista. Pasados quince minutos un hombre, en un carrito de los usados en los campos de golf, llegó a recogerla.

—Buenos noches, señorita Davis. Mi nombre es Jacob Adams. Soy el director del centro —le tendió la mano con entusiasmo. Tomó su equipaje y lo cargó en el coche—. Suba, la entrada principal queda un poco lejos—. Natalie obedeció con recelo. El señor Adams comenzó con su discurso de bienvenida—. El centro se encuentra a unos metros de distancia de la puerta de acceso para preservar la privacidad de nuestros huéspedes. Estamos muy contentos de tenerla aquí; como sabrá, no es habitual que alojemos a caras anónimas pero debido a los últimos acontecimientos, creímos que era pertinente hacer una excepción con usted.

—Gracias —respondió con timidez Natalie.

—La rutina aquí es sencilla. A las seis de la mañana se toca diana. A las siete todos desayunamos en el comedor. A las diez comienzan las reuniones individuales. Mientras que una de nuestras asistentes no le avise de su turno, tiene a su disposición numerosas actividades. Desde leer, disfrutar de la piscina, gimnasio, pintura y cerámica, y otras tantas más—. Jacob evitaba mencionar la peculiaridad de que la mayoría de actividades se realizaban en la sala multiusos donde tenían lugar las reuniones. Natalie lo escuchaba sin dejar de contemplar los jardines que bordeaban la carretera.

En seguida, el camino se ensanchó dando paso a una plaza circular coronada por una enorme fuente, tras la que se encontraba una escalinata que llevaba a la puerta de la mansión. El otoño había puesto su mano sobre todo aquel lugar, coloreado por el rojizo de las hojas que habían caído aquel noviembre. La mansión era una enorme casa de dos plantas. Las paredes eran de ladrillo, decoradas con ventanas de caoba y enredaderas que nacían desde el parterre que había a cada lado de la puerta principal. Jacob Adams detuvo el carrito y una de las asistentes salió a recibirlos.

—Buenas noches, señorita Davis. Soy Agatha Milton, la subdirectora. Como el señor Adams le habrá indicado, pronto será la hora de la cena así que perfilaremos algunos detalles y le pediré a la cocinera que le prepare algo —observó a Natalie con detenimiento. Su 1.65 de estatura, sus ojos color avellana, su pelo castaño, peinado en una trenza, sus curvas proporcionadas, la convertían a juicio de Agatha en una persona demasiado corriente para ser agente del FBI; quizás alejada de la imagen idealizada que tenía de ellos. A pesar de ser menuda, Natalie era una joven bonita y atractiva; se había percatado de las miradas que Jacob le había dedicado. Le recordaba a la actriz Rachel Bilson, pero menos delgada.

—Perfecto, gracias.

—Mientras gestiona con el señor Adams el tema administrativo, me encargaré de llevar su equipaje a la habitación. Cuando haya terminado, iré a buscarla para que hagamos una visita guiada del centro antes de que nos reunamos en el comedor—. Natalie apenas pronunciaba palabra, se limitaba a observar, asentir y a decir un escueto y casi inaudible “gracias”.

—Sígame por favor, señorita Davis —pidió el director, dejando a Agatha Milton encargada del mini-auto.

Subieron la escalinata y cruzaron la puerta. El interior parecía decorado como las consultas de los dentistas. Paredes pintadas de un color neutro, llena de cuadros abstractos, muebles de líneas rectas de estilo minimalista y suelo de madera. A la derecha estaba el despacho del director y Natalie postergó su necesidad de satisfacer su curiosidad a reunirse con Agatha Milton.

—Siéntese por favor —dijo el señor Adams sujetándole la silla. La oficina, un reducido cuadrado con una enorme ventana lateral y sin ninguna decoración, era un auténtico caos. Los papeles se amontonaban en el escritorio, la papelera necesitaba con urgencia ser vaciada y los libros de la estantería, situada a la izquierda, se agolpaban de manera descuidada. A la derecha del asiento de Jacob, una pequeña emisora de radio *Motorola*, relucía impoluta, antagónica al resto. Bajo la mesa auxiliar donde estaba depositada, se vislumbraba una enorme caja fuerte. Junto la puerta, en contraposición con la suya, había una austera mesa perfectamente ordenada en la que un letrero rezaba “Subdirectora Milton”. Jacob Adams rebuscó entre la montaña de documentos que tenía frente a él, tratando de localizar la solicitud de Natalie. Al ver la cara de descontento de la joven, trató de disculparse.

—Disculpe el desorden. Estamos mecanizando y organizando el archivo; estoy asfixiado con este caos. Esto no suele estar así siempre.

—No se preocupe—. Natalie seguía en su línea de guardar silencio; era como si al compartir una frase corriera el riesgo de sufrir algún daño.

—Bien, aquí tiene la solicitud de ingreso. Si es tan amable, rellénela con sus datos y firmela, por favor. Como le comentaba antes, es un sitio exclusivo así que tendrá que firmar también este documento comprometiéndose a no divulgar nada de lo que aquí suceda o el nombre de los otros residentes —Natalie accedió sin ningún problema—. También deberá entregarme su teléfono móvil y cualquier aparato electrónico que haya traído con usted. Lo custodiaremos en la caja fuerte y se lo devolveremos cuando abandone “Hamilton Heaven”. No queremos que ninguna distracción le prive de aprovechar al máximo su estancia. Una vez que termine, Agatha le enseñará las instalaciones y la acompañará a su habitación. Tendrá oportunidad de conocer al resto de inquilinos durante la cena. Aquí tiene una lista con los horarios, la llave de su habitación y un manual de comportamiento. Solo podrá llamar a una persona fuera del centro. La primera llamada se hará pasados dos días desde su llegada para que pueda habituarse a la rutina, y los días posteriores se le permitirán hacer de una a dos llamadas al día. No se permite fumar ni tomar bebidas alcohólicas. Y cualquier duda, no tema preguntar a los miembros del equipo. Si todo le queda claro... —Natalie asintió con la cabeza; se sentía deprimida por todo lo que conllevaba haber ingresado allí, era como si hubiese sido condenada por su desliz. Milimétricamente coordinados, justo cuando Jacob Adams terminaba su labor, Agatha tocaba a la puerta en busca de Natalie. Lo que ella no sabía es que una vez depositado el equipaje en la habitación, Agatha se había agazapado junto a la puerta espiando la conversación; algo que hacía habitualmente y le proporcionaba valiosas informaciones. El director se despidió de la joven, antes de regresar a su columna de papel.

—¡Qué tenga una agradable estancia, señorita Davis! Bienvenida a “Hamilton Heaven”.

Agatha Milton, era oficialmente la subdirectora, pero hacía las funciones de secretaria, monitora, recepcionista; su voz era la que le había dado la bienvenida a través del intercomunicador de la entrada. Era una mujer de unos cuarenta años, de baja estatura, bastante delgada y de gran agilidad. Tenía el pelo rubio dorado y los ojos azules. Vestía con el uniforme del centro que consistía en un pantalón azul marino y una camiseta de punto, con cuello, y abotonada por delante en la parte superior, de color blanco con el nombre “Hamilton Heaven” bordado con hilo celeste y una discreta riñonera negra, una cartera pequeña, que llevaba sujeta con su cinturón con algunos calmantes por si los residentes sufrían ataques de ansiedad, o algún efecto del síndrome de abstinencia, o cualquier crisis nerviosa. Agatha precedía a Natalie, enseñándole cada rincón de la finca.

En la primera planta, de forma rectangular, un ancho pasillo la dividía en dos orillas en las que estaba el despacho del director, el comedor, la cocina, los baños, una biblioteca, una sala multidisciplinar, una enfermería y una habitación donde el terapeuta tenía las reuniones individuales. Al final del pasillo una escalera orientada a la izquierda subía a la planta de arriba, donde había varias habitaciones para el personal y para los residentes con baño propio cada una, que bordeaban el edificio quedando a la vista el pasillo principal y la planta de abajo. Todos los pomos eran circulares y llevaban incorporados por dentro un pestillo y por delante una cerradura donde encajaba una llave. Así podían garantizar la privacidad de los residentes pero, en el caso que fuera necesario, les permitía abrir la puerta si la situación se complicaba. En la parte trasera, en una extensión del tamaño de un campo de fútbol, estaba la piscina inutilizada hasta la próxima primavera, un huerto, un invernadero, una terraza y jardín suficiente para hacer actividades de todo tipo.

La visita terminó en la habitación de Natalie. Las paredes estaban pintadas de blanco, la mitad inferior estaban forradas con papel de franjas azules y blancas. Junto a la puerta había un escritorio, además de dos camas de hierro forjado y un armario de madera de color caramelo a cada lado. La luz se colaba por un enorme ventanal con un asiento incorporado y cuyas gruesas cortinas estaban descorridas.

—¿Compartiré habitación? —quiso saber Natalie.
—Es lo habitual, pero de momento no tendrá compañía.
—¿Cuántos somos?
—En total son ocho residentes; más cinco del personal. Hoy ha abandonado un grupo el centro, supongo que en unos días llegarán nuevos huéspedes; siempre es así
— Se decía tratando de convencerse así misma—. Si no necesita nada más... la veré en el comedor. ¡Bienvenida!
—Gracias—. Natalie deshizo su equipaje con diligencia, para luego tumbarse sobre la cama; no llevaba ni una hora en aquel lugar y ya comenzaba a arrepentirse.

Una voz en el pasillo le avisó de que era hora de ir al comedor. Bajaba las escaleras cuando vio como el señor Adams salía del baño subiéndose la cremallera y poco segundos después, una joven con aires a Marilyn Monroe lo seguía atusándose el vestido. Natalie estaba quieta y en silencio, y ninguno pudo verla, ni siquiera Agatha que abandonaba su escondite de la biblioteca y también lo había visto todo. Siguió su camino hacia el comedor.

La sala comunicaba a la derecha con la cocina a través de una ventana de acceso. Bajo la abertura había una encimera alargada con servilletas, condimentos y demás utensilios para comer. Habitualmente los residentes se repartían en dos mesas, una para el personal y otra para los clientes; en esa ocasión ante el reducido número, todos se habían acomodado en una mesa.

La gente hacía cola para recoger su comida. Una vez llegaban al mostrador, decían su nombre y la cocinera le servía una bandeja con el tipo de comida que habían especificado en su solicitud; bien por salud o por decisión personal. Natalie había sido clara: “No quiero comer carne de ningún animal que sangre”. Después de lo sucedido en Village Street, era incapaz de llevarse a la boca un trozo de ternera o similar.

Nadie parecía reparar en la presencia de Natalie, a excepción de Mary Miller, la chica que minutos antes había visto salir del baño; era una famosa actriz de Broadway, más conocida por su vida privada que por sus representaciones. Se rumoreaba que obtenía sus papeles protagonistas ofreciéndose como compañía nocturna a los productores de teatro. Tenía el pelo corto de color rubio platino, los ojos oscuros y la piel blanca; físicamente recordaba a la actriz Marilyn Monroe pero sin el glamour y el estilo del icono del cine.

—No nos hemos presentado, mi nombre es Mary—. Natalie la reconoció enseguida. Su cara había aparecido en numerosas portadas de revistas de moda, cotilleo y cine.
—Yo soy Natalie.
—¿Piensas quedarte mucho por aquí? Es la primera vez que vienes, ¿verdad? Estoy segura de que si hubiésemos coincidido no te hubiera olvidado. Tengo una memoria eidética, algo genial para mi trabajo—. Mary no dejaba de reír y recrearse en sus propios encantos. Muchas mujeres se sentirían intimidadas pero a Natalie le despertaba cierta ternura; quizás porque había conocido a muchas como ella, en el fondo solo deseaban sentirse queridas.

Mary y Natalie se sentaron juntas; ella fue la encargada de ponerle al día sobre los nombres y las circunstancias del resto.

—Esas... —empezó a explicar señalando a las mujeres que almorzaban al otro lado de la mesa —son Lily Donovan, Emily Stone, July Clark, Carla Brown, Emma Jordan y Donna Bremmer. Sus caras te sonarán—. Natalie asintió.

Lily Donovan era escritora de novela negra; Emily Stone, una famosa modelo. July Clark era heredera de un famoso multimillonario. Carla Brown era novia o exnovia de un famoso rapero; no lo recordaba bien. Emma Jordan era actriz y Donna Bremer, cantante de soul.

—Lily Donovan vino por depresión; su hija murió de muerte súbita. No soporto a la gente debilucha y victimista. Murió su hija porque era una mala madre y... —llevó la mano hasta su boca y fingió cosérsela—. Hasta ahí puedo decir—. Continuó chismorreando—. Emily Stone, es mi compañera de habitación, tiene problemas alimenticios. July Clark tiene problemas con el juego. Su padre ni siquiera sabe que está aquí y cuando lo llama para hablar con él, la atiende su secretaria —suspiró otorgando dramatismo a su discurso—. Carla Brown tiene problemas de autoestima. A Emma Jordan le cuesta hablar en público. Donna está aquí por golpear a su manager. Un día enloqueció y se cansó de que le pegara a ella y a sus hijos. Esta aquí por ordenamiento judicial para controlar su agresividad, mientras él sigue gastándose su dinero y sus hijos no pueden ver a su madre—. Mary estaba indignada—. Charlie Moon es el enfermero. Es un poco lelo pero esa cara tan linda compensa su falta de inteligencia. De Hamilton, Jacob y Agatha poco hay que decir. Michael es un buen tipo cuando lo conoces; Jacob es el ser más usurero que he conocido en mi vida y eso que he conocido a muchos hombres de negocios. No te diré cómo lo sé ni puedo darte muchos detalles pero... —pasó su mano por su cuello, remarcando esa parte de su anatomía como si jugaran al juego de la mímica y a continuación susurró de manera casi inaudible la palabra “blanco”. Los ojos de Natalie se abrieron como platos, el director estaba metido en delitos de fraude fiscal; los popularmente conocidos como delitos de “cuello blanco”. Mary siguió cotilleando—. Agatha... es una mujer muy callada y reservada, me recuerda a los búhos, observándolo todo, atenta a cada paso y movimiento. No me gusta nada. Y con respecto a mí... bueno, digamos que tengo una peculiar adicción—. Comenzó a reír haciendo que todos giraran la cabeza hacia ella; le gustaba ser el centro de atención, era una diva, pero cuando la tratabas un poco descubrías que era una niña dentro de un cuerpo de mujer—. ¿Cuál es tú historia? —Natalie, viéndose obligada, confesó.

—Me enviaron a investigar al sur y acabé manteniendo una amistad con uno de los sospechosos que resultó ser el asesino—. Mary silbó.
—Lo lei en el periódico — corroboró Mary—. ¿Han condenado ya a ese bastardo?
—Esta mañana era la vista. No sé cuál habrá sido el resultado —respondió seria la agente.

—¿Sabías que era un asesino antes de relacionarte con él? —quiso saber la actriz.

—¡No, claro que no! —Natalie parecía molesta por esa pregunta.

—Entonces no te sientas culpable. Esos tipos son muy inteligentes, estoy segura de que se acercó a ti para tenerte distraída —consoló Mary. Natalie esbozó una leve sonrisa — Hay cosas peores— añadió con la mirada perdida.

Todo transcurría con normalidad; algo que hacía plantearse a Natalie la posibilidad de que su estancia allí sí le sirviera para reencontrarse a sí misma. El resto de la comida aconteció entre risas y bromas hasta que Mary Miller se puso de pie y comenzó a contar.

—¡Vaya! ¡Somos trece! —gritó Mary con gesto serio pero sin perder su aire coqueto.

—Estas actrices siempre tan supersticiosas— dijo Agatha consiguiendo alguna sonrisa.

—Se cree que si se sientan a comer trece personas en una misma mesa, una de ellas morirá antes de un año— soltó Lily haciendo que todos se miraran ante el grotesco comentario.

—¿En serio Lily? —dijo Mary abriendo sus ojos todo lo que pudo.

—Estas escritoras de novela negra... solo ven misterio por donde pasan —añadió Agatha, una vez más, para desviar la atención—. ¿Mary no ibas a cantarnos algo?

La actitud preocupada de la joven cambió de inmediato y se dispuso a cantar un fragmento de uno de sus últimos musicales. Hacía de rubia tonta y no dejaba de contonearse y mostrar su escote de manera cómica. Todos parecían divertidos, a pesar del aire de oscurantismo que Lily Donovan había propiciado, ajena a que sus palabras pronto tendrían confirmación.

Capítulo IV

Emily Stone llevaba varias semanas en el centro “Hamilton Heaven”. Una fuerte crisis nerviosa y las múltiples recomendaciones positivas que había recibido de aquel lugar, la llevaron a alojarse en la mansión por tiempo indefinido. Emily era una cotizada modelo a la que la fama y un entorno más interesado en aprovecharse de ella que en su bienestar, la habían llevado a un estado nervioso que había desencadenado, entre otras patologías, en un trastorno alimenticio. Su 1.80m de estatura, enormes ojos violetas, pelo del color del caramelo, jugosos labios, sonrisa perfecta y curvas de infarto, la habían catapultado a las altas esferas del mundo de la moda con tan solo 17 años. Ahora, con 24 años, después de tanto ajetreo, de vanidades, elogios, fotógrafos de manos largas, jornadas interminables, representantes despiadados, dietas estrictas y demás responsabilidades, parecía que su cuerpo le había dado un toque de atención para que redujera el ritmo.

Cuando llegó a Hamilton Heaven estaba demacrada, no se dedicaba más tiempo que el necesario para lavarse la cara, darse una ducha y recogerse el pelo en un moño improvisado y casual. Estaba deprimida, se había vuelto introvertida y apenas quería dejar su habitación. La calma y la paz que allí se respiraba, tan inhabitual en su vida, le hacían sentir segura y aparentemente feliz.

No fue hasta que su compañera de habitación, Mary Miller, y la escritora Lily Donovan entablaron amistad con ella, cuando comenzó a iniciar un proceso de recuperación que sorprendió al propio terapeuta, Michael Hamilton; eso, y haber conocido allí a un hombre tan dulce, cariñoso y nada preocupado en saber cuántas portadas había protagonizado o la cantidad de dinero que atesoraba en el banco.

Emily se dirigió al invernadero con la intención de confiarse a su amiga. Lily Donovan era una afamada escritora de novela negra que había caído en una profunda depresión tras la muerte de su hija; la escritora se refugiaba siempre en el invernadero, entre maceteros, plantas y flores.

—¿Qué te ha pasado que vienes tan contenta? —quiso saber Lily.
—Prometí guardar el secreto pero no puedo tenerlo más tiempo guardado y sé que te alegrarás por mí.
—¿Te vuelves a casa? —dijo apenada Lily.
—¡No! ¡Me he enamorado!
—¿Aquí? ¿De quién? —Emily se acercó y le susurró el nombre en su oído.
—Es guapo, divertido, soy tan feliz cuando estoy con él.
—Seguro que lo único que quiere es acostarse contigo.
—Oh, no, no, no. Lo hemos hablado y esperaremos a que el señor Hamilton me dé el alta. ¿Te alegras por mí?
—¿Alegrarme? ¿Cómo voy a alegrarme si dices estar enamorada de un desconocido que acabará por hacerte daño?
—Pensé que me apoyarías.
—Te quiero y me preocupo por ti, por eso dejarás esa relación o se lo contaré a Agatha.
—¡Le despedirán si se entera!
—Pues tú misma.
—¡Eres horrible! —Emily agarró una de sus plantas y la estrelló contra el suelo para después salir corriendo hacia su habitación.

Aquella noche Emily había abandonado todo el positivismo y el buen humor que había acumulado días atrás, para permanecer tumbada sobre su cama, perdiéndose en la búsqueda de imperfecciones en un techo totalmente impoluto. Incluso la despreocupada Mary advirtió que algo no iba bien.

Mary se paseaba por la habitación preparándose para una cita y, la impasividad de su compañera, la hizo detenerse a los pies de la cama en ropa interior, dispuesta a que Emily saliera de su ensimismamiento.

—¿Qué te parece el modelito? ¡Eh! ¡Tú! ¡Qué te estoy hablando! —exclamó mientras se contoneaba. Emily alzó la cabeza, lo justo para observarla, sin mover ningún otro músculo.
—¿Tienes una cita?
—¿Acaso pensabas que me tomaría tantas molestias si no fuera así? —respondió acompañando su propia ironía con una enorme carcajada —¿Qué te parece? ¿A qué te dan ganas de saltar de la cama y quitarme el tanga con los dientes? —volvió a reír. Mary era así de descarada, tan sensual como sexual, y divertida. Emily se incorporó.
—Creo que le dará un infarto en cuanto te vea —respondió la joven.
—Perfecto. Ya habré conseguido dos cosas con este conjunto esta noche, levantarte de esa cama y jugar a ser una chica mala —Mary regresó a su quehacer mientras hablaba con su amiga.
—¿Vas a contarme lo que te pasa? ¿O tendré que usar la artillería pesada? —dijo esto último inclinándose para mostrarle su escote. Emily comenzó a reír; ya habían dejado de sonrojarle las impertinencias de su peculiar compañera.
—No, tranquila. Es solo que he tenido un día complicado... y he discutido con Lily.
—¿No irás a ponerte así por esa amargada? —Mary detestaba a Lily por su actitud penosa y victimista.
—No seas tan dura. Ya sabes por lo que ha pasado...
—Mira, Emily, sé que es tu amiga y que te molesta que hable así de ella; pero no olvides que todas estamos aquí por algo que no te engañe mi actitud despreocupada. ¿Crees que solucionaría algo que fuera contando por ahí mis penalidades? No. He asumido que tengo un problema, he venido aquí para ponerle remedio y cada vez que me río del mundo antes de que él se ría de mí, soy más feliz—. Mary se subió a sus tacones, acarició su silueta, más por la necesidad de recrearse en sus encantos que por recolocarse el vestido, y se despidió —. Si te preguntan dónde estoy, tú no me has visto —le lanzó un beso coqueto y salió de la habitación.

Mary Miller se marchó en busca de su cita, dejando sola a Emily. Pocos minutos después llamaron a la puerta. La modelo se puso en pie y se dirigió a la puerta dispuesta a impedirle el paso a quien fuera; inició su discurso sin molestarse en dar la bienvenida. La visita susurró unas escuetas palabras que contribuyeron a que el discurso de Emily tomara mayor fuerza.

—Quiero hablar de...
—No me apetece hablar con nadie. Estoy cansada y ha sido un día complicado—. A pesar de decir que quería estar sola, Emily dejó la puerta abierta y se sentó en su cama a la espera de que la visita escuchara todo lo que le tenía que decir —. Sé lo que me vas a decir “Emily no debes dejar que las cosas te afecten tanto. Aquí todos nos preocupamos por ti. Solo es cuestión de tiempo”, pero no tienes razón. ¿Cómo puedes esperar que haga como si las palabras no importaran? Estoy decepcionada y confundida porque empiezo a creer que hay parte de verdad... —se detuvo para continuar con indignación —¡Me hacéis dudar y sin motivos! ¡Es mi vida! ¡Y puedo hacer lo que me dé la gana! Si quiero dejar este sitio, lo haré; y ni tú ni nadie me lo podréis impedir. —Emily estaba gritando, estaba bastante alterada y se había puesto de pie cara a cara con su acompañante —. Lo que deberías hacer es preocuparte de tus asuntos, si no quieres que todos se enteren de lo que escondes —. Su interlocutor palideció y comenzó a ponerse nervioso—. Nunca pensé que llegaría hacer algo así, pero estoy cansada de que controlen mi vida. No esperes que deje que arruines mi felicidad.

—No serás capaz.

—Ponme a prueba—. Emily iba de farol, jamás haría algo así; pero parecía que sus palabras estaban consiguiendo engañar. Tenía la esperanza que de esa manera, todo volviera a la normalidad; pero sus cálculos no contemplaban la posibilidad de que su mentira inculcara tanto miedo como para desquiciar a su víctima.

Ambos comenzaron una pelea. Emily arañaba y mordía, al tiempo que recibía golpes y agarrones del pelo. En el forcejeo, Emily comenzó a sentirse fatigada y a serle imposible hilar frases completas sin tartamudear. El agresor se alejó unos pasos de ella. Emily se afanaba en mantener los ojos abiertos y obligar a sus pulmones a que trabajaran.

—Lo siento, Emily, lo siento —se disculpó su atacante quien había firmado su sentencia de muerte. La joven con los ojos cerrados, se arrastró hasta llegar a los pies de su asesino que paralizado la observaba con espanto. En un último esfuerzo la modelo alzó la cabeza tratando de decir algo, pero acabó desplomándose y la grotesca escena confluyó.

Horas más tarde, fue Lily la que descubrió el cuerpo sin vida y fueron sus gritos los que alertaron a todos los miembros de la casa que consternados permanecieron junto a la difunta a la espera del desenlace.

—¿Emily? ¿Estás bien? ¡Emily! ¡Emily! —gritó con todas sus fuerzas, alertando a toda la casa que acudió de inmediato. Tras aquella noche, nadie volvería a ser el mismo; sobre todo la escritora.

Capítulo V

Natalie no conseguía conciliar el sueño, sus propias preocupaciones y estar en una cama que no era la suya no contribuían a ayudarla a descansar. Finalmente, unos desgarradores gritos la sacaron de la cama. Salió a toda prisa en dirección a los lamentos, pero todos los residentes la habían imitado. Natalie se esforzaba por ver entre las cabezas de los huéspedes qué era lo que había sucedido; logró abrirse paso y llegar a la primera fila.

Lily Donovan esperaba en el pasillo sentada en el suelo y ocultándose tras sus rodillas flexionadas. Charlie, el enfermero, no podía ocultar que aquello le sobrepasaba; demasiado para ser un simple miembro del personal del centro. El señor Adams caminaba de un lado para otro sin soltar el teléfono tratando de localizar a Michael Hamilton. Una de las residentes, por petición de Jacob, se afanaba en hacer que el resto de residentes regresaran a sus habitaciones y Agatha en consolar a Lily. Después de muchos intentos y sin lograr que el terapeuta contestara al teléfono, subió las escaleras sujetando a Mary del brazo.

—¿Qué sucede aquí? ¿Es por Mary? Trató de escaparse pero la he traído de vuelta —explicó Hamilton al ver al concurrido grupo, sin percatarse de lo que ocurría.
—No, Michael. No tiene que ver con Mary. Emily Stone se ha suicidado— explicó Jacob. La pareja se dedicó una mirada que entremezclaba confusión y alivio, algo que no pasó desapercibido para Natalie quien trataba de ojear la escena y el cuerpo, en su afán por obtener respuestas. Encontró a Emily sentada en el suelo con la espalda apoyada en la cama y las muñecas con un corte perfecto; apenas había sangre junto a ella. La mirada de Natalie brilló mientras fruncía el ceño, los gemidos de Lily la sacaron de sus pensamientos.

—Emily no se suicidaría. Alguien ha querido matarla —decía Lily entre llantos. El resto la oía desconcertado e incrédulo; pero Natalie sabía que aquella mujer destrozada por lo sucedido, había puesto palabras a sus temores. La agente estaba segura; Emily Stone había sido asesinada.

—Llamaré al forense —anunció el terapeuta al grupo consternado que permanecía inmóvil a la espera del desenlace—. Debe certificar su muerte y proceder a la autopsia—. Michael Hamilton se retiró para no ser oído. Apartado del grupo hizo la llamada correspondiente al doctor Walker. Acto seguido, realizó una segunda llamada.

—Eliminada Emily Stone— informó entre susurros a su interlocutor. Miró a su alrededor para confirmar que nadie le prestaba atención y añadió— Natalie Davis—. Sin esperar respuesta, colgó y regresó con el grupo. Era cuestión de tiempo de que le dieran las instrucciones oportunas sobre la detective.

Natalie, ajena a lo que se tejía a sus espaldas, no podía permanecer de brazos cruzados y trató de exponerle su teoría sobre la muerte de la modelo al director del centro.

—Señor Adams, tenemos que hablar; es muy importante.
—Señorita... —el director estaba desorientado, confundido y saturado por lo acontecido.
—Llámeme Natalie.
—Natalie, no es un buen momento; habla con Agatha, por favor—. Jacob la apartó con la mano sin darle oportunidad a añadir nada; la agente obedeció. Agatha no había abandonado ni un solo momento a Lily que aunque conmocionada, comenzaba a tranquilizarse.
—Agatha tengo que hablar contigo.
—¿Es importante?
—Lo es—. Con gesto de disgusto se apartó del grupo con la agente.
—¿Qué es eso tan importante?
—Necesito revisar la escena del crimen. Emily Stone no se suicidó y me gustaría corroborar mis hipótesis antes de dar la señal de alarma.
—Natalie, por favor, baja la voz; no quiero que alteres más al grupo. ¿Estás segura de lo que dices? Si estás en lo cierto, entonces... —la mujer se llevó la mano a la boca, aterrorizada.
—Alguien ha matado a esa chica.
—¡Eso es horrible! Está bien, hagamos una cosa, el doctor Walker está de camino para revisar el cuerpo. Esperaremos a que acabe y nos dé sus conclusiones, no quiero crear un caos sin fundamentos—. Natalie deseó apartarla de una bofetada y hacer su trabajo, ya que no solo su instinto se lo decía también la posición del cuerpo; si ella se hubiese cortado las muñecas, la sangre estaría esparcida por su alrededor, si apenas había sangre, quería decir que le habían hecho los cortes una vez muerta. Ante la reticencia de aquella mujer, solo le quedaba esperar a que el forense confirmara sus palabras para poder actuar; de todas formas ya nada devolvería a la vida a Emily Stone.

Agatha obligó a todos a que regresaran a su cama, a excepción de Jacob y Hamilton; incluso Natalie tuvo que obedecer a regañadientes, pero no pensaba darse tan pronto por vencida. Su mente inquieta trazaba un plan que en minutos pondría en práctica.

Capítulo VI

Natalie se paseaba de un lado a otro de su habitación, tratando de poner en orden sus ideas. Se deshizo del pijama y se enfundó unos vaqueros, un jersey gris y sus *converse*. Siempre viajaba con una libreta de notas que ocultó en el bolsillo trasero de su pantalón y que le sería útil para no olvidar detalle. Necesitaba recuperar su teléfono móvil y colarse en el despacho de Hamilton para leer sus informes. La estructura abierta de la segunda planta, le impedía usar las escaleras así que no le quedaba otra opción que usar la ventana. Se acercó decidida, la abrió y comprobó el terreno. A sus pies no había ningún obstáculo que pudiera impedirle el salto, así que sin pensar en las consecuencias negativas de aquello para no perder el valor y buscar otras alternativas, saltó al vacío recordándose a sí misma “flexionar y rodar” para no hacerse daño.

Se precipitó hacia la ventana del despacho del terapeuta y respiró aliviada al comprobar que todo su periplo no estaba siendo en vano. Se coló en la habitación y sin replegar las hojas verticales, preparada por si tenía que huir a toda prisa, se dirigió con premura hacia los archivadores donde se paseó con dedos ávidos por los informes sin hallar lo que buscaba. Decidió probar en el archivador contiguo y allí en el tercer cajón entre “Stalin” y “Sucker” encontró lo que anhelaba. Se acomodó en el suelo, tras el escritorio, y comenzó a leer con voracidad.

“Emily Stone. Modelo. 24 años. Pelo color de caramelo, ojos violetas, de origen sueco y 1.80 m de estatura. Su sonrisa perfecta y sus curvas de infarto, la habían catapultado a las altas esferas del mundo de la moda con tan solo 17 años. Tras 7 años de carrera, parecía que su cuerpo le había dado un toque de atención para que redujera el ritmo.” Hamilton era excesivamente minucioso en sus informes; algo que a ella le beneficiaba.

“Tras dos días de sesiones, Emily ha confesado haber sufrido tocamientos indebidos por parte de su manager y algún fotógrafo. Llegando uno de ellos, no ha querido especificar quien, a forzarla sexualmente. El primer incidente tuvo lugar hace ocho años, Emily contaba con tan solo dieciséis. Desde entonces ha tenido problemas para relacionarse e intimar”. Natalie pasó algunas páginas.

“Aunque es pronto para asegurarlo, su estancia aquí está siendo gratificante. Ya no sufre ataques de ansiedad, se siente segura de sí misma y ha entablado amistad con Lily; algo que me preocupa, pues ambas mujeres podrían desarrollar lazos de dependencia que a la larga echarían por tierra todo el trabajo acumulado”; la agente quiso saber el estado de Emily en la última sesión, antes de su muerte.

“Emily parece muy contenta. Sé que me oculta algo, aunque no he podido averiguar lo qué es. Cuando llegó ni siquiera se arreglaba, y después de dos semanas, hoy ha venido a mi consulta con un esmerado peinado y un maquillaje muy cuidado. Si esto sigue así muy pronto podrá volver a casa, aunque me gustaría asegurarme que todo va bien. Creo que su relación con Lily la está limitando. Debo trabajar con Lily este punto”.

No tenía sentido que una mujer que hubiese recobrado su autoestima y buen humor se suicidara. Y por lo que dejaba entrever Hamilton, Lily podría despejarle muchas dudas por la amistad que mantenía con la víctima. Releyó el informe varias veces, tomó notas e hizo conjeturas hasta que unas voces provenientes del pasillo la alertaron. Natalie se disponía a leer el informe de Lily Donovan cuando una conversación proveniente del pasillo la obligaron a ubicar el informe en el archivador y guardar silencio, por lo que podía oír seguía a salvo.

—Bienvenido, doctor Walker. Lo que nos hacía falta —dijo Jacob refiriéndose a lo sucedido al tiempo que le tendía la mano al médico—. Esto nos complicará las cosas. Todo pinta a un suicidio, pero según el FBI la atacaron.

—¿Está metido en esto el FBI? —el médico palideció.

—No, quita, quita... Una agente está aquí pasando unos días.

—Esto no me gusta nada, ¿cómo se te ha podido ocurrir brillante idea?

—La culpa es de ese maldito de Hamilton, un favor personal. Traté de disuadirlo pero no quería que sospechara ante mi insistencia. No te preocupes, no nos dará problemas. El sheriff Flynn está de camino y se encargará de todo, además si se pone tonta siempre nos quedará camelárnosla; al parecer le gustan los chicos malos.

—¿No será esa que ha llenado todas las portadas de los periódicos?

—Sí, la misma.

—Entonces no tenemos nada de lo que preocuparnos —ambos rieron cómplices mientras la indignación de Natalie iba en aumentos. Estaba cansada de ser juzgada por machistas y moralistas para los que todo es “pecado” siempre que no coincida con el de ellos. Debía controlarse y centrarse en lo que importaba, aquellos dos tramaban algo que no le gustaba.

—La autopsia despejará todas las dudas —respondió el médico.

—Eso es lo que me preocupa. ¿Crees que el resultado será inconcluyente?

—Hasta que no le haga las pruebas... —respondió Walker remoloneando a la espera de oír una oferta atrayente, y que sabía Jacob estaba dispuesto a hacerle.

—Te lo diré de otra forma. Si el resultado es inconcluyente estaré tan feliz que seguramente sea muy generoso.

—No debes preocuparte, no dudes de que te hará feliz mi informe—. Jacob se sentía aliviado. Después de todo, el dictamen fuera el que fuese, no cambiaría el destino de Emily. Los dos hombres subieron las escaleras; era el momento de que Natalie hiciera un nuevo movimiento. Tenía a unos pocos palmos de distancia un teléfono perfectamente operativo; la opción perfecta para informar a Olivia de todo aquel sucio asunto que se tejía en Hamilton Heaven. De rodillas y oculta tras el escritorio descolgó el aparato dispuesta a teclear, pero una voz ocupaba la línea.

—Si esa agente se entromete tendremos que deshacernos de ella o echará todo a perder. Mantén la calma y continúa actuando como hasta ahora—. Natalie tapaba con la mano el micrófono para que no pudieran descubrirla. Alguien hablaba de ella y amenazaba con quitarla de en medio. El silencio reinó y tras unos segundos que le parecieron eternos, oyó el *click* que le avisaba que habían terminado la conversación. Depositó el teléfono y abandonó a toda prisa el despacho. Amortiguando cada uno de sus pasos, salió al pasillo y se trasladó a la oficina de Jacob con la intención de descubrir quien se escondía al otro lado del teléfono; pero con lo que no contaba es que unos despiertos ojos la observaban desde la cocina.

—¡Buenos días! —las palabras que provenían de su espalda la detuvieron en seco y su corazón dio un vuelco. Solo confiaba en que no la hubiera visto salir del despacho del terapeuta. Se giró y descubrió a la cocinera, Margaret, batiendo huevos—. ¿A dónde crees que vas? —le preguntó en tono amigable—. ¿Demasiadas emociones para tu primera noche aquí? —la mujer creía que las intenciones de Natalie eran abandonar la mansión; respiró aliviada y aprovechó el capote que le acababan de tender involuntariamente.

—Necesito un poco de aire. No es que me sorprenda lo que ha pasado pero... ¡venía a descansar y alejarme de crímenes! —trató de bromear para congraciarse con ella.

—Ah, sí, muy triste... —la mujer se puso seria—. Anda, ven a ayudarme con el desayuno; te ayudará a olvidarte de los problemas.

—¿Desayuno? —preguntó Natalie confundida. Con tantas emociones y sucesos había perdido la noción del tiempo. Miró su reloj de pulsera, pronto serían las seis y media de la mañana.

Capítulo VII

Natalie había tenido que posponer su plan ante la insistencia de aquella afable mujer. Margaret era una mujer madura, cercana a los cincuenta, de mediana altura, regordeta y de mejillas sonrojadas, cuyo pelo canoso debía haber sido rubio en antaño. La agente optó por usar la situación en su beneficio y tratar de sacar alguna información.

—Es una pena que una mujer tan guapa y rica haya tenido un desenlace tan triste—. Acabó por soltar al aire a la espera de que la cocinera siguiera la conversación.
—A veces podemos tenerlo todo y aun así sentirnos completamente vacíos e infelices.
—¿Eso le sucedía a ella? Por como habla parece que la conocía bien.
—No éramos amigas, pero era una persona muy dulce, un encanto... aunque en sus ojos se reflejaba una gran tristeza.
—¿Llevaba mucho tiempo aquí?
—Alrededor de unas dos semanas, tal vez un poco más, no sabría decirte.
—La mujer morena... la escritora... parecía realmente afectada, debían ser muy amigas.
—Lo eran. De hecho, apenas se relacionaba con el resto más de lo necesario. Lily es muy posesiva, supongo que intenta llenar el hueco que su hija dejó.
—Recuerdo haberlo leído en los periódicos, pero nunca se hicieron públicos los motivos.
—Muerte súbita. La pequeña tenía solo cinco meses cuando falleció; al parecer Lily dejó de ser la misma, y no me extraña, cualquiera en esas circunstancias estaría destrozada.
—Y ahora su amiga se suicida... se habrá quedado hundida con la noticia.
—Lo peor es que ella fue la que la encontró; por lo que sé está en shock.
—Imagino que toda la casa estará afectada, soy yo que estoy acostumbrada a ver cosas desagradables y aun así me ha perturbado.
—Nunca creí que Emily fueran de esas...
—¿De las que se suicidan?
—De las que son incapaces de afrontar los avatares de la vida pero tienen el valor suficiente para dejarse ir.
—Si le soy sincera, desde mi experiencia, no creo que Emily se suicidara.
—¿Entonces cree qué...? —Margaret trataba de entender las conjeturas de Natalie pero la agente no tenía tiempo para explicaciones.
—¿Cuántos teléfonos fijos hay en la mansión?
—Pues... —la cocinera pestañeaba confundida—. En el despacho de Hamilton, en la oficina de Jacob y... ninguno más—. La mirada de Natalie brillaba ante la respuesta, eso confirmaba que alguien se había colado en la oficina de Jacob mientras ella lo hacía en la de Hamilton. “¿Pero quién?”, eso era una pregunta que debía posponer.

Unos pasos en el hall las interrumpieron. La agente dejó lo que hacía y salió de inmediato. El sheriff Flynn hacía guardia en la puerta con los brazos en jarra y mordiendo un mondadientes. Un hombre alto, delgado aunque con barriga, repeinado y que desprendía un fuerte olor a *aftersave*. Dos sanitarios se dirigían con una camilla hacia la habitación de Emily.

—¿Se llevan ya el cuerpo?— preguntó Natalie, sin saludos ni presentaciones. El sheriff la radiografió con la mirada antes de contestar.
—Señorita, no creo que esto sea de su incumbencia. Deje trabajar a los mayores—. Natalie enrojeció de rabia.
—Mi nombre es Natalie Davis y soy agente del FBI. No sé si le habrán contado que quiero revisar la escena antes de que levanten el cadáver.
—Sí, estoy al día; pero sus sospechas son totalmente infundadas. El forense ha determinado ya la causa de la muerte. He hecho algunas preguntas y voy a dar por cerrado este incidente.
—Aun así insisto en verlo—. Natalie no estaba dispuesta a rendirse fácilmente. Flynn comenzó a rascarse el lóbulo de la oreja, síntoma inequívoco de que estaba agotándosele la paciencia.
—Natalie, querida...
—Agente Davis.
—Bueno, por lo que sé no está de servicio; además, no tiene jurisdicción—. El sheriff le mostró la mano dejando en alto tres dedos, las muertes que necesitaba para una intervención federal.
—Si me deja que le explique... —Natalie creía que si compartía con él la conversación que había oído, se animaría a colaborar; pero no tuvo ocasión.
—¿Qué tal, Flynn?—saludó Walker que se unía a ellos acompañado de Jacob—. ¡Menuda manera de empezar el día! ¿Sigue en pie la partida de póker de esta noche?—. Eran amigos; lo que descartaba la opción de confesar. Natalie se apartó con una fingida sonrisa y aprovechó que los tres hombres iniciaban una animada conversación sobre apuestas y cerveza, para regresar a la segunda planta y tratar de hacer las cosas a su manera; aunque no fueran a ponérselo fácil no pensaba desistir.

Cuando Natalie llegó, los sanitarios se llevaban el cuerpo y aunque ella trató de persuadirlos, tenían orden expresa de no permitir a nadie curiosear. La agente entró en la habitación, cuya puerta habían dejado abierta de par en par, y trató de encontrar alguna pista. El suelo estaba limpio, y las pocas marcas de sangre que allí estaban antes, habían sido limpiadas. Natalie ocupó la posición del cadáver. Sentada, con los brazos lánguidos y la cabeza ladeada. Mantuvo la postura en silencio durante unos minutos. “No hay sangre ni heridas. Me han asfixiado o envenenado. Por fin soy feliz y me arrebatan la alegría de un plumazo”, se decía. Natalie comprendía ese sentimiento, no era muy distinto a lo que ella había sufrido; con la única diferencia de que ella tenía la posibilidad de volver a empezar y retomar su camino. Una voz desde su puerta la sobresaltó.

—¿Estás bien? —dijo Mary Miller, la famosa actriz de Broadway, mientras la miraba encogiendo su diminuta nariz y sentándose en su cama. Natalie se incorporó.
—¿Cómo te encuentras después de todo lo sucedido? Siento mucho lo de tu compañera —añadió la agente—. Es una pena que no estuvieras aquí cuando sucedió, quizás hubieras podido evitarlo.
—Mi pobre Emily... —dijo con pesar y adoptando por un segundo una actitud humilde y sencilla—. Anoche estaba muy rara, si hubiese sabido lo que pensaba hacer nunca hubiese acudido a... bueno, ya sabes, me hubiese ido—. Natalie retuvo en su mente aquella frase que escondía más de lo que aparentaba a simple vista.
—Me sorprende eso que dices de que estuviera triste. Todos comentan que había cambiado mucho en el poco tiempo que llevaba aquí—. Mary hizo un aspavento antes de continuar chismorreando.
—Había discutido con esa penosa de Lily. ¡No la soporto! —se puso de pie y comenzó a remedarla—. ¡Ay, pobrecita de mí! ¡Qué mala suerte tengo!
—Pues sí que te cae mal.
—No soporto a la gente hipócrita; ya te lo dije, no es una persona de fiar.
—¿Por qué trataste de escapar?
—Me caes bien Natalie; pero eres muy inocente— su risa inundó la habitación—. Tenía una cita.
—¿Y Hamilton te encontró?
—Y tanto que me pilló... —Mary no dejaba de reír.
—¿Crees que Lily vino a tratar de hacer las paces con Emily y por eso la encontró? —Natalie necesitaba dejar a un lado las excentricidades de la actriz para averiguar si sospechaba de la escritora.

—Si insinúas si pudo hacerle daño...

—¿Crees que hubiera sido capaz?

—Por favor, es Lily. Dudo mucho que pudiera hacerle daño a nadie, aunque... —Mary se sentó al borde de su cama, con la mirada perdida, tratando de analizar si sus elucubraciones eran parte de su imaginación.

—Mary, si sabes algo debes decírmelo.

—Puedo ser muchas cosas pero no soy una chivata. Si quieres saber la verdad sobre Lily háblalo con ella o con Hamilton—. A Natalie le sorprendía aquella actitud reservada, ya que horas antes le había puesto al día con todo lujo de detalles de la vida en el centro—. Solo te diré que después de tus indirectas sobre lo sucedido, solo puedo pensar en lo que dijo a la hora de la cena.

—¿Te refieres a la maldición del número “trece”? —Mary asintió exagerando sus gestos.

—Créeme, Mary, solo fue un comentario desafortunado. He aprendido que detrás de una maldición siempre hay la mano de una mente enferma. Será mejor que me vaya, ya debe estar listo el desayuno.

Todas las pruebas apuntaban a que debía mantener una conversación con Lily, quizás no fuera culpable, pero estaba segura de que contaría con información que la pudiera llevar hacia el verdadero responsable de la muerte de Emily. Necesitaba contactar con Olivia cuanto antes.

Debía recuperar su teléfono, era la única línea segura con la que podía contar. Luego debía descubrir los sucios asuntos a los que se dedicaba Jacob Adams y atrapar al asesino de Emily; sin duda, podía olvidarse de la estancia tranquila y aburrida que había planeado. Comenzaba a sentirse saturada, necesitaba un buen desayuno para activarse.

Capítulo VIII

El silencio reinó durante el desayuno. Todos parecían conmocionados por los últimos acontecimientos; incluso Mary parecía distraída, como si su mente estuviera muy lejos de allí. Echó una ojeada por la sala y se percató de las ausencias de Agatha, Jacob y Lily; no podía demorarse más en su investigación. Natalie engulló su desayuno y, tras averiguar por Mary cual era la habitación de Lily, abandonó el comedor dispuesta a interrogarla con la excusa de preocuparse por su estado. Se dirigía a subir las escaleras cuando unos gritos que provenían de la biblioteca, llamaron su atención. La puerta estaba entreabierta y la agente se asomó para curiosear sin ser vista.

—No podemos seguir con esta situación —gritaba Agatha.
—Cariño, solo es una mala racha. Es cuestión de tiempo, muy pronto nuestra suerte cambiará estoy seguro—. El director del centro trataba de calmar a la mujer.
—Eso me dijiste hace unas semanas y ya han pasado dos meses.
—Confía en mí. Michael me ha asegurado que July Clark, la hija del multimillonario, superará la terapia con éxito y seguro que habla de nosotros a sus amigos.
—Oh, Jacob. Solo espero que estés en lo cierto —anheló Agatha. La pareja comenzó a besarse, y unos pasos se oyeron de fondo. Natalie retrocedió y se ocultó en los baños, ubicados junto al despacho.

“Problemas económicos”, ahora entendía la montaña de papeles. No eran informes, sino facturas y cartas de acreedores. Esa información unida a la declaración de Mary, no dejaba dudas a que existía un entramado de corrupción al que su compañero Malone estaría encantado de hincarle el diente. Unos gemidos acompañados de un llanto inconsolable, la sacaron de sus pensamientos. Miró por debajo de las puertas de los retretes y vio que solo uno estaba ocupado. Decidió inmiscuirse.

—¿Hola? ¿Puedo ayudarte?
—¡No! —respondió la voz al tiempo que se limpiaba la nariz.
—Si no me dices lo que te pasa no sabremos si podré ayudarte o no —Natalie repitió las mismas palabras que su madre le decía a ella de pequeña. La echó de menos y se prometió llamarla cuando saliera de allí.
—He tenido un mal día.
—Bueno, creo que no eres la única—. La puerta tras la que se escondía la voz, se abrió de par en par dejando a la vista a Lily Donovan; la famosa escritora. Llevaba el pelo recogido en un moño bajo, sin maquillaje y con ropa deportiva; nada que ver con la imagen exuberante de sus apariciones televisivas—. Mi nombre es Natalie Davis.
—Lily Donovan.
—¿Es por lo de tu amiga?—quiso saber la agente.
—Sí, aun no puedo creer que ya no vaya a volver a verla.
—Te oí anoche decir que ella no se suicidaría, ¿de verdad crees que alguien querría hacerle daño?
—Todos dicen que fue un suicidio pero yo no estoy tan segura.
—¿Por qué? —Lily se quedó mirando fijamente a Natalie; la insistencia con que hurgaba en el tema la desconcertaba.
—¿Por qué tienes tanto interés en la muerte de Emily?
—Soy agente del FBI, estoy entrenada para hallar la verdad. Hay algo en todo ese asunto que me dice que no fue un suicidio —. Satisfecha con la respuesta, Lily comenzó la historia.

—Nos hicimos amigas desde el primer día y hablábamos mucho. Estoy segura de que no se suicidó. Emily estaba aquí porque sufría un desajuste alimenticio. Había semanas que comía con gula y otras que no probaba bocado.

—¿Sufría bulimia?
—Se paseaba entre los límites de la anorexia y la bulimia pero nunca se provocó vómitos o puso en peligro su salud. Había algo más profundo. Al parecer abusaban de ella; de ahí esos cambios.
—¿Por qué estás tan segura de que no se suicidó?
—Estaba feliz y contenta. En dos semanas que llevábamos aquí había experimentado una gran mejoría. Al parecer se había enamorado de alguien del centro; pero nunca me dijo de quién —mintió.

—¿Qué pasó aquel día?
—Fue un día normal, con las rutinas de siempre. Pero después de la cena, me confesó que aquella noche había quedado con su enamorado en el invernadero. Estaba muy contenta y le dije que tuviera cuidado, no tanto por ella como por él. Ella podría ir a cualquier otro sitio pero él podía quedarse sin trabajo—. Lily se sonrojó al ser consciente del descuido que había cometido dando a conocer que el enamorado era parte del personal del centro. Natalie fingió no haberse percatado y la animó a continuar; pero ese detalle unido a las reacciones de la noche anterior, le hacían pensar en una persona en concreto.

—¿Y cómo reaccionó?
—Me dijo que no me preocupara y ya no supe nada más de ella hasta que la encontré en su habitación.
—¿Qué hacías a esas horas fuera de la cama?
—No podía dormir.
—¿Quién crees que podría haberle hecho daño?
—No estoy segura pero sospecho de Mary. La expresión de su rostro y la actitud que mantuvo todo el tiempo... sé que ella es culpable o al menos sabe algo.
—Si te soy sincera yo también pienso que Emily no se suicidó.
—¿A qué te refieres?
—La posición del cadáver fue intencionada. Alguien intervino en todo aquel teatrillo.
—¡Lo sabía, lo sabía! —Lily comenzó a sollozar.
—Cálmate. No digas nada a nadie. Encontraremos al culpable —ambas mujeres se despidieron; Natalie tenía mucho de lo que ocuparse.

La agente giraba el pasillo para visitar la oficina del director cuando algo a su espalda llamó su atención, el señor Adams salía de la biblioteca. Jacob se dirigía hacia donde ella se encontraba, presuroso de regresar a la montaña de papeles que lo custodiaban. Natalie no tenía escapatoria; no le quedaba otra opción que improvisar.

Capítulo IX

Jacob Adams llevaba más de quince años dirigiendo el centro “Hamilton Heaven”, desde que un día recibiera el soplo por un viejo conocido de que Michael Hamilton, un por entonces joven pero ya afamado terapeuta, estaba interesado en inaugurar una residencia para ayudar a la gente a desconectar del stress de la vida diaria; el único reparo era que no contaba con financiación. Jacob había atesorado una pequeña fortuna haciendo algunas provechosas gestiones y vio la ocasión perfecta de invertir en un negocio que le reportaría aún más beneficios si lo orientaba hacia una clientela de alto nivel adquisitivo. Convencerlo de asociarse fue de lo más sencillo y, gracias al apoyo de Agatha, “Hamilton Heaven” se había convertido en su proyecto principal y favorito; durante los primeros años fue una mina de oro pero ahora... haberse centrado en otros asuntos, llevado por la codicia, lo habían estropeado todo; no solo sus finanzas se habían resentido sino también su acidosis y su relación con Agatha. Empujado por el stress y por el ego inflado a base de las zalamerías de la actriz, Jacob había caído irremediablemente en las garras de Mary Miller.

Inmerso en sus pensamientos iba cuando al girar en el pasillo hacia la izquierda directo a su despacho descubrió en el suelo, tendida e inconsciente a la agente del FBI. De inmediato, se acomodó a su lado y trató de despertarla.

—¿Señorita Davis? ¿Natalie? —la llamaba al tiempo que le daba unos ligeros toques en sus mejillas tratando de despertarla; ante su incapacidad, vociferó el nombre de Charlie y tanto él como Agatha acudieron de inmediato.

—¿Qué ha pasado? —preguntó el enfermero.

—No lo sé, la he encontrado así.

—¿Está muerta? —quiso saber Agatha con el rostro emblanquecido.

—¡No! —respondieron al unísono los dos hombres. Charlie corrió hacia la enfermería y regresó con un pequeño frasco de cristal de color del caramelo que contenía sales de amoníaco; lo acercó a la nariz de Natalie y esta comenzó a abrir lentamente los ojos.

—¿Qué ha sucedido? ¿Qué hago en el suelo?

—Al parecer te has desmayado —aclaró Charlie.

—Venía a mi despacho y te encontré tirada. ¿Qué hacías por aquí?

—Quería hablar contigo pero... no consigo recordar de qué.

—¿Puedes ponerte de pie? —preguntó Charlie; Natalie asintió, se apoyó en su hombro y se marcharon a la enfermería. Agatha regresó a la biblioteca y Jacob se instaló en su oficina. Una vez dentro revisó todo con la mirada, no era fácil descubrir si faltaba algún papel importante entre tanto caos; pero con aquella agente no podía bajar la guardia.

Natalie y Charlie entraron en la enfermería. Le recordaba al modesto despacho del doctor Morrison en Village Street, a excepción de los colores; estaba formado por una camilla, una silla, una mesa auxiliar transportable y un enorme armario que ocupaba toda una pared, donde guardaba medicinas y utensilios. Todo estaba desorganizado y fuera de lugar. Natalie se tumbó en la camilla.

—¿Estás haciendo inventario?

—Sí, estamos escasos de material así que decidí hacer inventario para pasarle al director una lista con productos básicos necesarios. ¿Te encuentras mejor? Pareces tener mejor aspecto...

—No sé qué ha podido pasarme —mintió; claro que lo sabía, había tenido que fingir antes de que Jacob la descubriera husmeando—. Charlie, ¿puedo hacerte unas preguntas? —Natalie decidió no demorar más su interrogatorio. Él asintió—. Al parecer te afectó bastante la muerte de Emily. La joven le confesó a Lily que se había enamorado en el centro. Era de ti, ¿no es así? —Natalie solo había necesitado unir cabos: la reacción excesivamente afectada de Charlie cuando encontraron el cuerpo y la afirmación de Lily de que el enamorado pudiera perder el empleo. Charlie asintió, confirmándole sus suposiciones.

—No sé cómo lo has sabido pero, por favor, guarda el secreto; necesito el trabajo y si Jacob o Agatha se enteran, me despedirán.

—No tienes que temer, no me importa nada ese asunto pero... necesito respuestas.

—¿A qué te refieres?

—Estoy segura de que Emily no se suicidó, y sé que tú también lo sabes. No tengo tiempo para dar explicaciones. Voy a descubrir al culpable y espero que con tu ayuda—. Natalie había hablado tan segura de sí misma, tan impasible, que Charlie no se opuso a colaborar.

—¿Qué necesitas saber?

—¿Eras tú la razón de que Emily fingiera sentirse indisputada? —Charlie rió.

—No se te escapa una. Era la única forma de vernos sin levantar sospechas.

—¿Crees que alguien lo descubrió y quiso acabar con ella?

—¡Qué absurdo! Ninguna de las otras se habían interesado por mí y nadie lo... —guardó silencio pensativo. Natalie estaba totalmente perdida—. Tarde o temprano te enterarás pero debes prometerme que nada de lo que te cuente saldrá de estas cuatro paredes.

—Solo quiero atrapar al asesino.

—Mary Miller.

—¿Crees que ella se deshizo de Emily?

—No creo que fuera capaz; Mary puede ser muchas cosas pero no es una asesina. Ella y yo nos divertíamos a veces juntos, pero tan pronto como llegó Emily y se volvió serio algo más profundo, Mary y yo lo dejamos.

—¿Alguien sabía lo vuestro? —Charlie se encogió de hombros—. ¿Tenía Emily algún problema con alguien aquí dentro? ¿Te habló alguna vez de alguien a quien temiera?

—¡Eso son tonterías! Emily era toda dulzura, un encanto. Todos aquí la adoraban. No se me ocurre de nadie que quisiera hacerle daño.

—Tendré que seguir investigando... —dijo en voz alta más para ella que para su interlocutor—. Está bien, pero una última cosa antes de irme... Cuando coloques todo el material tendrás que contarle de nuevo, ¿no es así? —Charlie asintió—. Necesito que no le cuentes a nadie nuestra conversación y que me informes si te falta algo de la lista.

—Lo que sea por Emily—. Natalie saltó de la camilla y se dispuso a abandonar la enfermería; justo cuando giraba el pomo de la puerta, Charlie añadió—. No se desmayó realmente, ¿verdad? —Natalie le dedicó una sonrisa y sin añadir ni una palabra, le hizo un guiño cómplice en señal de despedida. Fuera una voz masculina la sobresaltó. Michael Hamilton era un hombre delgado, con barba y unas gafas de alambre; usaba un pantalón de pana marrón y un jersey de cuello de cisne de color verde.

—¡Hola, Natalie! Te estaba buscando, Agatha me ha dicho que estabas indisputada. Me gustaría que nos reuniéramos, si no tienes inconveniente—. La agente lo miró con recelo, pero no tenía más remedio que retomar el plan original de su llegada allí: hacer terapia.

Capítulo X

La habitación era un amplio cuadrado de paredes color vainilla y suelo de madera, como casi todo el resto de la mansión. La pared de la izquierda estaba ocupada por una librería atestada de libros. Frente a la puerta estaba el escritorio y tras él, una ventana. A la derecha estaban colgados sus diplomas como especialista y bajo estos, un enorme diván de skaí marrón. Natalie dudaba si sentarse a la mesa o sobre el diván. Le preguntó a Hamilton haciéndole señas y este le indicó que ocupara la silla.

—Hoy quiero que te presentes y me cuentes un poco qué te ha traído aquí, cómo decidiste venir a este centro, qué te ha parecido. Empieza por donde quieras.

—Mi nombre es Natalie Davis, me crié en la Costa Oeste pero ahora vivo en Nueva York trabajando como agente del FBI. Hace unas semanas Jack... mi jefe — corrigió — me envió de incógnito a Village Street, un pueblo del sur, para tratar de localizar a un criminal. Había matado varias veces y las pruebas encontradas en los últimos cadáveres nos llevaban hasta ese lugar. El asesino volvió a matar y se complicó todo. Tenía que asumir la investigación hasta que llegara mi equipo y entablé una amistad especial con el asesino —a Natalie le costaba respirar. Había puesto al día a Hamilton casi sin tomar aliento—. Resultó ser el tipo que estábamos buscando.

—¡Vaya! Debió ser un shock bastante duro.

—Al principio, no. Estaba más contenta por haber resuelto el caso por mí misma y poder impresionar a mi jefe que preocupada por lo sucedido. Supongo que no era consciente de que fuera cierto.

—Pero lo era —recordó Hamilton.

—Sí, Mark Jones mató a esas personas.

—¿Cómo te sentiste cuando asumió la realidad?

—Decepcionada, confundida y juzgada.

—¿Juzgada por tu equipo, por la sociedad?

—Por mi jefe —. Hamilton mantenía su cara inexpresiva, perfeccionada en sus más de treinta años como terapeuta, mientras no dejaba de tomar notas.

—¿Por qué decidiste venir aquí?

—Uno de los psicólogos de la agencia me lo recomendó. Y aunque al principio me negué, entre la sugerencia de mi jefe y que me costaba conciliar el sueño por todo lo sucedido, decidí intentarlo.

—¿Qué impresión te ha dado el centro?

—Es un sitio acogedor, amplio y lleno de actividades. ¡La parte trasera es increíble!—. La agente guardó silencio sin tener nada más que añadir.

—Háblame de tu jefe, parece que es una persona muy importante en tu vida. No me has dicho su nombre...

—Sí, lo dije; se llama Jack Meyer. Nos conocemos desde niños. Íbamos juntos al colegio, jugábamos los domingos e incluso ingresamos en la academia juntos. Entonces, nos distanciamos. A él le iba muy bien y a mí me costó un poco más.

—¿Por algo en especial? —Natalie regresó a la maldita noche en la que le dispararon.

()Aquella madrugada, a unas horas de empezar las clases, los nervios por los últimos exámenes y la fuerte presión a la que estaba sometida, no la dejaban conciliar el sueño; así que decidió salir a correr para que el cansancio la obligara a desconectar. Algo sedienta, tras la caminata, decidió comprar algo en la única tienda abierta; la de una gasolinera.*

Dentro, una embarazada obligaba a su marido a comprarle algunas golosinas para saciar sus antojos. En la sección de revistas, un tipo de edad madura y algo rechoncho, discutía consigo mismo en si llevarse la revista con la rubia pechugona o la de la morena ligerita de ropa. Entretanto, el tendero gritaba a la pequeña pantalla de su televisión la repuesta correcta al concursante del programa de turno, compaginándolo con observar las imágenes del monitor contiguo que recibía a través de la cámara de seguridad.

Natalie se paseaba por los pasillos más como entretenimiento que por interés; andaba lentamente recreándose en cada producto, leyendo cada etiqueta, con la intención de vaciar su mente de pensamientos negativos.

De repente, unos tipos irrumpieron en el modesto local; empuñando una escopeta de doble cañón, el que parecía más violento, y el más bajito un revólver. Uno se dedicó a apuntar al tendero para que le diera el dinero de la caja; el otro, obligó a los clientes a que se dirigieran a la parte trasera de la tienda y se sentaran en el suelo. Natalie obedecía, algo rezagada del grupo, convirtiéndose en una observadora improvisada de lo que ocurría. La mujer embarazada entre llantos, suplicó que la dejara quedarse de pie pues en su avanzado estado le costaba sentarse.

—¿Crees que me importa? —gritó el ladrón —¡He dicho que te sientes! —dijo apuntándole con la escopeta.

—Dame la mano, Marta, yo te ayudaré —su marido trataba de calmarla pero la mujer no dejaba de llorar. El tipo empujó al hombre haciéndolo caer al suelo, golpeándose éste con una de las estanterías y haciéndose una brecha en la frente. El armado volvió a exigirle a la mujer que se sentara. El hombre rechoncho intervino.

—Tranquilícese, ¿no ve que está embarazada? —Natalie aprovechó para agarrar una lata de guisantes de la estantería. El tipo, cada vez más nervioso, comenzó a gritar fuera de sí.

—¿Pero qué coño os creéis? ¿Qué estoy de broma? —acto seguido le disparó en la pierna al entrometido. La embarazada gritó y Natalie aprovechó la confusión para lanzarle la lata a la cabeza con todas sus fuerzas, propinándole un golpe que casi le hizo perder el conocimiento. Luego trató de hacerse con la escopeta pero, entre tanto, el tipo del revólver había acudido a auxiliar a su compañero y en cuanto estuvo cerca de ella, le disparó varias veces en el pecho. Natalie se desplomó de espaldas, desangrándose y sin poder moverse, oyendo como la pareja de rateros querían abusar de la otra mujer.

—Oye Johnny, ¿te has tirado alguna vez a una embarazada? —preguntó el de la escopeta.

—Nunca, James, y esta parece que necesita que le cierren ya esa boca —respondió el del revólver. De un puñetazo redujeron al marido.

—¿Qué has hecho con el tendero? —quiso saber James.

—¡Era un listo! —dijo haciendo referencia al intento frustrado del dueño de la tienda de avisar a la policía — No nos molestará —y con esa afirmación, ambos hombres iniciaron su particular ménage à trois. Natalie oía los gritos y las obscenidades que los hombres le gritaban a la pobre embarazada; sus lágrimas comenzaron a confundirse en el suelo con su propia sangre. Sin poder moverse y casi sin respirar, Natalie reunió todas las fuerzas que pudo para mover el brazo y hacerse con el móvil de su sudadera. Sin sacar la mano del bolsillo, tecleó a tientas el número de emergencias. Los gritos de Marta, alertaron a las autoridades que registraron la llamada y acudieron al lugar de los hechos; demasiado tarde para interrumpir a los violadores pero no para meterlos en prisión. (*)

—¿Por algo en especial? —volvió a repetir Hamilton.

—No —mintió—. Yo era peor estudiante y tardé un poco más en licenciarme.

—Ya veo. Aun así sus caminos volvieron a unirse.

—Sí —Natalie no tenía intención de seguir con ese tema —. No entiendo qué tiene que ver Jack en lo que me pasa.

—Una de las razones de que te sientas culpable es haber traicionado a Jack Meyer. Cuéntame algo de tus pesadillas.

—Siempre se repite la misma escena. Mark Jones troceando una pierna humana y ofreciéndome comer la carne cruda—. Natalie estaba incómoda con todo aquello.

—Natalie, todo es más fácil de lo que nosotros lo hacemos y hasta que no te perdones a ti misma, las pesadillas no desaparecerán. No cometiste ningún crimen. No

eres responsable de ninguna muerte. Créeme cuando te digo que mi intención y mi principal prioridad es que abandones este sitio cuanto antes —Natalie sintió que Michael Hamilton estaba deseando deshacerse de ella.

- ¿Puedo irme ya?
- Sí, ya hemos terminado pero me gustaría hablarte de algo. Alguien ha estado hurgando en mis archivadores.
- ¿Qué tiene que ver eso conmigo?
- Encontré el informe de Emily fuera de su lugar, cerca del de Lily. No tengo pruebas para acusarte, pero quiero que sepas que comparto tu preocupación; aunque tanto el forense como el sheriff han dado por cerrado el asunto. Whiteman me habló de ti, sé que eres buena en tu trabajo a pesar de todos los rumores que han inundado las portadas de los periódicos, pero ten cuidado; solo te diré eso.
- ¿Hay alguna otra cosa que me quieras decir?
- No, solo eso. Luego continuaremos charlando. ¿Te parece? Puedes marcharte—. Antes de salir la joven se giró dirigiéndose al terapeuta.
- ¿Puedo hacerte una pregunta?
- Dime.
- ¿El nombre “Hamilton Heaven” es por ti?
- Sí, Natalie. ¡Qué tengas un buen día!—. Parecía que Hamilton no tenía intención de hablar sobre ello, zanjando la conversación.

Justo en el momento en que Natalie salía vio a Mary entrar en el baño, la siguió dispuesta a interrogarla.

- ¿Mary? ¿Estás ahí? —Natalie comprobó que el resto de aseos estuvieran vacíos—. Quiero hacerte unas preguntas y esta es la única manera.
- ¡Oh, vamos! ¡No puedes esperar a que termine!
- No tengo tiempo. ¿Dónde te metiste a noche? Eras la compañera de Emily. Y no me creo esa historia de que intentaras escapar.
- Bueno... no he sido del todo sincera. Mi problema no son las drogas, es el sexo. Supliqué a Michael que mintiera por mí, así que tuve que ponerle en un aprieto para asegurarme de que cumpliría su palabra. Anoche, como otras tantas noches, dormimos juntos.
- Pero... ¿y la confidencialidad médico-paciente?
- Querida, no has tenido ocasión de vivir una de sus reuniones grupales. Es patético tener que contarle a gente que te importa una mierda, y que tú le importas tanto de lo mismo, toda tu vida; pero así son las cosas.
- ¿Anoche te dejó sola en algún momento?
- No que yo recuerde. Si se levantó cuando yo dormía, no me di cuenta.
- ¿Y por qué parecíais no sorprenderos? —Preguntó sin rodeos Natalie. Mary evocó en su mente aquella noche.

Mary había bajado a toda prisa las escaleras y salido de la casa sin ser vista. Una vez fuera bajo la escalinata principal, bordeó la casa por el jardín y llegó hasta la ventana del despacho de Hamilton. Dio unos golpes en la cristalera y el terapeuta la ayudó a colarse en su despacho.

- Es una de las cosas más excitantes que he hecho en mi vida —Mary se divertía con todo aquel asunto mientras Hamilton se había tumbado sobre el diván sin prestar mucha atención a la joven.*
- Michael, pareces distraído.*
- Debe ser el stress —añadió sin interés.*
- Creo que yo puedo solucionar eso.—La actriz comenzó a dejar caer su ropa en el suelo y a moverse de manera lasciva. Michael comenzaba a prestar atención a la chica.*
- ¿Hay algo que te gustaría hacer? —preguntó Mary. Él le pidió que se acercara indicándoselo con el dedo y le susurró lo que le apetecía. La joven se echó sobre él, Hamilton se acomodó en el diván y ambos se dejaron llevar. La noche transcurrió entre besos y caricias hasta que un grito y Jacob Adams los interrumpió con sus insistentes llamadas. La pareja, acurrucada, se abrazaba desnuda.*

- ¿Qué ha sido eso? —dijo Mary.*
- Vístete rápido. Parece que viene de arriba.*
- Hay mucho revuelo —dijo al oír demasiados pasos para ser las seis de la madrugada. Jacob Adams no desistía en su intento de localizarlo.*
- Es Jacob Adams. Esto no me gusta.*
- ¿Crees que se habrán dado cuenta de que no estoy?*
- Es lo más seguro. Venga, no hay tiempo para charlas.*

Se vistieron raudos y salieron del despacho; Hamilton la sujetaba del brazo fingiendo que había acabado de encontrar a la fugitiva. Desde la cocina Margaret observaba la escena sin ser vista; dejó lo que hacía y se unió al grupo de curiosos.

- ¿Qué sucede aquí? ¿Es por Mary? Trató de escaparse pero la he traído de vuelta —explicó al ver al concurrido grupo, sin percatarse de lo que ocurría.*
- No, Michael. No tiene que ver con Mary. Emily Stone se ha suicidado. —La pareja se miró confundida y aliviada de que nadie sospechara que habían dormido juntos.*

- Finalmente respondió a la pregunta que Natalie le acababa de formular.
- Preciosa, no es que no nos impactara la noticia es que estábamos más preocupados de que descubrieran la mentira.
 - ¿Emily sabía que mantenías una relación con Jacob?
 - ¿Cómo has averiguado eso?
 - No importa; responde.
 - Emily era mi amiga; en ella y en Hamilton era en los únicos que confiaba. Ella sabía todo de mí, excepto... que su enamorado no era tan maravilloso como ella pensaba.
 - ¿Estuviste también con él?
 - ¡No me juzgues! Ya te he dicho que tengo un problema... y al parecer a ningún hombre le preocupa mi salud—. Silencio—. ¿Algo más? ¿O vas a tenerme prisionera todo el día?— Natalie se marchó; aquello habría nuevas opciones para indagar.
 - ¡Te veo luego, Mary! —se despidió sin darle ocasión a hablar cara a cara.

- Al salir, las chicas le cortaron el paso; corrían por el pasillo totalmente mojadas.
- ¿Qué os ha pasado?
 - Estábamos practicando yoga cuando el cielo empezó a oscurecerse y antes de darnos cuenta ha empezado a llover —respondió Lily.
 - ¡Venga chicas! ¡No os paréis! La ducha nos espera —animó Agatha.

Natalie se dirigió a la biblioteca, donde esperaba que la soledad de aquel lugar la inspirara en la búsqueda de respuestas y en conseguir organizar la poca información

con la que contaba. El supuesto caso de Emily Stone, no era solo una nube de humo a la que ella misma se había aferrado para evitar afrontarse a sus problemas. Sería cuestión de horas que descubriera que, una vez más, su instinto no le fallaba.

Capítulo XI

Era la hora de almorzar. Debido al mal tiempo, tanto la luz como la línea telefónica no funcionaban. La lluvia no cesaba y los ánimos decaían. Jacob carraspeó para que todos le prestaran atención.

—Ocupen sus asientos, por favor —sin esperar a que obedecieran, comenzó su discurso—. Debido a la pésima climatología, tanto la luz como el teléfono no funcionan. Esperamos que mañana todo vuelva a la normalidad.

Natalie oía lo que decía pero no dejaba de mirar a un lado a otro, buscando a Mary. Preguntó a sus compañeras si sabían dónde se encontraba pero nadie supo responder. Regresó al discurso del señor Adams.

—Por suerte, disponemos de velas suficientes y linternas para todos. Hoy el toque de queda se adelantará—. Dejaron la caja llena de utensilios en un rincón del pasillo, accesible para todos los que ocupaban la mansión.

—Señor Adams, falta Mary —dijo Lily.
—¿Alguien sabe dónde está? —quiso saber el director. Nadie respondió—. Por favor, Agatha, ve a su habitación a buscarla—. La mujer siguió las instrucciones; no tardó en irrumpir de nuevo en la sala.
—Jacob, Mary no estaba en su habitación.
—¿Cómo dices? Entonces, ¿dónde está? —Agatha se encogió de hombros y todos los rostros intercambiaron miradas. Natalie se puso de pie y asumió el control de la situación.
—Miraré si está en el baño.
—Muy bien, señorita.

Natalie salió de la sala e intentó girar el pomo pero no cedía. Agatha la vigilaba desde la puerta del salón.

—¡Agatha! Necesito la llave del baño.
—Jacob, será mejor que vayas —informó sin moverse de su posición. El director se acercó a donde Natalie estaba, mientras todo el mundo se agrupaba en la puerta de la sala de reuniones para observar.
—¿Tienes la llave? Parece que está cerrado —informó Natalie.

Jacob Adams buscó en sus bolsillos y sacó un manojito de llaves. Se las cedió, indicándole la correcta, y Natalie abrió; encontrándose el cuerpo sin vida de Mary Miller.

—¡Otra vez no, por favor! —exclamó el director desde el pasillo. El resto trató de acercarse pero Natalie cerró la puerta y lo impidió.
—¡Todo el mundo quieto! Señor Adams, necesito un par de guantes, unas bolsas y mi teléfono móvil. ¡Señor Adams! —Pero el hombre estaba paralizado y ausente, sujetándose a la pared para no caer—. Agatha trae mi móvil. Lily ve a la cocina y que Margaret te dé unos guantes nuevos y bolsas de las que usan para congelar la comida. Charlie encárguese del señor Adams y señor Hamilton permanezca con el resto en la sala, y que todo el mundo se reúna allí—. Nadie se opuso a las órdenes de Natalie que mantenía la calma y asumía su rol de manera madura y profesional. Sin duda, su experiencia en Village Street la había cambiado por completo. Pasados unos minutos, Lily y Agatha le trajeron lo que había pedido.
—Necesito que no os mováis de la puerta mientras investigo. Luego tendréis que responderme a algunas preguntas—. Ambas mujeres palidecieron.

Natalie cerró tras de sí y contempló el cuerpo sin vida de la actriz. Sintió lástima por ella. Era bonita e inteligente, capaz de conseguir lo que se propusiera y parecía que no había sido nunca consciente de ello.

—¿Qué te ha pasado Mary? —preguntó al cuerpo sin vida.

Natalie se colocó los guantes y observó la habitación. El maquillaje de Mary estaba sobre el lavabo. El espejo estaba roto y había utilizado uno de los trozos para suicidarse. Se puso de cuclillas y comprobó las muñecas; un corte limpio y perfecto, y poca sangre. Aquello no le gustó. Observó el rostro; tenía los ojos lacrimosos y la piel de un tono blanquecino. Natalie se puso de pie e hizo fotos a cada detalle con su teléfono móvil. Revisó el trozo de espejo y creyó vislumbrar una huella. No podía hacer mucho en aquellas circunstancias, así que lo guardó en una de las bolsas. Abrió cada aseo y comprobó las papeleras y tazas del wáter, buscando algo de lo que el asesino quisiera deshacerse; pero no halló nada. Se plantó en medio del baño e intentó revivir la escena en voz alta mientras tomaba notas en el cuaderno que había escondido en su pantalón; usó el don que tenía para revivir escenas del crimen como si formara parte de ellas. Una capacidad que le había servido para graduarse como agente a pesar de sus mediocres notas.

Justo en la pared de enfrente, bajo la ventana, Mary se encontraba sentada, apoyando su espalda contra la pared. La cabeza colgaba ladeada quedando su cara oculta por algunos mechones rubios que habían escapado de su cuidado peinado. Los brazos lánguidos descansaban a cada lado de su cuerpo, acodados en el suelo, a penas, rodeados de sangre y por restos del espejo que habían saltado al romperlo para hacerse con un trozo con el que poner fin a su vida.

Natalie se acuclilló junto al cuerpo y lo revisó a conciencia. La agente apartó el pelo de la cara de la actriz y, tomándola de la barbilla, volteó su rostro. El rigor mortis aún no se había producido por lo que llevaría menos de cuatro horas muerta. Siguió su análisis verificando la ausencia de marcas en el cuello, pero logró vislumbrar en su pecho la señal de un punzón y algunos cristales salpicando su regazo. Natalie fruncía el ceño, mientras comprobaba si en las uñas había restos que indicaran que había existido un forcejeo previo; estaban limpias.

La agente se incorporó y se apartó unos pasos, tratando de ver la imagen con perspectiva e inició su discurso en voz alta. “la ausencia de sangre, cortes perfectos y el punzón en el pecho no dejan lugar a dudas: un nuevo crimen. Además, la trayectoria de los cristales que bordean y salpican el cuerpo son señales inequívocas de que el espejo fue golpeado una vez colocado el cuerpo en esa posición. Dos muertes con el mismo patrón, en un espacio tan limitado y en un lapso de tiempo tan breve solo me hace pensar que el asesino... o no es muy listo, o se cree un tipo con suerte”, suspiró sobrepasada por aquello. Continuó especulando... “Tras montar esta escenificación, se marchó y cerró con llave. O quizás cerró por dentro y saltó por la ventana.” Natalie abrió la ventana que estaba sobre la víctima y buscó alguna marca. No había ninguna huella pero el asesino podría haber escapado por ahí. Era inútil buscar en el jardín pues la lluvia lo habría borrado todo. Cerró la ventana y retrocedió. Guardó unas bolsas en uno de sus bolsillos y comenzó a pasearse.

Llegaba el momento más difícil de una investigación, pues debía mantener las distancias, no dejarse manipular y ser objetiva e imparcial. Ahora era el turno del

interrogatorio y estaba vez no tenía a Henry Cooper, sheriff de Village Street, para ayudarla. Revisó su teléfono y comprobó que la tormenta le había dado un poco de tregua. Reenvió todas las fotos a Olivia con el título “asesinato en Hamilton Heaven”; y añadió los nombres de los tres principales sospechosos. Luego la trató de telefonar pero ya era tarde; la tormenta la había vuelto a dejar incomunicada.

Capítulo XII

Jack había permanecido todo el día en su despacho. Ante la ausencia de un nuevo crimen en el que su equipo y él estuvieran inmersos, los había enviado a revisar casos antiguos para mantenerlos ocupados y tratar de cerrar alguno pendiente; aunque pronto tendrían que posponerlo.

Gary Malone, miembro del FBI del departamento contra el fraude fiscal y crímenes de cuello blanco, cruzaba la sala y se disponía a entrar en el despacho de Jack Meyer. Su poco más de metro y medio de estatura apenas intimidaba, pero no era necesario. Malone era famoso por su agrio carácter y por sus técnicas poco ortodoxas; sus arrugas y una cicatriz en el labio superior, le otorgaban a sus cuarenta y siete años, un aire de gánster de los años 20's. Pasó su mano por el negro pelo repeinado con gomina y entró en la oficina sin llamar.

—¿No tienes nada que contarme? —inquirió Malone. Jack trató de suavizar su humor con amabilidad; algo que no le iba a servir mucho.

—Hola, Malone. ¿Qué te trae por aquí? ¡Vamos, siéntate! —Malone obedeció.

—No intentes camelarme que ya soy perro viejo en esto. ¡Escupe!

—No tengo ni idea de lo que te refieres.

—Hamilton Heaven —se limitó a decir el agente. Jack palideció de inmediato, y una mueca, parecida a una sonrisa de triunfo, se dibujó en la cara de Malone.

—¿Qué pasa con Hamilton Heaven?

—Vamos, Meyer, sabes que lo sé; no le des más vueltas, resulta patético.

—¿Le ha sucedido algo a Natalie? —La sinceridad y el miedo con el que preguntó, le demostraron a la visita que realmente no sabía nada.

—Todo lo que aquí se diga será confidencial, ya que forma parte de una investigación federal.

—Por supuesto. ¿Está Natalie bien?

—Vayamos por partes. Hace unos meses recibimos el soplo de alguien de dentro de “Hamilton “Heaven” que las cuentas no cuadraban, a pesar del éxito del negocio. Al principio no le hicimos mucho caso, ya sabes cuantas quejas falsas y sin fundamento recibimos; pero aun así un detalle en las facturas que nos remitió, nos hizo sospechar. Usando al soplón de infiltrado, iniciamos una investigación que nos ha llevado a descubrir un entramado de corrupción bastante importante. Imagínate mi sorpresa cuando descubro que desde esta oficina se ha solicitado que se permita el acceso de una agente federal, poniendo en peligro todo el caso Paradise. ¿Qué coño pasa, Jack?

—¿Y pensaste que tratábamos de inmiscuirnos? —Jack empezó a reír, haciendo que Malone frunciera el ceño—. La agente Natalie Davis está allí fuera de servicio, disfrutando de unas vacaciones—. Jack se acomodó en el respaldo de su asiento, colocando una de sus manos en la cintura en forma de jarra y apoyando la barbilla en la mano derecha cuyo codo descansaba en su impoluta mesa de trabajo.

—¿Me estás diciendo que ha sido una simple casualidad? —Meyer asintió—. Debemos sacarla de allí antes de que sea demasiado tarde. Una joven ha aparecido muerta. No podemos valorar de lo que son capaces esos tipos si creen que tu agente va tras ellos.

—¿Puede estar en peligro? —quería saber Jack. Olivia irrumpió en la sala como un remolino haciendo que aflorara el mal humor de su jefe—. ¿Qué es tan importante para entrar así?

—Es Natalie.

—¿Está bien?

—No sabría decirte —le dio el móvil.

—¿Qué coño es esto?

—Acaba de enviármelo, jefe.

—¿Has hablado con ella? ¿Qué ha pasado?

—No, jefe. Me envió las fotos y los nombres, pero he intentado contactar con ella y no ha sido posible—. Jack le tendió el teléfono a Malone.

—No tenemos tiempo que perder. Debemos localizarla para que nos informe. Trataré de hablar con mi contacto.

—¿Esos nombres... ? —quiso saber Jack.

—Sí, son los tipos que investigamos.

—Que Joe revise las fotos. Malone os dará las indicaciones oportunas. Luego prepara al equipo, nos vamos de viaje.

—Sí, señor —Olivia se puso manos a la obra. Dejando a Meyer con la mirada perdida.

—¡Maldita sea! Natalie, ¿en qué te has metido esta vez?

Capítulo XIII

Natalie comenzó a pasearse por el baño. No estaba dispuesta a descartar a nadie pero no había tiempo que perder. Sentirse acorralado podía llevar al asesino a volver a atacar de manera más directa y despiadada. ¿Quién podía estar interesado en matar a Mary? No podía dejar de pensar en Jacob Adams y su interés en cerrar el caso. Mary era conocedora de su secreto y sentirse protegido por el sheriff lo podría haber llevado a repetir algo que le había funcionado horas antes. Además de poder poner así fin a su romance. También estaba Agatha. Sabía que conocía que tenía una aventura con su marido y quizás los celos la habían llevado a acabar con ella. Después tenía a Michael Hamilton. Mary lo chantajeaba. Quizás había decidido que era su mejor forma de escapar. Charlie tenía fácil acceso a jeringas y medicamentos. No imaginaba qué motivos llevarían al resto a matar; pero la mente humana era impredecible, no podía descartar a nadie de momento. Natalie no estaba satisfecha con sus conjeturas. Miró su reloj y salió del baño. Agatha y Lily la esperaban.

—Clausuraremos este baño hasta que llegue mi equipo.
—¿Y el cuerpo? —preguntó Agatha. Su cara de color pálido reflejaba que todo aquello le superaba.
—Tranquila, no irá a ningún sitio.
—¿Dónde está el señor Adams?
—Se reunió con el grupo —informó Lily.
—Lily, díles a todos que vayan al comedor a comer. Luego tendré que interrogarlos a todos —asintió y cumplió órdenes.
—Agatha puedes esperar un momento. Quiero hacerte algunas preguntas—. La mujer la miró extrañada, pero aceptó. Ambas mujeres, permanecieron en el pasillo.
—Sé que tú y Jacob tenéis una relación. Y también sé que conoces que él y Mary se acostaban.
—¿Cómo has sabido todo eso? —Agatha estaba perpleja.
—Eso no importa. Me gustaría saber a qué hora viste por última vez a Mary.
—Después del desayuno.
—¿Estás segura? —la mirada insistente de Natalie la forzó a especificar.
—Sí, y ya no la vi más. Más tarde, supuse que estaba en el baño porque te oí gritar por el pasillo “Mary te veo luego”. Es lo último que sé de ella.
—Eso sería cuando salí de hablar con Hamilton. Si fui la última que la vio con vida, lleva tres horas muerta —como había confirmado la ausencia de rigor mortis.
—¿Qué estuviste haciendo esta mañana?
—Estuve ayudando a Jacob con el papeleo y luego en la biblioteca. Cuando las chicas entraron por la lluvia, como sabrás es la única salida directa a la parte trasera, las acompañé a sus habitaciones para que no se distrajeran por el camino.
—¿Quién crees que querría deshacerse de Mary?
—Sinceramente, creo que yo sería la única persona. El resto la adoraba. A pesar de ser tan excéntrica.
—¿Desde cuándo sabes que tenía una relación con tu marido? —Agatha estaba sorprendida con la información con la que contaba Natalie; sin duda la había subestimado.
—Lo sospechaba, pero acabé viéndola salir del baño con mi marido y no pude seguir negándomelo a mí misma. Ni si quiera he tenido el valor para hablarlo con Jacob—. Agatha estaba visiblemente afectada, a punto de romper a llorar. Natalie decidió desviar el tema.
—¿Quién crees que querría muerta a Emily Stone?
—¿Crees que tienen relación?— La subdirectora estaba conmovida—. ¡Ay, Dios mío! Eso quiere decir que tenías razón y fue un asesinato. Hay un asesino entre nosotros—Agatha se estremecía aterrorizada.
—¿Qué opinión te merecen el sheriff Flynn y el doctor Walker?
—No sé qué tienen que ver pero... Flynn es un patán que le gusta más la placa por el status que le otorga que por la responsabilidad. Walker es un viejo amigo de Jacob. Hemos comido algún domingo con su familia pero no tengo mucha relación con él.
—Está bien. No comentes nada de lo que hemos hablado y vayamos a comer —pero la mujer se mantuvo en su asiento, parecía preocupada. Se retorció las manos y observaba a Natalie intranquila.
—¿Hay algo más que quieras contarme?
—No estoy segura de si debo decirte lo que pienso. Es solo una conjetura pero...
—Cualquier punto por muy absurdo que parezca puede llevarnos al culpable.
—Si lo que dices es cierto y ambas muertes están relacionadas... estoy segura de que Lily tiene que ver algo con todo este asunto. No te dejes engañar por su cara angelical. La oí discutir con Emily poco antes de morir. He de confesarte que tengo la costumbre de deambular por la casa e intentar estar al tanto de todo. No es por cotillear es una cuestión de seguridad. Aquí llega gente inestable, me inquieta que puedan cometer alguna locura. Además, invertí en el centro todos mis ingresos, debo preocuparme por este sitio.
—¿Qué sucedió en aquella conversación? —Agatha contó lo ocurrido tanto en el invernadero como en la enfermería.

Lily no estaba dispuesta a ignorar aquello. Recogió su mesa de trabajo y los restos que se habían esparcido por el suelo del macetero que Emily había roto, para luego encaminarse a la enfermería fingiendo sentir dolor de estómago. Agatha, sigilosa y oculta, había oído toda la conversación; siguió a Lily para tener controlada la situación.

*—Tumbate en la cama —le indicó el enfermero. Mientras él palpaba su estómago, Lily quiso dejar las cosas claras.
—Emily me ha contado vuestro secreto —respondió con fastidio.
—Me prometió que no se lo diría a nadie.
—Soy su mejor amiga y no voy a consentir que te aproveches de ella. Emily podrá tragarse todas tus palabras pero no voy a quedarme de brazos cruzados.
—¿Me estás amenazando?
—Te estoy dando la oportunidad de retirarte a tiempo.
—No te duele el estómago, ¿verdad? —Charlie se apartó de ella.
—Espero que sepas lo que te conviene.
—No creas que voy a olvidarme de Emily por tus palabras. Si me despiden, ella no te lo perdonará y yo seguiré teniéndola cuando abandone el centro. — Un impacto en la puerta los interrumpió. Agatha aguardaba inclinada sobre la puerta para no perder ningún detalle de lo que allí se decía; en su ahínco perdió el equilibrio golpeándola y no le quedó más remedio que excusarse alegando que buscaba a otra persona y alejarse. Charlie se despidió de Lily. —Será mejor que te vayas — le sugirió el enfermero. Lily no opuso resistencia y se marchó a su habitación para planear su estrategia.*

—La amenaza, luego se enfrenta al novio y la chica aparece muerta; y qué casualidad que es ella la que la encuentra.
—Y según tú... ¿qué motivos tendría para matar a Mary? —Agatha se cruzó de brazos, enarcó una ceja ante la obviedad—. Mary era la compañera de Emily y además se acostaba con Charlie. Lily pudo quitarla de en medio bien porque supiera algo, bien por lealtad.
—¿Lealtad? —preguntó Natalie sorprendida.
—Lily era posesiva con Emily. No creo que su intención fuera matarla, casi la idolatraba, estoy segura de que fue un accidente; quizás se disponía a cargarse a Charlie y acabó por error deshaciéndose de su amiga. Pierde a su amiga y los culpables del horrible desenlace siguen libres; aplicó su peculiar justicia con Mary y estoy

segura de que tarde o temprano lo intentará con Charlie.

Natalie se quedó pensativa, procesando todas aquellas suposiciones a las que no les faltaba coherencia. Necesitaba contactar cuanto antes con Olivia.

—La línea telefónica está averiada y la cobertura es pésima, pero recuerdo haber visto en tu despacho una radio. ¿Funciona? —quiso saber la agente.

—Es vieja y no estoy segura.

—¿No sabes si la radio que tienes en tu despacho funciona o no? —preguntó incrédula.

—No es que no funcione. Depende para que la quieras usar—. Natalie comenzaba a perder la paciencia ante aquel absurdo—. Es el juguetito de Jacob. Lo usa para hablar con Flynn y Walker—. La agente dio la conversación por terminada y con paso decidido se dirigió al despacho de Jacob.

Capítulo XIV

Natalie había tomado de la caja del pasillo un par de velas y una linterna; ya que la visibilidad comenzaba a dificultarse a medida que las horas pasaban y la tormenta se hacía más cerrada. La agente colocó las velas en dos puntos estratégicos para que la habitación completa quedara iluminada y se ayudó de la linterna para una mayor precisión. Se sentó en el sillón de Jacob y comenzó a trastear la radio; pero el aparato parecía no querer obedecer. Tras usar repetidamente el botón de apagado y encendido, optó por concederle unos minutos de rodaje hasta que el mecanismo se activara; quizás la batería estuviera descargada.

Se dispuso a revisar los documentos esparcidos por la mesa; todo eran facturas aparentemente lícitas, aunque un pequeño detalle llamó su atención. Había una considerable cantidad de facturas por importes desorbitados a distintos comercios locales. La mirada de Natalie brilló. “¿Gastos ficticios? ¿Por qué una empresa querría falsear su balance? Porque no se puede declarar una beneficio que no se tiene”, se decía Natalie mientras una sonrisa de suficiente dibujaba su cara. Una voz proveniente de la radio la sobresaltó.

—Juliett Alfa, ¿me recibes? —decía y repetía la voz a la espera de contestación. Natalie la reconoció con dificultad, era el sheriff Flynn.

—Froxtrot. Bravo. India. Delta... —Flynn seguía hablando pero Jacob acababa de unirse a la agente interrumpiéndola.

—¿Puedo ayudarte? —dijo sin mostrar nerviosismo.

—Trataba de contactar con el centro de emergencias para informar de lo sucedido.

—Alfa. November....

—Es inútil, por la situación en la que nos encontramos y esta horrible tormenta solo podría conectar con el sheriff y por lo que parece ni eso.

—Golf. Echo. Romero...

—¿Y esa voz que se oye?

—Debe haberse colado por la frecuencia algún loco debido a la tormenta.

—Froxtrot. Bravo. India...

—Será mejor que vayamos al almorzar. Todos están un poco nerviosos, se sentirán más seguros si estás con el grupo. Más tarde probaré a contactar por ti— concluyó Jacob, apartándola de la radio y arrastrándola fuera del despacho.

Natalie decidió no comer con el grupo y retirase a la cocina con Margaret. Una vez lejos de la vigilancia de Jacob, sacó su libreta y garabateó las palabras que había captado.

Froxtrot-Bravo-India-Delta-Alfa-November-Golf-Echo-Romero.

Conocía el alfabeto radiofónico porque Jack había insistido en enseñárselo, el último verano, antes de entrar en la academia. Natalie transcribió el mensaje: “FBI. Danger”.

Con los ojos abiertos como platos, la agente comenzó a morder la punta de su bolígrafo, llevada por el nerviosismo. Si temían al FBI, si se sentían acorralados, cualquiera podía ser una próxima víctima; incluso ella.

Capítulo XV

El almuerzo transcurrió en silencio. La gente se limitaba a comer y a mirarse los unos a los otros. Natalie había decidido comer en la cocina con Margaret para mantener las distancias con los sospechosos. Aunque allí tampoco había conversación. Natalie rompió el silencio.

—¿Puedo hacerte unas preguntas?
—Por supuesto —respondió la cocinera mientras saboreaba su comida.
—¿Quién crees que querría muerta a Emily y a Mary?
—No sabría decirte. Mary era más molesta y no me extrañaría que cualquier amante celoso se cansara de sus juegos y acabara con ella. Pero Emily era toda dulzura.
—¿Mary tenía muchos amantes aquí? —Margaret parecía temer responder. —Lo que diga quedará entre nosotras.
—Sé que estaba con Hamilton, con Charlie, con Jacob, y creo que lo intentó con July.
—¿Con July?
—Así es. Y la última vez que estuvo aquí también tuvo algún que otro lío; pero no sabría decirle más.
—¿Qué puede decirme de la situación financiera del centro?
—No estoy muy segura... es cierto que antes teníamos más trabajadores; pero desde hace unos meses nos apañamos con los que somos. De momento, recibimos nuestro sueldo puntual.
—¿El sheriff Flynn o el doctor Walker se reúnen a menudo con Jacob?
—No en el centro—. Natalie se asomó a la ventana que comunicaba comedor y cocina.
—Por favor, a medida que terminen, dejen su plato y tomen asiento. Les iré llamando para hacerles unas preguntas—. Todos parecían asustados y confusos. Aquel día iba a ser muy largo.

Natalie llamó primero a July. Se había colocado en la biblioteca apartada de oídos indiscretos, y así dejar que Margaret trabajara tranquila en la cocina; mientras, el resto esperaba en el comedor.

Una amplia habitación rectangular configuraba la zona. La puerta estaba situada en la parte inferior derecha. Frente a esta, una enorme mesa de estudio precedía una ventana. A la derecha estaba la cristalería que daba paso al jardín. A la izquierda dos estanterías dejaban entre ellas un pasillo que llevaba a una zona rodeada de libros en la que una nueva ventana quedaba oculta tras una de las estanterías. En lo alto varias lámparas victorianas rompían el estilo modernista que monopolizaba el interior de la mansión; concordando las lámparas con el exterior, por lo que se deducía que debían ser originarias.

—July, tengo entendido que tenías una íntima relación con Mary —la mujer se sonrojó.
—Te equivocas. Mary no era mi tipo. Ella intentó varias veces besarme pero le paré los pies enseguida y me dejó en paz.
—¿Se sintió acosada?
—Mucho. A cada sitio que iba, aparecía ella con la intención de acercarse demasiado—. Natalie tomaba notas mientras pensaba que ese podría ser el móvil que July hubiera necesitado.
—¿Qué hiciste después del desayuno?
—Estaba con el grupo en el jardín; luego se nos unió Lily.
—¿Qué estuvisteis haciendo?
—Donna se ofreció a darnos una clase de yoga. Estábamos muy tensas desde anoche.
—¿Viste algo o a alguien que actuara de una manera poco habitual?— La joven negó con la cabeza—. ¿Y después de la clase dónde fuiste?
—Nos había sorprendido la lluvia, así que regresamos a nuestras habitaciones donde nos quedamos hasta que el señor Adams nos reunió.
—¿Quién podría querer muerta a Mary?
—Era muy excéntrica pero tenía buena labia y al final solo podías sentir pena por ella.
—¿A qué te refieres?
—Alardeaba de que su problema eran las drogas pero de sobra era conocido que tenía un problema con el sexo. Estoy segura que esos tres pasaron más de un rato entretenido con ella—. La incontinencia verbal de July no dejaba de sorprenderla. Había nuevos puntos sobre la historia que abrían nuevas opciones y nuevos culpables.
—¿Qué podrías decirme de la muerte de Emily Stone?
—Este sitio se ha convertido en mi refugio. Voy y vengo muy a menudo. Pero no podré olvidar esta noche mientras viva. Fue algo horrible. Jamás imaginé que Emily fuera capaz de suicidarse y hoy se ha confirmado que no me equivocaba.
—¿Quién crees que podría haberle hecho daño?
—Emily era encantadora. Dudo mucho que alguien deseara verla muerta. A no ser que...
—¿Qué?
—Lily era muy posesiva con ella. Compartíamos habitación y me confesó que habían discutido. Luego despertó a toda la casa con sus gritos cuando la encontró. Sé que es algo estúpido pero desde entonces mantengo las distancias con ella. Tuve la intención de marcharme pero... Hamilton ya me conoce y no es fácil confesar todo tus secretos más íntimos al primer desconocido que tiene un título en psicología—. July hablaba calmada y con una confianza poco habitual; Natalie siempre provocaba esa reacción en la gente, sobre todo en gente como July que mostraba una necesidad desbordante porque alguien le prestara atención.

—Me han dicho que Emily se enamoró de alguien aquí. ¿Sabes algo sobre eso?
—Pues me sorprende. Nunca la vi con ningún tipo. Pasaba todo su tiempo en el invernadero con Lily, con Hamilton o en la enfermería. El tiempo que estuvo aquí sufrió de indigestión, tal vez se debía a su trastorno. Creo que su sistema digestivo no estaba acostumbrado a la rutina de comer siguiendo unos horarios—. “Si ese era el pensamiento de la casa, nadie sospechaba de la relación de la pareja. La idea de reunirse en la enfermería había funcionado”, anotó Natalie en su libreta.
—July, vuelve con el grupo—. Se levantó y se dirigió a la puerta del comedor, desde donde iba a avisar a la siguiente persona a la que interrogar. Jacob y Michael se enzarzaban en una acalorada pelea. Las sillas volaban al igual que los puñetazos. Natalie tuvo que intervenir. Margaret le dio un palo de fregona por el ventanal de la cocina y la agente con un golpe certero en los tobillos, hizo que ambos hombres cayeran al suelo.

—¡Quietos! La próxima vez apuntaré a unas partes más blandas —añadió indicando la entrepierna. Natalie era consciente que sin ayuda no podía dividirse en controlar los interrogatorios y al grupo, por muy nimio que fuese; debía adaptarse a las circunstancias si quería tener éxito. No le quedaba otra opción que afrontar la situación en grupo; aunque no fuera lo más ético. Desalojó la biblioteca y pidió a Margaret que se uniera a la reunión en el comedor. Formaron un círculo y comenzó a hablar—. No me dejan otra opción que hacer esto de la manera menos ortodoxa.

Lily, Donna y Margaret, coincidían en que nada fuera de lo normal había sucedido; así que Natalie decidió dar las indicaciones oportunas. Propuso reconstruir los hechos entre todos. Todas las coartadas se confirmaron y no obtuvo nada que ya no supiera.

El asesino estaba reduciendo la lista de miembros a pasos agigantados. Respiró profundamente, y se armó de sosiego; solo podía hacer una cosa para mantenerlos vivos, hacer que se vigilaran los unos a los otros.

—Nos reuniremos todos en la biblioteca a la espera de que llegue mi equipo o reciba las indicaciones oportunas. Nadie podrá abandonar la sala si no es acompañado. Es la única forma de controlar nuestros pasos y reducir el cerco alrededor del asesino. Agatha acompaña a las chicas; quiero tratar un tema con ellos.

—No sé quién te crees para darnos órdenes— se quejaba Jacob. Natalie lo ignoró—. Esto es indignante. Pienso contactar con el sheriff Flynn en cuanto vuelvan las líneas.

—No creo que eso sea posible; si yo fuera tú me preocuparía más de la llegada de mi superior. Estará aquí tan pronto como el tiempo se lo permita, ahora cállate y espera tu turno —. Natalie aguardó a quedarse sola con los tres hombres para sacar el tema que produciría algún que otro sarpullido—. Sé que los tres mantenáis una relación con Mary —anunció Natalie.

—¡Esto es un ultraje! —el director seguía a la defensiva.

—Siéntate, Jacob. No engañas a nadie. ¿Dónde os encontrabais las horas previas al almuerzo?

—Como sabrás, estaba en mi despacho —informó Michael Hamilton.

—No, no lo sé. Sé que me recibió en el despacho pero luego no atendió a ninguna residente porque todas estaban reponiéndose del incidente en el jardín.

—Le digo que estaba en mi despacho —insistió el terapeuta con vehemencia.

—Bien. ¿Y tú, Jacob?

—Yo también estaba en mi despacho. Agatha estaba conmigo.

—El testimonio de Agatha no es válido, teniendo en cuenta que es su esposa.

—Antes de que me preguntes, te diré que yo estuve en la enfermería todo el día —dijo el enfermero—. Después de atenderte, continúe haciendo inventario.

—¿Tienes alguna información sobre eso?

—Tenías razón. Faltaban un par de jeringas.

—Me gustaría saber si Emily Stone o Mary Miller eran alérgica a algún medicamento.

—No recuerdo que dijeran nada al respecto.

—¿Hay algún producto en la enfermería que sea letal? Mary tenía la marca de una aguja en su pecho.

—No sabría decirte; cualquier medicamento en exceso puede ser perjudicial. Yo solo me dedico a lo básico, siento no poder decirte más—. Natalie se decepcionaba por momentos; nadie le mostraba ningún hilo del que tirar.

—El doctor Walker reconoció el cuerpo de Emily, ¿sabéis si tenía también alguna marca en su pecho?

—No comentó nada. Solo sé que vino y determinó que la causa de la muerte era por colapso —explicó el enfermero. La cara de Michael Hamilton pareció contraerse con tal afirmación. Algo que no pasó inadvertido para la agente.

—Puedes irte Charlie, te llamaré si vuelvo a necesitarte—sugirió Natalie; a su espalda Jacob y Hamilton volvían a pelear—. ¿Me lo cuentan? Puedo pedir a Margaret que vuelva y que nos prepare café y esperar aquí todo lo que haga falta—. Ninguno se miraba—. ¿Es por compartir a Mary?

—¿Por compartir a Mary? No, por favor, ¿por quién me tomas? —Jacob no podía creer que pisotearan su imagen—. Quiero a mi mujer pero estoy bajo una fuerte presión y con Mary todo era más fácil.

—Culpaba a Jacob de todo lo que está sucediendo —confesó el terapeuta—. Desde que asumió el control del centro se empeñó en hacerlo exclusivo, solo para famosos, y mira cómo nos ha ido.

—Ahora me culpas, pero cuando sobraba el dinero nunca te quejaste —recriminó el director. Los hombres estaban dispuestos a llegar a las manos y Natalie no estaba dispuesta. Se puso de pie.

—¡Basta! Jacob vete con Charlie. Quiero hacerle unas preguntas a Hamilton y luego iremos nosotros—. Jacob sonreía con burla, como el niño que siente que se ha librado del castigo.

—Te considero un hombre inteligente y sensato, no un tipo que pierde los nervios y se lía a golpes —reprochó la agente—. Tú fundaste el centro pero ¿por qué recurriste a Jacob?

—Este era mi sueño; pero no tenía fondos. Tras varios préstamos para mis estudios, el banco no estaba dispuesto a concederme más. Jacob se convirtió en mi benefactor. Odio como ha gestionado esto como si fuera un vulgar centro para famosos, en lugar del centro innovador que pretendía ser; y lo peor de todo es que estoy atado a ellos por contrato.

—¿Qué sucede si Jacob no paga?

—Embargarán la propiedad e iremos todos a la calle —aclaró el psicólogo sin inmutarse.

—Parece no importarte.

—Estoy deseando que eso pase. Así quedaré liberado de esta trampa.

—Dos asesinatos te ayudarán a crear mala publicidad.

—Sé por dónde vas; pero créeme, no soy tan retorcido.

—¿Mary te chantajeaba?

—Para nada. Eso es lo que ella pensaba. Quería que guardara su secreto y me ofreció un poco de sexo por mi silencio.

—Su relación arruinaría tu carrera.

—No me importaba. Estaba deseando huir.

—¿Qué sabes sobre la autopsia de Emily?

—No te gustará oírlo; ni si quiera estoy seguro de que pueda contártelo.

—Estoy acostumbrada a oír cosas desagradables —pensó nuevamente en Village Street.

—Hace unos meses, por casualidad, llegaron a mí unas facturas que no me cuadraban. Tras revisarlas con detenimiento, me percaté de que algo sucio se escondía en todo el asunto. Contacté con el FBI.

—¿Malone está al corriente de todo esto? —Hamilton asintió.

—Cuando Whiteman contactó conmigo para que intercediera por ti, pensé que se trataba de algún plan de Malone; pero pronto me di cuenta de que eras ajena a todo este asunto, por eso te recomendé que tuvieras cuidado.

—Pensé que no querías que investigara la muerte de Emily —. El terapeuta negó con la cabeza—. ¿Sabías todo este tiempo que Emily había sido asesinada?

—Sabía que no se había suicidado.

—Necesito que me pongas al día de muchas cosas, si queremos evitar que el asesino vuelva a matar.

—¿Qué quieres saber?

—Háblame de Mary.

—Sufría de hipersexualidad. Según la información extraída de nuestras sesiones, de pequeña su tío abusó de ella; algo que la marcó. El tipo bebía y pegaba a su tía, la única forma que el hombre se calmaba era con Mary. La niña asoció el sexo a sentirse segura. A medida que fue creciendo comenzó a usarlo como instrumento para ser feliz. Una felicidad efímera e irreal que acabó por convertirla en una mujer excéntrica y neurótica—. Natalie deseó recriminarle al terapeuta su actitud con ella, sabiendo lo que sabía; pero no era el momento para ejercer de conciencia de nadie.

—Sé que Lily no ha sido sincera conmigo. ¿Qué esconde? —Hamilton tomó aliento antes de contar la historia.

Lily no podía demorarse más en entregar aquellos capítulos. Su editora había sido muy comprensiva con su embarazo, con los meses que se había tomado de descanso... pero haber aceptado el cuantioso anticipo por una nueva novela sin ni siquiera tener un borrador; llevada por el miedo a que se olvidaran de ella, la obligaba ahora a quitarse horas de sueño y de tiempo con su hija. Tampoco ayudaba el que ella estuviera muy distraída y dispersa, y que la pequeña Nicole

demandara constantemente su atención con sus llantos. Por fin, después de semanas de plantarse frente a su ordenador sin escribir ni una sola línea, las musas la habían visitado y sus dedos se paseaban por el teclado como si de una tierna melodía se tratara. Ni el llanto desesperado de la pequeña, la sacaron de su ensimismamiento; e incluso en un acto inconsciente trató de tapar sus oídos mientras la última escena que narraba tocaba a su fin. Tras guardar los últimos avances, abandonó su mesa de trabajo extrañada de que su hija durmiera tan plácidamente. Lily palideció cuando encontró a la pequeña con el sonajero en la boca y amoratada. Ni sus gritos afligidos ni los sanitarios que en tiempo récord acudieron a la vivienda pudieron hacer nada por la niña que decía adiós a la vida sin ni si quiera haberla disfrutado. Fue el comienzo de su declive y de su retirada definitiva de la literatura.

Natalie estaba enfadada y trataba de analizar lo sucedido: “¿Si me ha mentido en eso? ¿En qué otras cosas no me habrá mentido también?”, recordó la primera reunión que tuvieron en el invernadero y como le había negado conocer el nombre del enamorado de Emily para más tarde en un descuido, informarla de que la persona era miembro de “Hamilton Heaven” y que se jugaba el empleo con aquella relación; también recapituló las conjeturas de Agatha.

—¿Quién crees que mató a Emily y a Mary? Tú eres un experto en la mente humana, alguna sospecha tendrás.

—No creo que Jacob sea responsable; es una persona tan codiciosa como cobarde. Dudo mucho que se manchara las manos, pero la gente suele sorprendernos cuando menos lo pensamos. Emily no tenía enemigos, era un encanto de persona. Habían abusado de ella y vivía en la contradicción de tener miedo a entregarse y de hacerlo a la mínima que recibía un poco de afecto. Mary, a pesar de su problema, resultaba atractiva a los hombres y simpática a las mujeres. El único motivo que encuentro para matar a Emily es el resultado de una acalorada discusión o que supiera más de la cuenta—. Natalie analizaba las palabras del terapeuta con detenimiento. Mary podía haberle contado su relación con Jacob, y ser un peligro tanto para él como para Agatha; razón por la cual luego moriría ella. Conocía los sucios asuntos de Jacob, tal como Mary le había informado la primera vez que hablaron. También estaba Lily. Todas las pistas acababan sacando su nombre a relucir por algún motivo. Aquella noche había discutido con Emily, quizás hubo una segunda pelea que tuvo como desenlace la trágica muerte de su amiga. Pero, ¿matar a Mary? Las palabras de Agatha se repetían una y otra vez en su cabeza.

—Estoy tan bloqueada que no logró pensar con claridad.

—Natalie, como experto, puedo decirte que lo mejor que puede pasarnos a todos es que llegue tu equipo; no me malinterpretes. Creo que eres una mujer capaz, pero tus problemas te nublan el juicio. Estoy seguro que en un contexto tan reducido como el que estamos, con tu entrenamiento, debería ser muy fácil para ti saber la verdad.

—No pensé que venir a Vermont supondría tener que volver a inmiscuirme en la historia de un asesino múltiple—. La agente guardó silencio, concentrada en sus pensamientos.

—¿En qué piensas? —quiso saber Hamilton. Una malévola sonrisa cruzó la cara de Natalie.

Capítulo XVI

El grupo permanecía recluso en la biblioteca. Jacob se paseaba de un lado para otro, retorciéndose las manos. “Primero la muerte de Emily, luego Mary... y esa estúpida agente dando palos de ciego aumentando la tensión y complicándolo todo”.

Estaba cansado de aquel circo y a medida que las horas pasaban su mundo se desboronaba. En su mente se repetía una y otra vez el mensaje que Flynn había tratado de hacerle llegar: “FBI. DANGER”. No había que ser muy listo para comprender que el FBI estaba al tanto de su tejemaneje. Lo que desconocía era cuanto creían saber los federales y qué función desempeñaba Natalie. Las especulaciones, el miedo, las muertes... comenzaban a acentuar sus problemas de salud. Le costaba respirar, estaba a punto de sufrir un ataque de ansiedad. Debía escapar de entre esas paredes y contactar cuanto antes con Flynn para que le diera todos los detalles y luego... luego encontraría la forma de deshacerse de la novata detective. “Maldita sea, nunca pensé que una simple novata pudiera darme tantos quebraderos de cabeza”, se dijo al tiempo que limpió el sudor de su frente e inició su plan de huida. Detuvo su ir y venir. Se colocó en media de la sala y con los brazos en jarra, dejando al descubierto como la presión inundaba de sudor la zona que la camisa rodeaba las axilas, habló entre gruñidos.

—¡Esto es inhumano! Esa inepta detective nos ha condenado como sucios y rastreros monstruos mientras ella juguetea con Hamilton al cluedo (*juego de lógica que consiste en descubrir al asesino siguiendo unas pistas*). Tengo hambre, estoy cansado y no pienso consentir que una cría con la cabeza llena de pájaros, se empeñe en hablar de crímenes cuando obviamente hemos vivido la trágica casualidad de descubrir dos suicidios. Como director y responsable del centro... —Lily se escabullía sin ser vista para informar a Natalie de la sublevación que se cocía en la biblioteca mientras Jacob continuaba alterando los ánimos.

Hamilton y Natalie perfilaban los últimos detalles de su plan en el despacho del terapeuta, cuando Lily se unió a la pareja de manera tímida.

—Sé que has dicho que no debíamos separarnos, pero las chicas necesitan ir al baño. Jacob está poniendo nervioso al grupo. Y Margaret quiere preparar algunos sándwiches. Creo que es mejor que vayas.

—Gracias Lily. Michael, ¿te encargas tú? —sugirió Natalie. Hamilton obedeció complacido. La joven no pudo evitar curiosear los informes y leer su nombre.

—Si hay algo de mí que quieras saber, solo tienes que preguntármelo—añadió la escritora, algo ofendida de que se la considerara culpable.

—No te lo tomes como algo personal. Tengo que barajar todas las posibilidades hasta encontrar el cabo que me lleve a solucionar todo este asunto. Creo que sabes más de lo que dices y me preocupa que eso pueda ponerte en el punto de mira del asesino.

—Ya te conté todo lo que podía contarte.

—Sabías quien era el enamorado de Emily y me mentiste; tampoco me habías dicho que aquella noche discutiste con ella y que luego amenazaste a Charlie.

—Por un momento sentí lástima por ese cretino y pensé que podría traerle problemas. Sobre lo de Emily... no es fácil asumir que las últimas horas con tu mejor amiga han sido lo peor de ti.

—Tampoco me dijiste cómo murió tu hija.

—Es mi condena. ¿Crees que si me fuera fácil hablar de ello seguiría aquí?

Lily echaba abajo todas sus hipótesis. Natalie sabía que su investigación no llegaba a ningún punto. Era un fracaso; deseaba poder huir de todo aquello.

—¿Por qué te uniste hoy al grupo? Pensé que solías evitar ese tipo de actividades.

—Hamilton se empeñó en que tratara de abrirme un poco si quería salir de aquí—. Natalie la oía con frustración, por más que investigaba no sacaba nada en claro.

—¿Sabes si Charlie tenía una relación con alguien más? —debía tantearla, saber si conocía más de lo que callaba. La expresión de sorpresa y disgusto de Lily, le confirmó que desconocía que el enfermero y Mary se acostaban juntos—. ¿Todo está bien? Tienes mala cara—. Lily negó con la cabeza—. Será mejor que vuelvas con el grupo—zanjó Natalie la conversación. Lily regresó a la biblioteca, mientras la agente permanecía en el despacho meditando.

Justo cuando los residentes se disponían a incumplir las órdenes de la agente, Hamilton irrumpió dispuesto a poner en marcha el plan de Natalie. Las palabras que el terapeuta le susurró en el oído, hicieron que la piel de Jacob se le erizara. Con una fingida sonrisa de indiferencia, se dirigió con paso decidido hacia su despacho. Una vez dentro toda la calma a la que se había aferrado en el trayecto, se esfumó. Con el pulso acelerado y la frente nacarada por el sudor, cerró la puerta tras de sí y se abalanzó sobre el transmisor. Necesitó varios intentos hasta que finalmente, Flynn se unió a la conversación.

—¿Oíste mi mensaje?

—Necesito detalles.

—El FBI está al corriente de la estafa.

—¿Cuánto creen saber?

—No lo suficiente; de lo contrario ya estaríamos con las esposas puestas.

—Viene alguien.

—Hay algo importante que debes saber.

—¡Rápido!

—Hamilton nos vendió.

—¿Jacob estás ahí? —preguntó Agatha desde el pasillo, acercándose y próxima a entrar en la habitación.

—Sí, cariño —respondió él al tiempo que arrancaba del lateral del aparato la batería que lo hacía funcionar para evitar riesgos y que la detective insistiera de nuevo en usar la radio; se la metió en el bolsillo y salió al encuentro de su mujer.

—¿Estás bien? —preguntó Agatha al ver el rostro blanquecino.

—Sí, ¿y Hamilton?

—Acabo de cruzármelo. ¿Sucede algo?

—No te preocupes por nada, yo me encargaré—. La pareja se besó y cada uno siguió su camino; ella con dirección al piso de arriba, él dispuesto a enfrentarse a Hamilton fueran cuales fueran las consecuencias.

Natalie permanecía en el despacho de Hamilton. Oía los pasos en la planta alta, las quejas de Jacob en la biblioteca, a Margaret trabajando en la cocina... por un momento, todos vivían ignorantes a la pesadilla que se tejía entre aquellas paredes. La mansión volvía a renacer, aunque fuera por poco tiempo.

Margaret cruzó el pasillo de regresó a la biblioteca con una bandeja llena de emparedados. Natalie permanecía allí sentada; tratando de aliviar su mente, de encontrar las respuestas... como un observador ajeno a la trama. La lluvia no había cesado en todo el día, su móvil seguía sin cobertura. Cerró los ojos, ordenando cronológicamente en su mente todo lo sucedido; buscando los flecos de la historia. Finalmente, abrió los ojos; tras unos quince minutos, un golpe en la biblioteca la sacó de sus ensoñaciones, de inmediato acudió y revisó la sala. Charlie había tropezado, haciendo caer varios libros.

—¿Agatha está arriba con las chicas? —Margaret asintió—. ¿Y Hamilton? —Ninguno de los presentes le supo responder. La agente regresó tras sus pasos y revisó la planta baja; pero cuando estaba cerca de la puerta del comedor, tuvo una mala sensación. El aire del ambiente parecía viciado, algo no iba bien.

—¿Señor Hamilton? ¿Michael? —cuando abrió la puerta, allí estaba el terapeuta; y a nunca más tendría que preocuparse por “Hamilton Heaven”.

Natalie se acercó al cuerpo para buscar alguna pista que le indicara quien estaba jugando con ella. La sangre del cuello de Hamilton lo había salpicado todo, por lo que estaba segura de que el asesino lo había hecho desde atrás, cogiéndolo por sorpresa.

Michael yacía sin vida recostado en una de las sillas de espaldas a la ventana de acceso a la cocina. Un corte lineal seccionaba la yugular del terapeuta, a cuyo asesino no le había temblado el pulso y cuya sangre se esparcía sobre la mesa. La dirección de las salpicaduras confirmaba que había sido atacado desde su espalda. El grosor de la hendidura y la profundidad de la herida indicaban que el asesino no había tenido que ejercer una fuerte presión, ya fuera por exceso de fuerza o por emplear un arma de borde afilado.

Natalie revisó los bolsillos del fallecido e inspeccionó cada rincón. El asesino había tenido que escapar por la cocina, una línea de gotas llevaban hasta el ventanal.

Asomó la cabeza y observó que en el fregadero había dejado el arma homicida; el asesino no había sido muy listo. Cerró el comedor con llave y entró en la cocina para inspeccionar desde el otro lado. En el cuchillero faltaba uno, el del fregadero. Había marcas de zapatos en la encimera y estaba segura que con el equipo adecuado hallaría alguna huella dactilar. Husmeó por el resto de la habitación y abandonó la cocina, no sin antes, fotografiar cada detalle y clausurarla también; aún tenía en su poder el manojito de llaves que Jacob le había dado.

Toda aquella macabra escena, había despertado en Natalie viejos recuerdos y nuevas pesadillas. Debía contactar cuanto antes con su equipo y lo única opción viable que le quedaba era la radio de Jacob. Con paso decidido, prácticamente corriendo, llegó a la habitación. Apoyó una de sus manos en el transmisor; el aparato estaba aún caliente por lo que alguien había conseguido ponerla en marcha. Natalie frunció el ceño mientras trató de hacerla funcionar, pero era imposible; se habían asegurado de hacer desaparecer la batería pues un enorme hueco rectangular adornaba el lateral de la máquina.

Disgustada, un único nombre martilleaba en su sien. Se sentía culpable; pues todo había formado parte de su plan por atrapar al asesino.

La agente guardó silencio, concentrada en sus pensamientos.

—¿En qué piensas? —quiso saber Hamilton. Una malévola sonrisa cruzó la cara de Natalie.

—¿Y si le pusiésemos una trampa al asesino? Si conseguimos engañarle, hará un movimiento en falso. Solo necesitamos estar alerta para que no vuelva atacar antes de que le pillemos.

—¿No crees que es algo arriesgado?

—Lo es; pero si es la única forma de atraparlo, correré el riesgo.

—¿Cuál es tu plan?

—Necesito obligarle a atacarme; y la única forma es decirle que solo yo sé quién es el asesino. Tú serás quién se encargué de lanzar falsas afirmaciones y pronto el culpable acabará por mover ficha.

—Considero que es un plan inteligente pero exactamente... ¿qué tengo que hacer yo?

—A Jacob le dirás que sé su secreto y mencionarás los nombres de Flynn y Walker. A las chicas y a Margaret les dirás que sé quién lo hizo que pueden sentirse seguras. A Lily que sé que esconde en el invernadero. A Charlie que debería haber sido sincero. Y a Agatha que no le ha servido de mucho esconderse por los pasillos.

—Les das a todos en su punto débil.

—Si son inocentes, no entenderán nada de lo que afirmas pero el que sea culpable... hará lo que sea por deshacerse de mí antes de que pueda delatarlo.

—¿Y si...? —quiso saber Hamilton. Natalie le interrumpió.

—Si no funciona, no habremos perdido nada; ya que nada tenemos. Y si vienen a por mí, estaré preparada para atacar —Natalie tomó el afilado abrecartas de Hamilton y lo blandió en el aire.

—¿Cuándo empezamos? —preguntó decidido el terapeuta, justo cuando una tímida Lily hacía acto de presencia.

Natalie no podía comprender cómo habían atacado a Hamilton, en lugar de ir a por ella. “¿Qué podría haber hecho mal aquel hombre, si las órdenes habían sido claras y sencillas?”

Acto seguido, un grito desgarrador seguido de un estruendo casi amortiguado por la tormenta los llevó al hall donde el cuerpo de Agatha, permanecía al pie de la escalera.

—¡Agatha! ¿Qué ha pasado? —Natalie la ayudaba a incorporarse obligándola a permanecer sentada hasta que respondiera a sus preguntas.

—Las chicas necesitaban ir al baño. Me dirigía a la biblioteca cuando alguien me empujó por detrás haciéndome caer y golpeándome con el escalón.

El grupo, como ella, había acudido alertado por el alboroto; unos la observaban desde la barandilla y el resto la rodeaban. Natalie posaba su mirada intermitentemente en los rostros de Agatha y los demás sin saber qué hacer. No había tenido tiempo de procesar un crimen cuando había estado a punto de tener que ocuparse de otro cuerpo.

—¡Charlie! ¡Lleva a Agatha a la enfermería! —le susurró unas palabras antes de añadir—. El resto a la biblioteca. Hoy dormiremos todos juntos.

—Natalie, no encontramos a Hamilton —dijo tímidamente Margaret.

—Ya no podemos hacer nada por él—. Los rostros palidecieron y un grito ahogado escapó de la garganta de Lily. Nadie estaba a salvo y cualquiera de ellos podría ser el siguiente.

¿Y si Agatha se había cruzado con el asesino tras matar a Hamilton y por miedo a que lo acusara, le había intentado cerrar la boca a la mujer? Deseó que por una vez su don le pudiera revelar la cara del asesino. Sin su equipo, su móvil se había convertido en su mejor instrumento; tomó algunas capturas y regresó sobre sus pasos. El enfermero se marchó y ella se dirigió a la biblioteca.

Los residentes fueron llegando, nadie decía nada y todos evitaban mirarse a los ojos los unos a los otros. Natalie les fue indicando donde sentarse para luego colocar una silla en la puerta desde donde vigilarlos. Solo le quedaba esperar que la lluvia cesara en cualquier momento y que Meyer llegase para salvarla antes de que un nuevo nombre fuera tachado de la lista. Sacó el móvil de su bolsillo y comprobó la cobertura. La tormenta quería concederle un poco de sosiego y le permitió que hiciera una llamada. Estaba saturada, cansada, y lo último que necesitaba era oír alguna reprimenda o recriminación por parte de Jack. Marcó el número de Olivia.

Capítulo XVII

El equipo estaba reunido en la sala de juntas para ponerse al día. Jack le cedió la palabra a Olivia.

—Natalie me envió estas fotos con el título “asesinato en Hamilton Heaven”—. Colocó las instantáneas impresas en una pizarra para que todos las vieran—. Nos ha sido imposible contactar con ella, pero sabemos que “Hamilton Heaven” es un centro de terapia en Vermont. Al parecer el mal tiempo los ha dejado incomunicados, no tienen ni luz ni teléfono. Todos los vuelos han sido cancelados, así que tendremos que esperar o...—Jack la interrumpió.

—Tengo un avión de la agencia preparado para viajar en cuanto estemos listos.

—Joe ha investigado las fotos. Joe, por favor —Olivia le pasó el testigo.

—La víctima es Mary Miller, la famosa actriz de Broadway. La ausencia de marcas visibles de agresión y la señal en el pecho, confirman que le inyectaron algo que acabó con su vida. Los cortes de las muñecas se hicieron post-mortem para despistar y hacer creer que se trataba de un suicidio. Sin duda, la mataron.

—¿Alguna cosa más?

—He investigado el centro —dijo Jessica—. Fue fundado por Michael Hamilton pero por motivos que aún desconocemos lo cedió a Jacob y Agatha Adams; un matrimonio que se hizo cargo de gestionar financieramente el lugar. Tenía bastante éxito hasta que hace dos meses las cosas cambiaron, repercutiendo negativamente en los ingresos. Están ahogados en deudas.

—Sobre el motivo de que Hamilton recurriera a Jacob, puedo explicarlo yo. Fue simplemente una asociación financiera; aunque Jacob acabó controlándolo todo—explicó Malone.

—¿Qué hay sobre los Adams y sobre ese Hamilton? —le preguntó Jack a Malone.

—Sospechamos que Jacob Adams ha participado en un fraude fiscal. Su mujer parece no estar inmersa en ninguno de estos asuntos, pero no la descartaremos hasta que todo se aclare. Hamilton es mi confidente; él nos puso sobre la pista y ha sido nuestro topo allí dentro.

—¿Cómo acabó Natalie allí?

—Bueno... hemos hablado con el psicólogo de la agencia —trató de explicar Brandon.

—¿Tony Whiteman?

—Sí. Al parecer Natalie estaba sometida a mucha presión y Whiteman le recomendó ese centro.

—Whiteman se lució —añadió Jack Meyer.

—Dice que no sabía nada del caso Paradise, pero que había estudiado con Hamilton y por eso confió en que sería un buen sitio.

—Si no hay nada más... —concluyó Jack Meyer. Nadie dijo nada—. Pongámonos en marcha. Va a ser un vuelo movidito.

Jack Meyer y su equipo se dirigieron al aeródromo. No habló durante todo el trayecto. Su mente estaba muy lejos de allí; tratando de averiguar cómo había acabado Natalie, una vez más, envuelta en un caso de asesinato.

Llevaban dos horas esperando confirmación por parte de los controladores, cuando Olivia atendió su teléfono.

—¡Es Natalie! —informó al resto desde el asiento del avión que tenía que llevarlos a Vermont. Meyer comprobaba su teléfono; se sentía dolido porque Natalie no hubiese querido hablar con él.

—¿Nat? ¿Nat? ¿Cómo te encuentras? —preguntó ansiosa la agente Estévez.

—¿Estáis ya de camino? —Natalie deseada escuchar una respuesta afirmativa.

—Estamos esperando que nos den permiso para despegar. Aquí apenas llueve pero al parecer el aeropuerto de Vermont es un pantanal. Además, hemos tenido un pequeño problema por la jurisdicción. La presencia de un agente federal en el escenario del crimen ha conseguido convencer a los jefazos—. Silencio. Natalie se planteaba que quizás ella se estaba convirtiendo en un problema para el equipo —. ¿Natalie?

—Sí, sigo aquí. ¿Las carreteras siguen cortadas?

—Eso parece. Puede que hasta mañana no tendréis suministro de luz y teléfono. ¿Cómo va el caso?

—Creo saber cómo murieron las víctimas pero aún tengo algunas lagunas. Además hay otro problema.

—¿Cuál?

—Acaban de matar al terapeuta y han intentado deshacerse de la subdirectora; y...

—¿Y qué? ¿Nat? ¡Natalie! —pero la comunicación se había cortado.

—¿Qué ocurre? —preguntó Jack histérico.

—Ha habido una nueva muerte y un intento fallido.

—¡Joe! Joe! —Jack se levantó de su asiento—. Dile a ese piloto que si quiere seguir manteniendo su empleo que nos saque de aquí.

—Pero jefe... —Joe no estaba seguro de que fuera una buena idea. Jack se dirigió a la cabina. Pasados 10 minutos, Jack Meyer regresó.

—Abrocharos los cinturones, vamos a despegar —Olivia que estaba sentada junto a él, le preguntó sin despertar la curiosidad del resto del equipo.

—¿Cómo lo has conseguido?

—No he sido yo. Al parecer la hija del multimillonario Julius Clark está en el centro y ha movido sus hilos; es familia de Comey (*James B. Comey es el director general del FBI*)—. Joe lo miraba con admiración—. No se lo cuentes a Joe, parece impresionado. Quizás así, la próxima vez sea más impulsivo. No le vendría mal —Olivia escondió su risa tras la mano—. ¿Te ha preguntado por mí? —Jack no pudo evitar querer saberlo

—No —Olivia sabía que Meyer sentía debilidad por Natalie—. Se le pasará, no te preocupes. —El agente no parecía seguro; solo esperaba que esta vez Natalie no hubiese intimado con el asesino. Cerró el puño con fuerza, al recordar la conversación con Mark Jones, el asesino de Village Street.

()Jack Meyer estudiaba al detenido, Mark Jones, durante todo el tiempo que este dedicaba a escribir su declaración sobre los sucesos. El sheriff Cooper lo había esposado a la silla dejándole la mano derecha libre para poder escribir. A petición de Meyer, los dos estaban solos en la modesta oficina.*

—Sea minucioso y no se deje ningún detalle —le recordó el agente.

—¿También he de incluir cómo abrazó a su subordinada al reencontrarse? —El confeso asesino parecía molesto por tener que tratar con aquel hombre. Cualquier mujer se sentiría atraída por un tipo como aquel y eso no le gustaba.

—No soy yo el que tiene que dar explicaciones aquí. Límitese a su redacción.

—Debe ser frustrante trabajar con una mujer tan bonita como ella y que no surja ningún acercamiento.

—Continúe escribiendo, por favor.

—Lo hago por ella, ¿sabe? —Jones siguió escribiendo pero había conseguido su propósito de perturbar al agente.

—¿A qué se refiere?

—¿Usted qué cree? Piense en ello, hablaremos cuando acabe lo que tengo que hacer— Mark regresó a su declaración y Meyer endureció el gesto de su cara.

—Ambos sabemos que no firmará hasta que diga lo que sea que quiera decirme, ¿por qué no lo suelta de una vez para que podamos acabar con todo esto?

—Es más divertido hacerlo de esta manera. A medida que yo digo algo, usted baja la guardia y se molesta. Es realmente interesante lo que se consigue de usted hablando de Natalie. Debería haberlo tenido en cuenta antes de permitirle formar parte de su equipo; ella es su talón de Aquiles. De mí no tiene que temer, pero

vendrán otros que no se lo pondrán tan fácil.

—Por lo que veo solo es un charlatán que quiere hacerme perder el tiempo. ¿Quiere aprovechar las horas que le queden de vida antes de silenciarse para siempre? ¿O cree que tendrá la suerte de no acabar en la silla? —Aquellas duras palabras habían herido a Jones. Decidió dejarse de juegos. Firmó y añadió.

—Yo al menos puedo morirme tranquilo sabiendo que Natalie ha estado entre mis manos y usted jamás podrá tocarla. —Meyer se levantó de su asiento y golpeó en la cara a Mark Jones haciéndolo caer al suelo junto a la silla a la que estaba esposado.

Los agentes acudieron a la sala. Natalie se mantenía en la retaguardia contemplando la escena con gesto lastimero. Meyer envió a todo el mundo a descansar, proponiendo dormir por turnos a Cooper para custodiar al asesino en la comisaría. Él se ofreció ser el primero, a pesar del descontento del sheriff. Jones no estaba dispuesto a dejarse silenciar.

—Parece un tipo duro; así es cómo a Natalie le gustaba que se lo hiciera. ¿Quiere que le dé más detalles? Se sorprendería de ciertas habilidades.

—Prefiero que me cuente como mató a las otras seis víctimas.

—Lo siento, eso es algo que no pienso hacer. Me niego a que usted se lleve el mérito. Haga como Natalie.

—¿A costarme con un asesino para obtener información? —Aquellas palabras hicieron enloquecer a Jones.

—¡Nunca serás la mitad de bueno que es ella! ¡Ella nunca supo que yo era el responsable! —Jones le escupió y gritó toda clase de improperios, tratando de liberarse de los barrotes de su prisión para golpear al agente —¿Sabes de lo único que me arrepiento? ¡De no haber probado su carne! —Mark Jones había olvidado el rol de hombre sensato e inteligente que había representado para Natalie y el resto de lugareños, dando paso a su verdadera personalidad psicópata. (*)

—¿Te encuentras bien? —interrumpió Olivia, al percibir que algo atormentaba a su jefe.

—Sí, solo es que quiero llegar antes de que haya un nuevo cadáver.

Capítulo XVIII

Todos fueron tomando asiento y acomodándose en el lugar tal como Natalie había indicado; las sospechas se palpaban en el aire y nadie se sentía seguro. Charlie se unió al grupo poco tiempo después.

—¿Y Agatha? —quiso saber Jacob.

—Le he dado un calmante para el dolor, es muy fuerte y se ha dormido de inmediato; no creo que se despierte hasta por la mañana.

—Ojalá, pudiésemos tomarlo todos —masculló mientras regresaba a su asiento.

—¿Has cerrado la puerta de la enfermería? —le dijo Natalie.

—Sí, tal como me dijiste; pero no entiendo...

—No quiero correr el riesgo de que el culpable, intenté acabar el trabajo—. Charlie palideció y tomó asiento. Natalie hizo lo mismo.

Sentada en su silla, debido al cansancio, sus propios temores y el baile de las llamas en la pared de las velas que había colocado junto a ella, Natalie sentía que un peligro la acechaba desde todos los rincones. Las habitaciones de la planta baja estaban cerradas y el resto de miembros que formaban el grupo, descansaba. Respiró profundamente intentando calmarse. El vibrar de su teléfono la sobresaltó.

—Natalie al habla.

—Hola —saludó una voz masculina que inmediatamente reconoció.

—Hola Jack.

—Infórmame de la situación —le pidió su jefe. Natalie miró a su alrededor y comprobó que todos permanecían dormidos; habló todo lo bajo que pudo para que el asesino no fuera consciente de sus avances.

—Encontramos a la primera víctima muerta en su habitación. Aparentaba ser un suicidio pero las pruebas indicaban que había muerto antes de que se hiciera los cortes en las muñecas. Luego hallamos un segundo cuerpo en las mismas circunstancias. Reuní al grupo e hice algunas preguntas. La tercera víctima y yo trabajábamos juntos para cerrar el caso; hubo un ruido, acudí para comprobar que sucedía y habían matado al terapeuta. El asesino lo pilló por sorpresa cortándole el cuello. Mientras revisaba la escena del crimen, se produjo un nuevo incidente. Agredieron a la subdirectora. Estoy segura de que se cruzó con el asesino cuando huía y este tuvo miedo de ser descubierto. Ahora todos descansan y yo estoy haciendo guardia.

—¿Sola?

—No, con el séptimo regimiento —Jack Meyer ignoró el comentario. Natalie mostraba hostilidad y él no tenía intención de discutir.

—Hemos llegado a Vermont. Nos tienen aquí retenidos en el aeropuerto hasta que abran las carreteras al tráfico. Por lo que comentan, el servicio eléctrico y telefónico estará en uso en unas horas. Están reparando uno de los transformadores. ¿Tienes alguna pista de quien es el responsable?

—Aún nada. ¿Malone está con vosotros?

—Sí, ¿sabes algo del caso?

—Hamilton me puso al día. Tengo mis sospechas...

—¿Los nombres que le distes a Olivia?

—Sí. Están jugando sucio; los oí hablar.

—Malone los vigila de cerca. ¿Crees que Jacob puede ser responsable de esas muertes?

—¿Qué supieran más de la cuenta y les cerrara la boca? No creo... Hamilton lo descartaba; y yo también. Me inclino a pensar que lo de Emily fue un trágico accidente; pero el resto...

—¿El asesino temía que lo delataran?

—Tendría sentido.

—Te avisaré cuando estemos en camino. Hasta luego —y colgó. La conversación había sido fría y distante. Natalie fue consciente de que aquello no podía continuar así.

La agente aguantó en su puesto sin moverse, sola y sin ninguna novedad hasta que Jacob se levantó de su asiento furibundo; faltaba poco para que dieran las diez.

—¿No piensas hacer nada? —recriminó a Natalie. Todos se incorporaron en sus asientos observando atentamente la escena.

—Mi equipo está en camino y pronto asumirán el control de la situación. Será mejor que te tranquilices y descanses, ellos serán mucho más rudos que yo.

—No teníamos bastante con tener un asesino entre nosotros que nos tenía que tocar la policía más inútil; la única forma que tiene de detener a un homicida es liándose con él—. Jacob le dio la espalda para regresar a su asiento, Natalie aprovechó para lanzarse sobre él y retorcerle el brazo, dejándolo inmovilizado en el suelo. Todos estaban sorprendidos que una mujer tan pequeña tuviera tanta habilidad. Ella, ajena a las miradas, le susurró una amenaza clara y concisa a Jacob.

—Estoy cansada de tu actitud. Mantén la puta boca cerrada o la próxima vez te demostraré de lo que esta inútil es capaz de hacer. Recuerda que sé tu secreto—.

Natalie lo liberó y se incorporó, siendo consciente de las miradas de desconcierto de los presentes. Aquella no era ella; necesitaba volver a casa. Lily se acercó a animarla.

—Natalie, estás bien. ¿Te traigo un poco de agua?

—La cocina está inhabilitada —respondió secamente.

—Tengo algunas botellas en el invernadero. Puedo traerlas... nos vendrán bien a todos.

—No puedo dejarte que vayas sola.

—Yo la acompañaré —se ofreció Jacob. Natalie los miró por un momento y finalmente accedió.

Pasados diez minutos, se reunieron en la sala y repartieron botellas para todos. Natalie permanecía en su asiento, vigilante, aunque su mente estuviera muy lejos de allí. Margaret tarareaba una dulce canción, mientras July Clark, la heredera del multimillonario Julius Clark, apoyaba su cabeza en el regazo de la cocinera. Donna mantenía la mirada hacia el suelo. Carla y Emma dormitaban. Lily se unía al grupo. Jacob se acomodaba algo distante, finalmente había adquirido un talante menos altanero. Y Charlie... acababa de beber casi de un trago toda su agua provocándole una tos incontrolada. Natalie acudió de inmediato a socorrerle.

Charlie tosía, a la vez que la piel de su rostro tomaba un tono azulado y en la comisura de sus labios se formaba una costra blanquecina; acto seguido, con los ojos abiertos en su máximo exponente, Charlie se desplomó. Natalie tomó su pulso y, aunque débil, seguía con vida. Miró a su alrededor; y finalmente en su mente todas las piezas encajaron. Natalie no tenía tiempo que perder. Le lanzó el teléfono a Lily y le pidió que avisara al servicio de emergencias.

—¿Hay algo que podamos hacer por él? —preguntó July con lágrimas en los ojos.

—¿Le han envenenado? —quiso saber Jacob. Natalie asintió—. ¿Debemos provocarle el vómito?

—No, solo haríamos más mal que bien—. La agente se dirigió a Margaret—. Acompáñame a la cocina y dale de tomar una cucharada de aceite, así protegeremos su estómago y trataremos de neutralizar el tóxico. Denle agua con un trapo para que no se deshidrate—. Luego le habló al resto—. No se aparten de su lado y si sólo uno abandona la biblioteca sin mi permiso, lo arrestaré por desobediencia.

Natalie abrió la puerta, le pidió a Margaret que fuera cuidadosa en sus pasos y que evitara mirar hacia la ventana de acceso tras la que el cadáver de Hamilton se descomponía. La cocinera tomó el aceite y salió presta a auxiliar a Charlie. Natalie volvió a clausurar la cocina y cambió su destino; se dirigió al invernadero para comprobar sus últimas pesquisas.

La agente cruzó la biblioteca sin explicar sus intenciones mientras Charlie seguía inconsciente. Natalie le comunicó al grupo que tuvieran paciencia y luego se dirigió a hacer su visita. Algo le decía que allí encontraría las piezas que tanto anhelaba hallar y que confirmarían sus sospechas; lo que no imaginaba es que también encontraría un billete con dirección al hospital.

Capítulo XIX

Tras un retraso considerable, debido a la climatología, el avión de la agencia del FBI aterrizaba en Vermont. Jack y su equipo se repartían en varios coches, y conducían sin demora a Hamilton Heaven. Al ser asesinado su topo, tener pruebas suficientes y a Natalie como testigo, Malone lo había dispuesto todo para detener tanto a Flynn como a Walker.

El sheriff Flynn se encontraba sentado en la barra de la cafetería situada junto a la comisaría. El mal tiempo y las constantes llamadas de vecinos alarmados, le habían llevado a tomarse un café acompañado de un buen chorreón de whisky. Pronto una mano sobre su hombro, puso fin a su descanso.

Malone escoltaba a Flynn, a pesar de sacarle varias cabezas; todo el personal los miraba sorprendidos e incrédulos. Sabían que Flynn era un déspota y arrogante pero... ¿un delincuente? Nadie lo consideraba ni tan loco ni tan inteligente.

Malone lo obligó a sentarse en una de las salas de interrogatorios. Él ocupó el asiento de enfrente e inició su investigación.

—Espero que tenga una buena excusa para esta humillación pública— interrumpió el sheriff antes de oír las acusaciones—. Joyce es un viejo amigo de la familia— dijo haciendo referencia al subdirector de la agencia— no creo que le guste saber cómo su equipo gasta inútilmente sus fondos; además de hacer el ridículo—. Malone ignoró su sutil amenaza y comenzó a hablar.

—Hamilton Heaven, Jacob Adams, doctor Walker, paraíso fiscal, fraude... ¿no le dicen nada esas palabras?

—No sé a dónde quiere llegar con todo esto. Jacob y Walker son dos buenos amigos; y Hamilton Heaven un centro dirigido por el primero—. Malone se acomodó en el respaldo de su silla y dibujó una pícaro sonrisa.

—Flynn, Flynn, Flynn... no me haga perder el tiempo. El doctor Walker está en la sala contigua cantando como un pajarito. Ha sido más listo que usted y ha sabido aprovechar la oportunidad de confesar para reducir su pena. Su actitud solo sirve para alargar lo inevitable.

—¿Cree que soy estúpido? Walker no puede contar nada porque no hay nada que contar—. Malone disfrutaba con todo aquello. Tomó entre sus manos el informe y releyó algunos párrafos hasta llegar al punto que deseaba; por supuesto todo era parte del rol que desempeñaba para hacer a hablar al detenido.

—Le leo textualmente: “No te preocupes Walker, no nos dará problemas [agente Davis]. El sheriff Flynn está de camino y se encargará de todo”; ¿tampoco tiene nada qué decir sobre la muerte de Emily Stone? Nunca imaginé que tendría un caso de fraude y asesinato.

—¡Eh! ¡No se equivoque! Es cierto que temían que aquello afectara a la reputación del centro pero investigué y determiné que no había nada anormal. Puede leerlo todo en mi informe—respondió el sheriff aun seguro de sí mismo.

—Los forenses han determinado que fue asesinada. Interponerse en una investigación está penado con la cárcel.

—Ya le he dicho que no hubo dolo en ningún momento.

—Flynn... —un agente entró en la sala impidiéndole continuar. Se acercó a su oído y le susurró una información crucial para el desenlace de su caso para luego marcharse de inmediato—. Esto es estupendo. Como le decía Walker lo ha contado todo. Tan pronto como redacte su confesión y la firme tanto usted como Jacob Adams no tendréis escapatoria.

—Ya le he dicho que sus tretas no sirven porque no hay nada que confesar.

—Pues el agente que acaba de salir, me ha dado una información que le interesará. Walker ha confesado que todo fue idea suya y de Jacob, él se vio arrastrado por vuestras estratagemas y amenazado por usted.

—¡Pamplinas!

—Ha dicho algo de un día de póker y cervezas—. Flynn palideció, aquello comenzaba a sonarle demasiado verosímil para que aquel federal se lo estuviera inventando.

—¡Walker es una sucia rata callejera! ¡Miente!

—Con la confesión, la colaboración de Michael Hamilton, el testimonio de la agente Davis y toda nuestra investigación... no tienes escapatoria; ni tú ni ellos. La única alternativa que te concedo— Malone se acercó todo lo que pudo a la mesa en actitud cómplice, tuteándolo—, por ser compañero, es permitirte que colabores antes que ese despojo—. Flynn comenzó a tocarse el lóbulo de la oreja, desesperado.

—Dame un bolígrafo y un trozo de papel— concluyó el sheriff.

Pasada media hora, Flynn entregó la confesión firmada a Malone quien daba las oportunas indicaciones mientras una pareja de agentes escoltaba al doctor Walker hasta la sala de interrogatorios; por primera vez en ese día.

—¡Maldito hijo de puta! —fueron las últimas palabras de Flynn, como sheriff, dirigidas a Malone por su engaño.

Capítulo XX

La tormenta había inundado parte del jardín y el huerto era un enorme lodazal del que no podría salvarse nada. Natalie observaba con minuciosidad todo su alrededor con la esperanza de que la lluvia hubiera olvidado llevarse con ella alguna pista importante.

Una vez dentro del invernadero, Natalie pareció animarse. Revisó cada rincón, cada planta, cada maceta... tan inmersa en su trabajo estaba que no advirtió que tenía compañía; ese alguien rompió una de las macetas en la cabeza de Natalie haciendo que la agente callera al suelo mareada. El agresor aprovechó el aturdimiento de la mujer para atarla de pies y manos, inmovilizándola en el suelo. Le tapó la boca con cinta. A Natalie le costaba enfocar bien tras el golpe. El sospechoso se sentó junto a ella y comenzó a hablar.

—Te has empeñado en complicarlo todo... ojalá no hubiera tenido que llegar a esto.

Natalie aprovechó que su agresor había bajado la guardia y con un movimiento de caderas, levantó sus piernas y lo golpeó con sus pies en la nariz. Se puso de pie y agarró a Natalie de los pelos. La sangre le bajaba por la barbilla. El asesino trataba de arrastrarla por el suelo sujeto a los mechones oscuros de Natalie. Ella forcejeaba. El culpable le soltó el pelo y se llevó la mano a la nariz. Consciente del dolor y la sangre, golpeó a Natalie en la cara con el puño cerrado. Luego regresó a su historia como tal cosa.

—Cuando supe que eras del FBI, me preocupé; pero pensé que podría entretenerte lo suficiente hasta escapar de aquí. Tus ansias por saber la verdad han acabado por condenarte. Te concederé eso, te lo mereces después de todo el trabajo. Matar a Mary fue muy fácil, la despreciaba; lo de Emily fue un trágico accidente; Hamilton... no jugaba limpio. Lo demás... puro teatro. Así de simple. Eres buena chica, lástima que tenga que deshacerme de ti también.

Mientras el asesino había estado hablando, Natalie se había aflojado las ataduras. Se puso de pie y lo abofeteó. Los dos se enzarzaron en una agresiva pelea. Agarraba del pelo, la golpeaba y clavaba las uñas en Natalie. Ella tenía técnica y pateaba y retorció sus brazos con movimientos perfectos. El agresor le lanzaba todo lo que encontraba en su camino hasta que con unas tijeras de podar puso fin a la trifulca, clavándoselas en el abdomen. Natalie se desvaneció.

—Siento mucho que esto termine así —dijo el asesino; pero Natalie apenas podía oír, su sangre se esparcía por el suelo y se vio a sí misma años atrás herida en el suelo de una gasolinera. Unos gritos y el alboroto que provenía de la casa, alertaron al asesino que huyó dejando a la agente allí tumbada y se reunió con el grupo sin levantar sospechas.

—¡Natalie, Natalie! —los gritos de Meyer, quien había por fin llegado con su equipo, la hicieron volver en sí.

Natalie permanecía tumbada en el suelo. Los gritos y las voces que la rodeaban las percibía de manera lejana. Le costaba mantener los ojos abiertos. Joe se había puesto a analizar tanto la cocina como el cuerpo de Michael Hamilton, y la escena del crimen. Jessica se encargaba del resto de residentes. Olivia pedía con urgencia una ambulancia y Brandon había ido a la enfermería en busca de utensilios para tratar de contener la hemorragia de Natalie. Jack no se apartaba de su lado, presionándole la herida.

—¡Natalie, no cierres los ojos! ¡Háblame! ¡No te perdonaré que nos dejes! ¡Natalie! —le gritaba tratando que la joven aguantara a que llegara la ambulancia.

—Jack... lo siento —logró decir.

—No te preocupes por eso ahora.

—Jack... soy un desastre—. Las lágrimas comenzaron a correr por su cara perdiéndose en su pelo.

—Sí, lo eres —Natalie rio con dificultad.

—Sé quién es el asesino. Casi me mata y no tengo pruebas.

—Las encontraremos, déjanos a nosotros —a la gente empezaron a cerrársele los ojos—¡Natalie! ¡Ni se te ocurra dejarme! —la sujetó por el cuello sin dejar de taponar la herida con la mano derecha, se inclinó sobre ella con la intención de besarla pero...

—¡Jefe! He traído todas las gasas que había —llegó Brandon interrumpiendo el momento.

—No podemos hacer mucho, puede que haya dañado algún órgano interno —explicó Jack Meyer con la esperanza de que Brandon no hubiese visto sus intenciones.

—Rellenemos la herida con gasas —indicó Brandon. Ambos hombres cubrieron la herida.

—¡Aguantad cinco minutos!—gritó Olivia desde la puerta—. La ambulancia ya está de camino—. Jack estaba desesperado.

—¿Dónde está esa maldita ambulancia? ¡Olivia!

—Voy a buscarla —Olivia salió corriendo en dirección a la casa.

Las sirenas comenzaron a oírse; Jack Meyer supo que pronto aquella pesadilla tocaría a su fin. Solo esperaba que ese no fuera su último momento junto a Natalie. Los sanitarios se encargaron de la joven y la llevaron al hospital. Jack tenía que encargarse de cerrar aquel caso y no podía correr tras Natalie.

—Olivia ve con ella y no te apartes ni un segundo de su lado. Mantenme informado.

—Sí, señor —. Si él no podía estar con ella, Olivia era la mejor opción. Miró el suelo lleno de sangre, luego contempló las ropas de Brandon y las suyas.

—Será mejor que nos limpiemos, antes de poner patas arriba este lugar. No voy a permitir que el culpable salga indemne de esto.

Los dos hombres abandonaron el invernadero y se dirigieron al hall, junto la escalera, donde el director y Jessica mantenían una acalorada discusión. Jack lo reconoció de las fotos que Malone le había mostrado, él se había quedado en comisaría con su equipo interrogando al sheriff Flynn y al doctor Walker; necesitaban estar completamente seguros antes de detener a Jacob Adams.

—Si esa agente suya no ha sabido llevar este asunto no es mi problema.

—Por su bien mantenga la boca cerrada, si no quiere que... —Jack Meyer interrumpió a Jessica. Sabía que tras su rubia melena y su cara angelical, Jessica era capaz de patearle el trasero a aquel tipo sin despeinarse.

—¿Qué ocurre aquí? ¿Quién es usted?

—Soy el director de este centro y exijo...

—Usted, no es nadie para exigir. ¿Qué hay detrás de esa puerta?—preguntó señalando la biblioteca—. Si no quiere que los encierre por entorpecer una investigación criminal, se van a meter ahí todos. La agente Jessica les va a hacer compañía mientras nos cambiamos, les van a dar sus huellas y muestras de ADN y luego van a obedecer nuestras normas porque ha habido tres asesinatos y una agente federal ha resultado herida. ¡Qué alguien me diga cuál era la habitación de Natalie!

—Yo les acompañaré —les dijo Margaret.

—Venga, vamos.

Jessica fue sentando al grupo en la biblioteca; al tiempo que Margaret precedía a los agentes hasta la habitación de Natalie. Los tres entraron. Jack Meyer cedió su turno en la ducha para hablar con la cocinera.

—¿Qué puede contarme?
—A Emily se la llevaron a las horas de morir. Mary está en el lavabo y el señor Hamilton en el comedor. Agatha descansa en la enfermería. Y a Charlie se lo llevó hace una media hora la ambulancia.
—¿Charlie es...?
—El enfermero. Natalie estaba segura que la persona que había matado a Emily era la misma que había matado a Mary.
—¿Y eso?
—Ambas aparecieron de la misma manera.
—¿Qué relación tenían las víctimas con el resto?
—Emily y Lily eran muy amigas.
—¿Y Mary?
—La primera vez que coincidieron Lily y ella tenían relación pero esta vez a penas se hablaban. Fue con la llegada de Natalie cuando retomaron la amistad. Con el resto... bueno, Mary coqueteaba con todos.
—Cuénteme todo lo sucedido y hábleme de los huéspedes —la cocinera comenzó a hablar para poner al día al agente y ahorrar tiempo.

Brandon hacía rato que se había unido a la conversación. Jack Meyer agradeció a la mujer por toda la información facilitada, la cual había apuntado en su cuaderno de notas, y luego dio las indicaciones oportunas.

—Brandon necesito que revises el cuerpo de Mary Miller que yace en el baño y comprueba el estado de Agatha Milton que está en la enfermería. Joe se ocupará del terapeuta. Tengo el móvil de Natalie y os he enviado todas las fotos sobre los escenarios del crimen; todo debe estar contaminado pero es más de lo que podríamos obtener en estas circunstancias. Luego comparar las muestras con las huellas recopiladas por Jessica. A medida que acabes con ellos que se marchen. Deja al director y su mujer los últimos, ese tipo no me gusta. Tal vez no tenga relación con este caso pero esconde algo; le concederemos tiempo a Malone para detenerlo. Señora Dalton que Brandon le tome las huellas y luego puede marcharse.
—Gracias agente.

El agente y la cocinera se marcharon y Jack se metió en la ducha. Una vez borradas las marcas de sangre y vestido con ropa limpia, ojeó la habitación. Rebuscó entre las cosas de Natalie tratando de hallar sus notas. Sabía que le serían de gran ayuda pero no estaban por ningún sitio. Jack se detuvo en un lapicero de madera tallado a mano, lo reconoció; era el objeto del que Natalie no se había separado en el viaje a casa desde Village Street. Lo volteó y en la base tenía grabada las iniciales del asesino. “¿Por qué lo habría llevado con ella? ¿Realmente, lo amaba?”, se preguntó decepcionado. No tenía tiempo para eso, devolvió a su sitio el lapicero y siguió buscando.

Al otro lado de la ciudad, Natalie y Olivia bajaban de la ambulancia. Una de las enfermeras le impidió el paso a Olivia.

—Soy agente federal y tengo órdenes de no apartarme de ella—. La enfermera miró al médico y éste le permitió quedarse.
—No moleste y no la echaré, pero si pone en juego la vida de mi paciente, me importará un bledo las órdenes que tenga.
—Sí, señor—. Olivia se apoyó contra una pared, observando sin impedir el buen funcionamiento de la sala.
—¡Tenemos que llevarla urgentemente a quirófano! Tiene el bazo desgarrado. ¡Vamos!—la sacaron de la sala de urgencias y corrieron a toda prisa hacia el ascensor.
—¿Qué le digo a mi jefe? —gritó Olivia.
—¡Qué la cosa pinta mal!

Olivia palideció. Pidió indicaciones sobre dónde estaba la sala de espera y se sentó en una butaca apartada del resto. Tomó el celular entre sus manos y lo miró durante unos segundos. Lo guardó de nuevo. No tenía valor para informar a Meyer de que, tal vez, no volviera a ver a Natalie. Se acomodó en el asiento, cerró los ojos e hizo lo único que podía hacer, esperar.

Jack se acomodó en el despacho de Michael Hamilton donde encontró las notas de Natalie, las cuales releyó varias veces, además de revisar los informes del terapeuta.

Brandon y Joe fotografiaron cada prueba, tomaron cada muestra y revisaron cada rincón, como hiciera Natalie; con la diferencia de que ellos contaban con el equipo necesario.

Las pruebas del baño reafirmaban sus suposiciones. Mary Miller había muerto asfixiada debido a una intoxicación por un fármaco que había sido inyectado en su pecho, y las marcas en sus muñecas habían sido provocadas para fingir su suicidio. Obtendrían datos más precisos una vez realizada la autopsia. La huella en el espejo, aunque difusa, les podría revelar a su agresor una vez comparada con las del grupo. Por lo demás, poco se podía hacer por Mary Miller.

En cuanto al asesinato de Michael Hamilton, el responsable se había colado y había huido por la ventana de acceso. La pisada de la encimera era de un pie pequeño, un 37 europeo. Debía ser una persona de baja estatura y menuda, y usar zapatos de goma blanda para que al saltar desde la encimera, Michael Hamilton no hubiera advertido su presencia. La huella del cuchillo en la cocina tampoco era clara, así que solo podían esperar; en pocas horas podrían custodiar al culpable.

Todo apuntaba a que Agatha Milton había sido empujada, teniendo como consecuencia algunos moratones sin importancia y una fuerte golpe en la cabeza. Las pruebas forenses revelarían si en sus ropas había restos humanos transferidos en el forcejeo.

Jack se reunió con el equipo dos horas después en el hall mientras todos esperaban en la biblioteca en la que Jessica permanecía haciendo guardia.

—¿Cuáles son los resultados? —quiso saber Jack.
—Tras revisar la escena teníamos las sospechas de que... —Joe intentaba dar explicaciones pero Jack no estaba dispuesto a seguir perdiendo el tiempo.
—Al grano —determinó el agente Meyer.
—Hemos incluido todas las pruebas en la base del ordenador y comparado con las muestras que Jessica ha tomado. Las huellas encontradas tanto en el cuchillo como en el trozo de espejo que usaron para cortar las muñecas de Mary, no son suficientemente nítidas para darlas por válidas pero los testimonios señalan a la misma persona; el baño era colectivo así que es algo circunstancial. Pero hemos encontrado en las macetas del invernadero la jeringa con restos de lorazepam y en el lodazal, las tijeras de podar que usó para atacar a Natalie. Creemos tener un nombre. Se ha venido abajo y ha confesado el ataque al enfermero. El resto está aún difuso pero estoy seguro de que si le apretamos las tuercas, nos confesará todo con lujo de detalles.
—¡Estupendo! ¿De qué es culpable?
—Podemos demostrar que estuvo en la cocina y en el baño, nada concluyente, que pudo matar tanto al terapeuta como a la actriz pero no hay ningún indicio sobre

qué pasó con la subdirectora, si mató a Emily Stone o si atacó a Natalie —explicó Brandon.

—¡Maldita sea! —Se quejó Jack—. Detened al sospechoso, dejad que el resto se marche y llamad al forense para que certifique las muertes. Voy a sustituir a Olivia en el hospital. Ella se queda al mando. No os mováis de aquí hasta que ese hijo de puta confiese—. Jack se dirigió a la salida sin permitir que los dos hombres añadieran nada.

—¡Pero jefe! ¡Aún no le hemos dicho de quién se trata! —gritó Joe.

—¡Qué se encargue Olivia! —y escapó a toda prisa en dirección al hospital.

Capítulo XXI

Joe y Brandon siguieron las indicaciones del agente Meyer, permitieron que todo el mundo se marchara y escoltaron a la sospechosa a la comisaría local donde Olivia se encargaría de interrogarla. La detenida no había dejado de llorar y lamentarse desde que le habían leído sus derechos, acompañando sus gimoteos con súplicas y afirmaciones constantes de que era inocente.

Olivia y Brandon entraron juntos en la sala de interrogatorios mientras Jessica y Joe observaban atentamente, tras el espejo de doble cara que los separaba de la detenida.

—Buenas tardes. ¿Sabe por qué está aquí? —preguntó la agente para iniciar la investigación y tratar de que Lily Donovan, la culpable de los asesinatos según las pruebas encontradas, se relajara y colaborara en la medida de lo posible.

—Sí, pero todo es un malentendido.

—Eso no es lo que indican las pruebas —corrigió Brandon, al tiempo que le explicaba las conjeturas del equipo—. Déjeme que le cuente como lo vemos nosotros—. Lily no levantaba la vista y evitaba mirar a los ojos de los agentes—. Emily era su mejor amiga, vio en ella un fuerte apoyo para recobrar la autoestima y dejar de sentirse culpable por la muerte de su hija; pero esa sucia engreída pensaba darle la patada por un mediocre enfermero que a lo máximo que aspiraba era a poner tiritas a niños pequeños.

—¡Emily no era así! ¡Ella era mi amiga! ¡Jamás me haría daño! —gritaba fuera de sí en defensa de la modelo—. Pero necesitaba ayuda, era muy manipulable... esas ideas de marcharse solo podían venir de Charlie.

—Lo hace responsable de su enemistad. Por su culpa discutieron aquella noche en el invernadero y Emily murió sin saber cuánto la quería —medió Olivia. Lily afirmaba con la cabeza sintiéndose comprendida—. ¿Por eso lo envenenó con herbicida? Hemos encontrado restos en la botella de agua que Charlie Moon tomó. ¿O influyó el hecho de que Natalie le prestara más atención a todos menos a usted?

—Están malinterpretándolo todo. Sé cómo trabajan. Me he documentado muchas veces para mis libros y no tienen ni idea de lo que ha sucedido. Y mientras me tienen aquí, el verdadero culpable se ríe de todos nosotros.

—De acuerdo. Dígame usted lo que ha sucedido —animó Olivia. Lily tragó saliva, los nervios le habían secado la boca y le costaba hablar con claridad.

—Sí, yo aproveché el momento para deshacerme de Charlie; pero ni mucho menos maté a ninguno de los otros, ni herí a Natalie. ¿Cómo podría hacerle daño a alguien que quiero?

—Lo mismo que aquel día permitió que su hija muriera en su cuna —replicó Brandon, quien había asumido el papel de “poli malo” a la perfección.

—¡Es usted un ser despreciable! ¡Maldito hijo de perra! —Lily estaba fuera de sí y si no hubiese estado esposada a la silla, hubiera abofeteado al agente hasta quedarse sin aliento.

—Agente O’Neal, eso ha sido un golpe bajo. Haga el favor de dejarnos solas. Yo interrogaré a la sospechosa. Y envíe a uno de los guardias con un poco de agua para la señora Donovan —recriminó Olivia. Brandon obedeció y Lily sintió que podía confiar en aquella desconocida por mucha placa de FBI que poseyera. Cuando se quedaron solas y Lily sació su sed, Olivia reinició las preguntas.

—¿Quién cree que querría muerta a Emily?

—No lo sé... desde que la encontré he lucubrado mil y una posibilidades pero no concibo que exista alguien capaz de hacerle daño a Emily. Era un encanto y todos la querían.

—Eso es lo que nos dicen todos pero lo cierto es que Emily está muerta y alguien no la estimaba tanto.

—¿Y si fue un accidente?

—Podría ser... —Olivia trataba de animarla y que perdiera el miedo a confesar.

—Discute con alguien, ese alguien la mata por accidente y cuando es consciente de lo que ha hecho, se asusta y finge su suicidio. Es la única explicación posible.

—Si hubiese sido un accidente, solo necesitaríamos la confesión para solucionar todo este embrollo.

—Debe haber alguna prueba que se les haya pasado y que lleve al verdadero culpable—Lily seguía aferrada a su inocencia. Olivia decidió tirar de otros hilos para evitar quedar encerrada en un callejón sin salida.

—¿Y qué me dice de Mary Miller, Agatha Milton, Michael Hamilton o Natalie Davis? ¿También son accidentes?

—Si Mary y Emily murieron igual, fue obra de la misma persona. Y una vez es un error, pero dos... es una elección. Quien mató a Mary lo hizo a conciencia, quizás por celos o váyase usted a saber por qué. Mary era odiosa. Acosaba a todos y lo único que quería era ser el centro de atención. Al señor Hamilton se lo cargarían por miedo a que hablara más de la cuenta. De Agatha... no sabría decirles pero estoy segura que si Natalie está ahora en el hospital, es porque se había acercado lo suficiente.

—Parece estar muy segura de lo sucedido. ¿Por qué no confiesa y nos ahorra tiempo? Todas las pruebas apuntan a usted; incluso encontramos en el invernadero y sus inmediaciones las armas homicidas. Sabemos de sobra que usted monopolizaba ese sitio.

—¡Soy inocente! ¡Solo soy responsable de tratar de hacerle pagar a ese malnacido de Charlie que manipulaba a Emily! Yo tenía razón con esa sucia rata; se acostaba con alguien más. Lo supe tan pronto como Natalie quiso averiguar si yo estaba al tanto.

—¿Cuénteme lo sucedido?

Lily se ofreció a ir al invernadero para tomar unas botellas de agua que guardaba allí; pasaba muchas horas entre aquellas plantas y tener algo de agua de reserva le ahorra tener que cruzar toda la mansión. Cuando abandonó la biblioteca acompañada de Jacob jamás pensó que fuera capaz de hacer algo así, pero justo iba a salir del invernadero, observó bajo su mesa de trabajo una botella de herbicida; una malévola idea revivió en su mente con fuerza: “Con un solo vaso...” sonrió con placer; su venganza estaba cada vez más cerca, lo presentía. Charlie debía pagar por convertir las últimas horas con su querida Emily, en algo tan desagradable de recordar. No dudó ni pensó en las consecuencias, rellenó una de las botellas con un poco de herbicida y la reservó para su víctima.

—Es muy valiente por su parte confesar su tentativa de asesinato; pasará a disposición judicial cuando acabemos con los interrogatorios. Deje de esconderse y afronte las consecuencias. Las familias de Emily Stone, Mary Miller y Michael Hamilton se lo merecen.

—¡No he matado a nadie! —gritó con todas sus fuerzas Lily.

Olivia comenzaba a sentirse frustrada, aquello no iba a ningún sitio. Se levantó de su asiento y se reunió con el resto de su equipo que las había estado observando.

—Esto es absurdo. Debemos pensar alguna forma de que confiese. Las pruebas no nos servirán de nada ante un tribunal —anunció Olivia desesperada.

—Creo que va siendo hora de que Meyer recuerde el puesto que ocupa —añadió Jessica.

—Todos estamos preocupados por Natalie pero está claro que él siente algo especial por ella —dijo Brandon que había sido testigo del intento de su jefe por besarla, a pesar de no haber comentado nada de lo sucedido.

—Tenéis razón. Hablaré con él. Que venga Whiteman para hacerle un análisis psicológico a Lily; debemos hacer todo lo que esté en nuestras manos para aclarar este asunto —determinó Olivia antes de marcharse hacia el hospital.

Capítulo XXII

Jack observaba el cuerpo de Natalie a través del cristal; yacía sobre la cama con el rostro pálido y los ojos cerrados. Las sábanas la cubrían hasta el cuello. Jack trataba de contener las lágrimas pues sabía que muy pronto llegaría Olivia para informarle de los avances en el caso. Sentía un enorme hueco en su pecho; sabía que su corazón se había marchado para hacerle compañía a Natalie. Deseó haberse disculpado cuando tuvo ocasión y haberle dicho que era una de las personas más importantes de su vida; todo apuntaba a que ya no tendría oportunidad de hacerlo. Olivia llegó como Jack esperaba.

—Hola jefe, ¿cómo estás? No tienes buen aspecto —. Jack no respondió.

—Ponme al día —se limitó a decir.

—La autopsia de Mary indica que le inyectaron lorazepam en el corazón, una dosis superior a la máxima de 4mg que puede soportar una persona. A Michael Hamilton le degollaron con el chuchillo encontrado en la cocina. Las huellas no son suficientemente nítidas para darlas por válidas; el baño era colectivo así que es algo circunstancial. He contactado con el doctor Walker, quien hizo la autopsia de Emily Stone. Confirma la historia que encontramos en las notas de Natalie. Jacob Adams le pagó y él cambió el resultado; aun así nos ha dado una copia del informe original. También había restos de lorazepam en el cuerpo de Emily. Por otra parte, Lily ha confesado que es la responsable del incidente con Charlie —. Olivia narró la escena según Lily le había relatado.

—Según el doctor Whiteman, Lily es una persona inestable y asegura que puede que vuelva a intentar herir a otra persona si nuevamente se siente amenazada —dijo concluyendo así con el accidente de Charlie. Pero aún quedaba un tema por tratar —. Sigue sin querer hablar.

—No pienso dejar que se libre de la agresión de Natalie ni que un abogado listillo lo tire todo por la borda. Quiero su confesión; la necesitamos, sino solo nos queda un puñado de especulaciones sin fundamento—. Jack guardó silencio pensativo.

—Jefe, creo que hay una forma de hacerla hablar pero no sé si la aprobarás.

—Escupe.

—Mark Jones. Estoy segura que si le decimos que han atacado a Natalie, nos ayudará. He estado investigándole y era bastante bueno.

—Es una persona inestable; no creo que sea una buena idea.

—Pero si controlamos el contexto, estamos alerta... nada tiene por qué ir mal.

—Lo último que desearía ahora mismo es tener que recurrir a él en este momento.

—Pensaré otra cosa.

—No he terminado de hablar. Lo último que desearía ahora mismo es tener que recurrir a él en este momento, pero si estás totalmente segura que es nuestra mejor baza...

—Estoy segura de que puedo disponerlo para pasado mañana y que funcionará.

—Si algo sale mal, tú serás la responsable y tendrás que asumir las consecuencias.

—Nada saldrá mal.

—De todas formas pide a Brandon que repase todas las pruebas, las notas de Natalie... que inicie una investigación paralela alejado de cualquier influencia exterior. No quiero que nuestra obsesión de encontrar al culpable, nos lleve a encerrar a alguien inocente. Buena suerte con Jones, Olivia.

—Perfecto. Me pongo en ello en seguida —dijo Olivia iniciando el paso. Se detuvo antes de marcharse—. ¿No crees que deberías ir a casa y dejarla descansar en paz?

—Encárgate de lo que hemos hablado. Adiós, Olivia—. La despidió Jack.

Olivia había concertado una cita para interrogar a Mark Jones en la prisión donde lo habían trasladado. La agente esperaba encontrarse allí también con su abogado, pero Mark no se había molestado en contactar con él. Olivia lo contempló con detenimiento. Superaba los 45, las primeras canas en su sien lo delataban. Ojos grandes, barbilla prominente, corpulento; era bastante atractivo.

—¿Y su abogado? —quiso saber la agente.

—No he creído oportuno que nos acompañara. Sé muy bien que tengo que decir y estoy seguro que no habrá nada nuevo que usted pueda contarme.

—Vengo a proponerle que colabore con el FBI. Tenemos a una supuesta asesina que se niega a confesar. Todas las pruebas que hemos hallado son inconclusas pero apuntan en la misma dirección. Necesitamos una confesión.

—Como sabrá, he sido recientemente considerado un peligro para la sociedad.

—Existen ciertas circunstancias que requieren medidas desesperadas. Quizás si supiera de lo que se trata, podría sufrir un episodio de bondad pasajero.

—Creo que ha visto muchas películas de ciencia ficción, señorita—. Mark Jones se tomó unos segundos para reflexionar. Continuó—. Si le soy sincero, todo esto me intriga. Algo muy importante debe haber sucedido para que su jefe le haya permitido recurrir a mí. Me hubiese gustado más que él hubiese venido a arrastrarse, hubiese sido tan divertido... Supongo que aún le escuece la herida —dijo haciendo referencia a cómo había afectado a Jack Meyer su relación con Natalie.

—Creo que si me dejara explicarle la situación, le sería más fácil aceptar a ayudarnos.

—¿Y por qué tendría que ayudarles? Ya saben que solo hice lo que hice por Natalie.

—Ese es uno de los motivos por los que estoy aquí. La agente Natalie Davis ha sido una de las personas atacadas.

—¡Vaya! Esperaba más de Jack Meyer, no imaginé que fuera capaz de recurrir a Natalie. ¿Creyó que caería en algo tan burdo?

—Si no me cree, léalo usted mismo—. Olivia le tendió varios periódicos donde aparecía la noticia de todo lo sucedido en Hamilton Heaven. Mark Jones comenzó a leer divertido, pero a medida que avanzaba, su cara palidecía.

—¿Me está diciendo que Natalie está...? —Justo en ese instante el abogado, George Clark, entraba en escena.

—Señor Jones, le prohíbo que diga nada más. La directora me ha contado que el FBI quiere que colabores con ellos.

—George, ¿han atacado a Natalie? —le preguntó Mark a su abogado.

—Mark como amigo te pido que no lo hagas otra vez.

—Responde.

—Sí, la han atacado.

—Entonces, tú y yo no tenemos nada más que hablar —objetó tajante.

—Mark, quizás la próxima vez no tengas tanta suerte. Por favor, piénsalo.

—¡Qué tenga un buen día, señor Clark! —despidió Mark Jones. El abogado abandonó la sala indignado.

—Señorita, ¿qué es lo que quieren de mí?

—Necesitamos que haga hablar a la asesina y confiese los asesinatos de Mary Miller y Emily Stone.

—Bien... —dijo Mark.

—¡Estupendo! Lo prepararé todo para... —Olivia estaba entusiasmada.

—No vaya tan deprisa. No he dicho que vaya a aceptar. Quiero leer los informes sobre el caso. Y quiero ver a Natalie.

—No creo que eso sea posible...

—Estoy seguro de que Meyer sabrá cómo hacerlo. Dígame que es mi motivación para colaborar, y que ninguno de sus hombres conseguirá lo que busca tan pronto como puedo hacerlo yo. Dígame que puede que esa mujer nunca confiese y que salga impune mientras Natalie continua postrada en una cama. Recuérdele que soy solo

un hombre condenado a cadena perpetua que pronto se apartará de su camino para siempre. Vaya a hablar con él y solo vuelva si ha aceptado mi condición. ¡Qué tenga un buen día! — Se levantó de su asiento, dando por terminada la charla y pidió al guardia que lo llevara a su celda. Olivia tenía mucho de lo que ocuparse y Meyer no se lo pondría fácil.

Capítulo XXIII

Jack había improvisado una peculiar oficina con las dos sillas que estaban situadas en el pasillo que precedía a la habitación donde Natalie continuaba postrada; desde que había sustituido a Olivia no se había separado de ella ni un solo minuto, y era la agente la que se encargaba de traerle informes, comida y ropa limpia. Las enfermeras lo miraban con una mezcla de admiración y pena, y más de una se había ofrecido a sustituirlo o a cederle una cama portátil junto a Natalie; algo poco habitual y que se saltaba el protocolo del hospital al encontrarse en la zona de cuidados intensivos, pero la actitud devota de Jack había cautivado a las féminas.

Inmerso en la lectura de los documentos sobre el caso Hamilton, no se percató de la presencia de Olivia hasta que esta se plantó frente a él, con los brazos cruzados y poniendo morritos. Jack alzó la vista y soltó un suspiro hastiado; acariciándose el tabique nasal con el índice y el pulgar, la interpeló.

—¿Qué malas noticias traes hoy? —preguntó con desgana.
—Te he traído algo de comer y una camisa limpia y... —Olivia titubeaba —claro que...
Voy a ponerte al día pero... no tienen por qué ser malas noticias.
—Olivia... —Jack pronunció su nombre haciendo un esfuerzo por calmarse y explicarse siendo comprensivo con ella—. Te conozco desde hace ya el tiempo suficiente para saber que solo “das besos al aire” cuando algo no va tan bien como te gustaría.
—Es Mark Jones —soltó sin rodeos.
—Si es porque no quiere participar, no te preocupes. No me agradaba la idea y supongo que será mejor así —alentó Jack sin alzar la voz, de manera sosegada, de una forma tan poco habitual en él que Olivia se sintió animada a darle todos los detalles.
—Todo lo contrario, quiere participar —corrigió ella. El ceño de Jack se frunció aunque continuó su discurso apaciguado.
—¿Cuál es el problema?
—Ha puesto una serie de condiciones.
—¿Qué? —preguntó endureciendo su expresión.
—Quiere leer todos los informes sobre el caso, pero antes le gustaría visitar a Natalie. No colaborará si no le dejas verla.
—¿Cómo? —Jack se había puesto de pie—. No negocio con asesinos. No le necesitamos, el doctor Whiteman se encargará.
—Lleva toda la mañana interrogando a la sospechosa sin éxito.
—Es cuestión de tiempo, y supongo que alguien habrá en todo el FBI que no sea un inútil charlatán. No estoy dispuesto a que una tipa con suerte porque se hayan contaminado todos los escenarios, vaya a librarse de pagar por las muertes que ha coleccionado—. Finalmente había perdido todo el espíritu zen que había adquirido en el hospital.
—Lo hemos intentado todo. Me pareció más sensato buscar un colaborador externo que admitir que nuestro equipo no había podido hacer un simple interrogatorio—. Olivia trataba de apelar a su orgullo.
—¡Si es necesario iré yo mismo a sacarle una confesión aunque tenga que arrancarle las uñas una a una! —gritaba fuera de sí. Una de las enfermeras lo miraba horrorizada. Olivia se disculpó y prosiguió con la conversación.
—Dale una oportunidad. No tenemos nada para retenerla y las 72 horas de las que legalmente disponemos se nos agotan.
—¡Maldita sea! Solo espero que ese desgraciado sea la mitad de bueno de lo que cuentas porque si no... —Jack la amenazaba con el dedo vociferando. Toda la planta los observaba. Una mano golpeaba su hombro interrumpiéndolo. El agente se giró, encontrándose con una madura enfermera que le llegaba por el pecho en cuya insignia rezaba que era la jefa de planta. Ni la sonrisa pícara que trató de usar para ablandarla, ni recurrir a su placa, le sirvió para salvarse del sermón de la anciana.
—15 minutos. Es lo máximo que le concederé; y no es negociable —fueron las últimas palabras de Jack sobre la intervención del asesino.

El momento de la visita de Jones a Natalie, Jack tuvo que armarse de paciencia y hacer un esfuerzo sobre humano para no golpear a aquel cretino que caminaba altanero y mostraba una estúpida sonrisa de superioridad. El agente se negó a dirigirle la palabra y se mantuvo firme durante el tiempo que Mark Jones hablaba a una inconsciente Natalie; tuvo que apretar con fuerza los puños y aferrarse con los pies al suelo cuando el criminal se despidió de la joven con un tierno beso en la frente.

—Necesito toda la documentación referida. Si el detenido es culpable, lo aplastaré como a una mosca por lo que le ha hecho a Natalie—. Aquellas palabras hicieron que Jack le dirigiera una mirada una vez que Mark se le unió en el pasillo; la única que le dedicó. Era incomprensible cómo un hombre capaz de mutilar a sus víctimas y hacerse con sus hígados como trofeo, pudiera albergar un amor tan abnegado por alguien.
—Lo dispondré todo. No tenemos tiempo que perder —concluyó Olivia.

Capítulo XXIV

Llegado el momento trasladaron a Mark Jones a la comisaría de Vermont donde custodiaban a la responsable de varias muertes en la residencia Hamilton Heaven. Le habían proporcionado un traje elegante y acicalado para la ocasión, Mark Jones parecía resurgir de su miseria. Olivia le dio las indicaciones oportunas.

—Estaremos tras el espejo observándolo todo. Dos agentes custodiarán la puerta. Necesitamos que la haga hablar.
—No debe preocuparse. Empecemos cuanto antes.

Cada agente ocupó su posición y Mark entró en la sala de interrogatorios donde la mujer aguardaba. Miraba un punto fijo en la mesa y mantenía el rostro impassible. Ni si quiera alzó la vista cuando él entró y tomó asiento frente a ella. Mark había leído el informe sobre la paciente y sabía cómo conseguir su cometido.

—Buenos días, Lily. Mi nombre es Mark Jones. Supongo que sabrá por qué estoy aquí. Me imagino cómo debe sentirse después de tantas decepciones y pérdidas. En ocasiones, cuando sufrimos un cambio impactante, nos bloqueamos. Es la forma que tiene nuestra mente de pedir auxilio. Sé que cree que no hablar de ello le hará más fuerte o en el mejor de los casos hará que todo pase; pero se equivoca. Hay gente muy interesada en desvelar este misterio y que no cejará hasta conseguirlo—. Mark empezaba a quedarse sin recursos. El tiempo que había pasado sin ejercer, lo había oxidado un poco. Decidió darle unos minutos de silencio para que Lily se habituara a él y asimilara su monólogo—. Creo que todo lo que ha vivido en estos meses la han convertido en una mujer fuerte, me sorprende que ahora se oculte tras el silencio.

—¿Qué quiere saber? —acabó por decir Lily.
—Quiero saberlo todo—. Mark Jones le lanzó la pregunta sin rodeos—. ¿Por qué mató a Emily Stone y a Mary Miller?
—Yo no hice nada de eso; seguro que fue esa desquiciada de Agatha Milton.
—¿Qué motivos podría tener?
—Se paseaba por el centro ocultándose en cada esquina para estar informada de todo. Es una psicópata obsesiva—. Mark frunció el ceño, eso era algo con lo que no había contado.

—¿Y por qué mataría a Mary Miller? Según nos han informado, no tenían ninguna relación.
—Mary Miller estaba con todos, seguramente también se acostaba con su marido.
—Pero eso no explica la muerte de Michael Hamilton.
—Sabría más de la cuenta —respondía a cada pregunta robóticamente.
—Parece muy convencida de su versión de los hechos.
—¿Puedo irme ya? —Mark ignoró la pregunta.
—Los federales saben que usó un cuchillo para acabar con Michael Hamilton; encontraron sus huellas en el mango.
—Habrán encontrado unas huellas pero dudo que sean mías por dos motivos: uno, yo no fui; y dos, no estarían perdiendo el tiempo.
—¿Admite que es responsable del accidente de Charlie?
—Sí.
—¿Igual que es responsable de las muertes de Mary y Emily?
—¿Qué pasará si confieso? —Lily necesitaba salir de allí, estaba cansada y abatida.
—Eso dependerá de usted. Si sigue alargando esto, solo conseguirá empeorarlo todo—. Mark sabía que si usaba las cartas adecuadas conseguiría que la mujer confesara con lujo de detalles; aquella pregunta le había indicado el camino a seguir—. Si colabora y confiesa, yo mismo me encargaré de que la envíen a un buen sitio; pero debería decidirse pronto, pues puedo asegurarle que convertiré todo lo que ama en un amasijo de escombros si no me dice todo lo que los federales necesitan saber. No creo que le guste saber lo que le hacen en ciertas cárceles a las mujeres que matan a sus hijas. Tengo muchos contactos y nada que perder—. La sog a se había cernido al cuello de Lily; ella sabía que era absurdo continuar resistiendo, los federales no cejarían hasta que oyeran lo que querían oír. Suspiró e inició su alegato poniendo todas sus esperanzas en las alentadoras palabras de Mark.

—Emily era una niña en un cuerpo de mujer. Charlie solo tuvo que usar palabras bonitas para conquistarla; me sentí abandonada. No quería hacerle daño—. Lily se restregaba las manos sin dejar de mirar por la ventana—. Y de la otra... Mary era odiosa, una fulana sin autoestima, se reía de mi a mis espaldas y yo fingía que no sucedía nada... No creo que nadie la eche de menos. Michael sabía demasiado —dijo mecánicamente—. Como ya he dicho, todo fue un accidente. Hagan lo que tengan que hacer pero déjenme salir de aquí—. Llevaba casi 72 horas ininterrumpidas de interrogatorio y la presión había podido con ella; confiaba que Natalie se recuperara y explicara todo el asunto, salvándola de aquella pesadilla.

—¿Lamenta algo de lo sucedido?
—Sí, dos cosas: la muerte de Emily Stone y que la agente Natalie esté ahora en el hospital—. En eso no mentía. Le partía el corazón que sus dos amigas hubieran tenido aquellos desagradables desenlaces. Mark Jones tuvo que contenerse para no golpear a aquella mujer y escondió los puños bajo la mesa, apretándolos con fuerza, mientras forzaba una estúpida sonrisa. Continuó con las preguntas.

—Como ya le he dicho, los federales saben que usó un cuchillo para acabar con Michael Hamilton; también saben que con una jeringa de lorazepam se deshizo de Emily y Mary. Pero me gustaría oírlo de su boca. ¿Confiesa que fue usted la autora de las muertes que se le imputan?

—Sí.
—¿Qué hizo con las armas?
—Las escondí en las macetas.
—¿En el invernadero?
—Sí. ¿Puedo irme ya?
—¿Dónde atacó a la agente Natalie Davis? —incidió en el tema Mark Jones.

Lily guardó silencio, tomándose unos segundos para reflexionar sobre todo lo sucedido durante aquellos últimos meses. Finalmente, la escritora rompió su silencio.

—Nadie ha querido decirme qué ha pasado con Natalie.
—Le he hecho una pregunta. ¿También atacó a la agente Natalie Davis?
—No entiendo todas estas preguntas, ella podría contar la historia, ¿o no es posible? ¿Natalie está en el hospital?
—Gracias a usted debatiéndose entre la vida y la muerte.
—¿La muerte? —quiso corroborar Lily; aquello no estaba bien. Al otro lado del cristal los agentes parecían confundidos. Ya habían conseguido lo que querían y no entendían por qué seguía Mark Jones con ese tema.
—¿Sabe? Natalie es una persona muy especial. Una chica joven, atractiva y encantadora. Con toda una vida por delante...
—¡Espere! ¡Me retracto! ¡Necesito ver a Natalie! —gritaba Lily tratando de librarse de la tumba que ella misma había cavado.

A continuación Mark Jones de un saltó cruzó la mesa y se aferró al cuello de Lily Donovan a la que con un movimiento firme y certero rompió el cuello, dejándola sin vida. Los agentes habían acudido inmediatamente para reducirlo. Brandon lo había tirado al suelo y lo sujetaba colocando sus rodillas sobre la espalda de Jones.

Olivia se dirigió a él.

—¿Por qué ha hecho eso? ¿Por qué? Ya la teníamos.
—¡Por Natalie! Todo es por ella. ¡Siempre ella!
—Natalie está en el hospital luchando por sobrevivir y usted acaba de firmar su sentencia. ¡Esto no debía de haber ocurrido! —Olivia estaba confundida; había conseguido su objetivo a cambio de la vida de una mujer, aunque fuera una despreciable psicópata. Y Mark Jones... ya nada podría salvarlo de la inyección letal. Olivia telefoneó al agente Meyer.

—Jefe, tengo noticias. Lily Donovan ha confesado.
—¡Eso es estupendo!
—Pero Jack... el asesino de Village Street ha vuelto a matar.
—¿Cómo dices... —Jack no terminó la frase. Las enfermeras acudían de inmediato a la habitación de Natalie, la rodeaban y trataban de reanimarla. Su vida pendía de un hilo.

El médico untó las palas de gel y se dispuso a darle la correspondiente descarga. Jack repetía su nombre como en un susurró tratando de despertarla. La corriente recorrió todo su cuerpo sacudiéndola y sus ojos se abrieron de par en par, con la espalda totalmente extendida hacia detrás. El monitor cesó por un segundo su pitido constante para adaptarse a los latidos del corazón. Natalie, al fin, estaba de vuelta.

Las enfermeras, por orden del médico, le concedieron algo más de media hora a la agente para que se acomodara a su regreso entre los vivos. En cuanto Jack tuvo oportunidad, se sentó junto a ella; no tenía intención de separarse de su lado.

—Jack... —susurró Natalie cuando las enfermeras los dejaron a los dos solos.
—No hables. El médico ha dicho que necesitas descansar y no hacer ningún esfuerzo.
—...
—Nos has dado un buen susto.
—¿Y el caso? —consiguió pronunciar la agente.
—Las pruebas eran muy difusas pero finalmente hemos obtenido su confesión. Una mujer traumatizada por la muerte de su hija que ha pagado con el mundo su desdicha; un cóctel mortal.
—¿Lily? —quiso saber.
—Le guardaba rencor a Charlie por eso lo envenenó.
—Pero no mató a Emily.
—Ya te he dicho que ha confesado todo; incluso tu agresión.
—¡No, Jack! —Natalie trataba de abandonar la cama histérica. No podía permitir que una mujer inocente pagara por algo que no había hecho. —¡No fue Lily!
—¿Cómo dices? —Jack palideció.
—Mi instinto me dijo quién era, lo vi en su rostro; pero Lily... parecía tan culpable. Me manipuló y yo... su versión era tan plausible; pero cuando finalmente vi a Charlie caer al suelo, lo supe; porque cuando descartas lo imposible, lo improbable tiene que ser lo cierto. Por eso acudí al invernadero, sabía que si encontraba allí las armas homicidas mis sospechas de que pretendían culpabilizar a Lily no serían infundadas. Debéis dejarla libre y detener al verdadero culpable. Me lo confesó antes de herirme—. Jack la miraba confundido, frustrado, no sabía cómo lograría solucionar todo aquello—. ¿A qué esperas? —apremió Natalie.
—Hay algo que debes saber —Jack era consciente de que no era el momento más adecuado pero era en ese momento o nunca. Le contó lo sucedido con Lily y las consecuencias de aquello. Natalie dirigió la mirada hacia la ventana, una lágrima se perdió en su mejilla hasta morir en su cuello.

Capítulo XXV

Los federales ya habían cerrado el caso, habían limpiado toda la casa y se habían despedido dejando a Jacob inmerso en una gran preocupación; permanecía encerrado en su despacho apoyado en el respaldo de su silla, con los codos sobre los reposabrazos y uniendo las puntas de sus dedos, mientras meditaba acerca de todo lo sucedido.

Agatha revisaba cada rincón de la casa recreando su vista en cada habitación, disfrutando de la calma, de la soledad de aquel lugar que tenía tanto que ofrecer y del que estaba tan orgullosa. Lo había meditado sosegadamente; tras los turbios incidentes acaecidos cerrarían unos meses, quizás hasta primavera, y luego reabrían con otro nombre. Jacob y ella se merecían una nueva oportunidad de ser felices. Se aproximaba al despacho de su marido cuando este salió a toda prisa y la detuvo en la puerta principal. El director del centro estaba pálido y le costaba hilar las frases con coherencia.

—¿Te encuentras bien?
—Los federales están en la puerta, acabo de dejarles entrar.
—Pensé que ya habían cerrado el caso y no necesitaban nada más de nosotros ni de la casa.
—Hay algo que quiero decirte y después de todo lo que has sacrificado por mi encaprichamiento por la mansión, es justo que lo sepas de mis labios.
—Me estás asustando, Jacob. ¡Déjate de tonterías! —Agatha estaba fuera de sí. Tres vehículos negros del FBI acababan de girar deteniéndose frente a la escalinata.
—Te he mentido.
—¿Cómo dices?
—Necesito que lo sepas...

“Hace un año ya que todo comenzó como una broma. Era viernes de póker; habíamos bebido y el humo de los habaneros comenzó a hacernos estragos. La idea surgió de Walker; había leído o visto en televisión, no lo recuerdo, un reportaje sobre el tema.

—Para tres tipos inteligentes como nosotros sería facilísimo. Flynn se encargaría de buscar los datos de las empresas, Jacob a hacer facturas falsas y yo a gestionar las cuentas. Os puedo asegurar que en pocos meses tendríamos dinero suficiente para que los tres tuviéramos una despreocupada jubilación—. Se acomodó en su asiento y exhaló el humo de sus pulmones. Una nube grisácea lo rodeó otorgándole magnanimidad.

No sé si fue culpa del whisky barato que nos sirvió Flynn o el discurso de Walker, pero una hora después lo teníamos todo planeado y lo que era peor, comprometiéndonos. A la mañana siguiente una parte de mí quiso olvidar toda aquella descabellada idea pero el riesgo y la posibilidad de que saliera bien me nubló. Llevamos meses creando facturas de gastos ficticias cuyos importes vamos ingresando en una cuenta ajena al rastro del Estado; o eso creíamos.

Cuando esa agente llegó pensamos que nos seguían la pista pero obviamente ella ni se imaginaba nada de nuestro asunto. Su obsesión por el caso de Emily, nos llevó a falsear su autopsia; pero te prometo...”

Jacob no pudo continuar la conversación, los agentes irrumpieron en la mansión. Uno de los agentes se dirigió al director del centro, le enseñó las esposas y el hombre se giró para que se las pusieran. Otro de los agentes sujetaba del brazo a Agatha que perpleja no sabía reaccionar. El oficial comenzó a leerle sus derechos.

—Señor Jacob Adams, queda arrestado por... —el detenido le interrumpió.
—Un momento—. Necesitaba oír de la boca de su mujer que lo perdonaba; pero no tuvo oportunidad.
—Señora Agatha Milton, queda detenida por el asesinato de Emily Stone, Mary Miller, y Michael Hamilton; y la tentativa de homicidio de la agente Natalie Davis —. Agatha se dejó esposar mientras Jacob le preguntaba una y otra vez si era cierto; estaba desquiciado, se afanaba en soltarse del policía para sacarle unas palabras a Agatha. La mujer despechada y ofendida ni si quiera se dignaba a mirar a la cara a su marido mientras mantenía alzada la cabeza en actitud altanera y desafiante. Jacob logró escaparse y se acercó a ella.
—Dime, ¿es cierto? —quiso saber Jacob. Agatha volvió el rostro.
—Me das asco. Después de todo lo que he hecho por ti y por este maldito sitio, lo estropeas —le reprochó acompañando cada palabra con una buena dosis de rencor para despedirse escupiéndole a la cara.

Los agentes los introdujeron a cada uno en sus respectivos coches y abandonaron Vermont para siempre.

En cuanto Jack recibió la noticia, y ya que Natalie estaba despierta y estable, abandonó el hospital después de estar días haciendo guardia allí. Cuando llegó a la oficina, el doctor Tony Whiteman le esperaba en su despacho.

—¡Buenos días!— dijo sentándose en su sitio—. ¿Qué puede decirme de Agatha Milton?
—Es un claro ejemplo de trastorno de personalidad narcisista. Tiene un grandioso sentido de auto-importancia, se cree especial y única, es muy pretenciosa y carece de empatía—. El buen humor abandonó a Jack que golpeó la mesa con el puño.
—¡Estupendo! —ironizó—. Otra loca suelta cuyo abogado alegara demencia y se irá de rositas—. Whiteman carraspeó.
—No creo que vivir encerrada en un psiquiátrico pueda considerarse salir impune.
—Dígaselo a las familias. ¿Cree que es fácil decirle a los padres de una joven de tan solo 24 años que ha muerto a manos de una loca y su mayor castigo será tomarse unas vacaciones pagadas por el estado de por vida?
—Primero, loca no es un término adecuado; se denomina “enfermo mental”. Y segundo, no creo que ese haya sido problema suyo. Por lo que sé han sido sus subordinados los que han gestionado el caso y con dudoso éxito. Solo disculparía a la agente Davis y por pura suerte.
—¿Llama suerte a estar a punto de perder la vida? —Jack se había puesto de pie y acercaba su cara todo lo posible a la del psicólogo; por fortuna, la mesa los separaba.
—Lo único que le digo es que esa mujer sufre un trastorno y le remarco un hecho que está en boca de todos. No me compete a mí decírselo pero... se rumorea que su puesto pende de un hilo.
—¡Váyase a la mierda! —insultó el agente. Whiteman no estaba dispuesto a continuar con aquella discusión. Le lanzó el informe detallado, y salió diligente del despacho. Jack respiró profundamente y se dispuso a hablar con la detenida. Todo su equipo permanecía tras la mampara de cristal.

—Según tengo entendido, está dispuesta a confesar todo lo sucedido. ¿Es así? —Jack no iba a andarse con rodeos; despreciaba a aquella mujer y deseaba cerrar cuando antes aquel caso. Agatha asintió.
—¿Por dónde empiezo?
—Cuénteme todo, desde que decidió entrar en la habitación de Emily Stone hasta que mi equipo la detuvo—. Agatha tomó aliento, tragó saliva e inició la narración de su peculiar historia.

Me paseaba por la mansión, escondiéndome tras las puertas, en los pasillos o en cualquier punto donde no fuera vista pero pudiera oír cada palabra, confesión o chismorreos. Se había convertido en mi gran pasatiempo y en una estupenda forma de estar alerta; algo indispensable si vives rodeada de gente inestable.

Aquella noche, Emily había salido de la enfermería con una actitud poco corriente; se había cuidado de no ser vista ni de alertar a nadie de sus movimientos, ajena a que mis despiertos ojos la seguían. Apoyada en una de las paredes del invernadero, oí cómo la joven confesaba mantener una relación en el centro y como las diferencias entre ella y Lily acababan con algún utensilio roto y Emily huyendo entre lágrimas para refugiarse en su habitación. Lily se tomó su tiempo, quizás limpiando el destrozo y pensando en lo sucedido; posteriormente, visitó la enfermería y, nuevamente escondida, fui testigo de cómo había amenazado a Charlie; descubriendo quién era el enamorado. Decidí que no podía quedarme de brazos cruzados. Debía hablar con Emily; no podía dejar pasar aquello; me enfrenté con ella. En ningún momento mi intención fue herirla y mucho menos matarla; solo quería hacerla entender cómo su encaprichamiento podía perjudicar a la reputación del centro, y eso era algo que no estaba dispuesta a concederle. He dedicado toda mi vida a aquel maldito sitio, guiada por los sueños de mi marido; no solo he invertido todo mi capital sino que postergué mi deseo de ser madre hasta convertirse en un hecho imposible. Toda mi vida gira en torno a “Hamilton Heaven” y no pensaba dejar que nada ni nadie arruinara al que había sustituido mi gran proyecto de vida.

Siempre llevo en el cinto jeringas y lorazepam para controlar ataques de ansiedad de los residentes; no sé cómo pero en la lucha contra Emily usar aquello aparentemente inocuo, me había convertido en una asesina. La última expresión de la joven me rompió el corazón pero no podía osar en tentar a mi suerte y escapé de la habitación. Me sentí aliviada cuando el veredicto de Walker había catalogado lo sucedido de “muerte por causa desconocida”. Había salido indemne de aquella pesadilla.

Al día siguiente, vi a Natalie entrar en el baño, yo me escondía en la biblioteca; pero las chicas casi me descubren fisgoneando cuando se colaron desde el jardín. Fingí acompañarlas justo cuando Natalie había abandonado en el baño a Mary. Esperé unos minutos hasta que el pasillo principal quedó despejado y acudí a hacer una visita a la actriz. Estaba plantada frente al espejo, retocándose.

—¡Hola! ¡Ah, eres tú! ¡Qué pena! —se lamentó de que no fuera Natalie la que hubiese regresado—. ¿Qué ha pasado? He oído a esas locas gritar.
—La lluvia —me atuve a responderle. Me limité a observarla, disfrutando del momento previo al éxito; pues estaba segura que volvería a salir airosa. Había utilizado el caos provocado por aquella lluvia inesperada para poner en práctica algo que deseaba hacer desde hacía demasiado tiempo. Aquella mujer había conseguido agotar la enorme paciencia de la que me jactaba de poseer. Estaba harta de que Mary se paseara por la mansión a su antojo, humillada hasta la saciedad por la relación con mi marido. No sé cómo pude contener la rabia cuando vi con mis propios ojos como la pareja salía del baño tras uno de sus tantos encuentros amorosos. El lorazepam me había funcionado una vez y volvería a funcionar entonces.

—¿Te sucede algo?— preguntó Mary al ver como me mantenía en silencio y cerraba el pestillo del baño—. ¿Quieres jugar? ¡Menuda sorpresa! Desde que ha llegado la nueva, estoy insaciable. Lo sé, lo sé, mi terapeuta me diría que los cambios en mi rutina me trastornan —decía mientras retocaba el maquillaje de sus mejillas—. ¿Vas a quedarte ahí mirándome? —Mary dejó lo que hacía y se dirigió hacia mí. Alcé la mano para que parara, le indiqué que se callara y sin pronunciar palabra; me aparté ligeramente y de debajo de mi camiseta saqué una jeringuilla que clavé en el pecho de la actriz. Retrocedí y contemplé como Mary hiperventilaba colapsándose su corazón. Poco a poco todo se fue oscureciendo para ella, hasta que llegó su fin.

Contemplé mi obra y mi cuerpo se estremeció de placer. Me acerqué a mi nueva víctima y la arrastré para colocarla sentada apoyada contra la pared. Posteriormente, golpeé el enorme espejo en el que minutos antes Mary se contemplaba, y con uno de los trozos que de él se desprendieron, marqué las muñecas en un corte perfecto. Un nuevo suicidio dispuesto por mi prodigiosa mente con el que libraría de indeseables al afamado centro “Hamilton Heaven”.

En relación a lo sucedido con Hamilton... había pasado bastante tiempo con la agente, el suficiente para que toda aquella farsa de repartir advertencias me escapara; todos aquellos comentarios que el terapeuta había compartido, y no habían pasado inadvertidos para mis oídos, solo podían formar parte de un plan para atrapar me. Había oído como Flynn aseguraba que Hamilton era un traidor. Jacob había desistido en enfrentarse al terapeuta, como el cobarde que ya sabía que es; subiendo las escaleras, vi a mi marido dirigirse a la biblioteca. Esperé a que Margaret abandonara la cocina para bajar las escaleras y seguir al terapeuta que esperaba en el comedor a alguna señal de la agente; Michael Hamilton era un traidor que debía pagar por su ingratitud. Hamilton pensó que había descubierto el juego sucio de mi marido. Antes de poder darse cuenta de su error, con un cuchillo que tomé de la cocina, recorrí su cuello arrebatándole la vida.

Había atravesado la ventana con sigilo, mis escasos 50 kilos y aquella horrible tormenta, me ayudaron a colocarme tras Michael Hamilton sin ser descubierta. Me resultó todo tan fácil y me sentí tan eufórica por ello, que rebanarle el cuello fue el culmen de un momento perfecto. Retrocedí, dejé el cuchillo sobre la encimera y corrí por las escaleras, antes de que Natalie pudiera descubrirme. Sinceramente... en ningún momento pensé que la agente fuera capaz de descubrir toda la verdad.

Aun me quedaba hacer un nuevo movimiento para apartar las sospechas de mí; si alguien me atacaba, no podía ser la culpable. Me dejé caer sobre las escaleras y representé mi mejor papel, tratando de alejar cualquier posible imputación hacia mi persona.

Charlie me ayudó a subir a la camilla; untó el moratón de mi frente de crema anticoagulante y quiso hacerme tragar una píldora para aliviar los dolores.
—¿Qué es eso?
—Es un analgésico muy potente. Tan pronto como lo tomes te sentirás mejor y dormirás toda la noche—. Lo introduje en la boca y fingí tragar mientras me acoplaba a la camilla simulando dormir.

El alboroto provocado por el accidente de Charlie y la llegada de la ambulancia, me hicieron salir de la enfermería; y observar la escena desde una esquina. Cuando Natalie se dirigió al invernadero para investigar, me fue fácil bordear la mansión, pues todos estaban conmocionados con el envenenamiento de Charlie; algo que me disgustó, al sentir que tenía competencia.

Respecto a Natalie... No estaba conforme con que una agente del FBI formara parte del centro, pero las suplicas de Jacob, argumentando que repercutiría positivamente en la imagen de Hamilton Heaven, me convencieron. Pronto las teorías conspiratorias de Lily enturbiaron el ambiente y Natalie comenzó a investigar; obligándome a estar en alerta constante. No contaba con la insistencia de Natalie y su fervor por hallar la verdad. A cada hora que pasaba, sentía que el cerco se cerraba más y más. La inestabilidad emocional y psicológica de Lily la convertían en la candidata idónea a la que responsabilizar de las muertes de Emily y Mary. Contaba con la ventaja de ser la única que conocía la historia completa y eso era un punto a mi favor; así que me deshice de la jeringa en uno de los maceteros del invernadero.

Seguí a la agente, mientras todos se preocupaban de Charlie; estaba cansada de tener que estar constantemente vigilante, y la única alternativa que me quedaba era eliminarla del tablero de juego. Tan pronto se descubrió el cadáver de Mary, la detective inició los interrogatorios; no contaba con que Natalie descubriera, con tan solo una ojeada, que había sido un suicidio simulado. Sin duda, la había subestimado. Debía controlar la situación para librarme de los posibles cargos y que la normalidad regresara a mi vida. Nadie nunca pensaría que la pobre Agatha a la que habían herido fuera la responsable de todo lo sucedido. La existencia de un nuevo

asesino me hacía sentir poderosa y convencerme de que nadie repararía en mí como culpable.

Pero... el corazón se me paró cuando la vi tumbada en el suelo casi sin vida; por primera vez era consciente de la locura que estaba protagonizando, pero no podía confesar ni entregarme. Tan pronto como oí a los agentes, escapé y me colé de nuevo en la enfermería, hasta que uno de sus agentes vino a ver cómo me encontraba. Creí que nadie sospecharía nunca de mí que jamás me atraparían... nunca debí dejar a esa detective entrometida instalarse en “Hamilton Heaven”.

—A pesar de todo lo que me ha contado, todavía hay varios puntos que no me quedan claros—. Jack abrió su libreta de piel negra mientras Agatha permanecía perpleja; le había confesado toda su obra con lujo de detalles a aquel tipo y parecía no valorar todo su potencial—. ¿Qué sabía Emily o qué pensaba usted que sabía para que la llevara a atacarla?

—Era compañera de Mary, supuse que se refería al *affair* que mantenía con Jacob. Como ya le he dicho, su muerte fue un accidente. Nunca imaginé que acabaría muerta a mis pies.

—¿Por qué razón repitió las mismas pautas con Mary que con Emly? ¿No imaginó que daría qué sospechar?

—Entonces yo desconocía que Walker había falseado la causa de la muerte. Si una vez me había funcionado...

—Ya—. A Jack le parecía todo tan simple ahora que la culpable compartía sus pensamientos y razones; le enfurecía no haber sido capaz de dejar a un lado sus sentimientos y haberla detenido mucho tiempo atrás—. ¿Por qué cerró la puerta del baño?

—¿No pensaría que iba a ponérselo fácil? Imaginé que así creerían que habría escapado por la ventana.

—¿No fue así?

—Claro que no. ¿Se ha fijado en las puertas de la mansión? —No esperó respuesta—. Hice que las cambiaran cuando nos instalamos, por seguridad. El pomo es circular y lleva incorporado por dentro un pestillo y por delante una cerradura donde encaja una llave. Así se podía garantizar la privacidad de nuestros residentes pero podía abrir la puerta si la situación se nos complicaba.

—¿Por esa razón pudo salir de la enfermería sin ser vista?

—Natalie le había dado las indicaciones a Charlie de que cerrara por mi seguridad—. Agatha tuvo que contener la risa. Jack permanecía con gesto gélido—. Salir era tan sencillo como girar el pestillo por dentro y además... Jacob le dio su manojo de llaves a Natalie pero yo también tenía mi juego completo; si lo hubiese deseado me hubiera paseado por la casa sin que nadie lo hubiese imaginado.

—¿Cómo llegó al invernadero? ¿Y cómo volvió a la casa?

—Ya le he dicho que bordeé la casa—. Agatha resoplaba desesperada ante las estúpidas preguntas de aquel agente; supuso que no todos podrían tener su brillante mente privilegiada—. Solo hay dos formas de llegar al invernadero: cruzar la biblioteca y atravesar la cristalera de la derecha, o bordear toda la mansión. Obviamente tomé el camino más largo, pero el más seguro. No me culpe a mí de la mala distribución —decía sonriendo como si todo aquello se tratara de un juego—. Únicamente soy responsable de las cosas importantes. ¿Alguna otra duda más?

—¿Cómo logró que nadie se percatara de su viaje a la cocina?

—Las chicas estaban en el baño. Les convencí de que se despejaron un poco en sus habitaciones para disponer de más tiempo de movimiento. Esperé en las escaleras; hay un punto ciego donde ves pero no te ven. Solo tuve que tener paciencia.

—Una última pregunta... ¿Qué le hizo querer atacar a la agente Davis? Según he leído en sus notas, había conseguido engañarla.

—Si le soy sincera... me cansé de seguir alargando toda esa absurda trama. Había conseguido lo que quería que era culpar a Lily. La muy inútil me echó una mano al intentar deshacerse de Charlie. Sabía que tarde o temprano lo acabaría haciendo. Cuando te dedicas a observar, a permanecer en segundo plano, a autodenominarte como personaje secundario... no solo puedes hacer lo que quieras porque nadie reparará en ti, sino que aprendes cómo actúa el ser humano. A su Natalie le brilla la mirada cuando cree saber algo y estoy segura de que si todo este asunto no le hubiese cogido por sorpresa, si no hubiese estado completamente abrumada por sus propias preocupaciones y confundida por la actitud de Jacob... tan solo con observarme tras la muerte de Emily, hubiera sabido que era yo—. Jack cerró su libreta. Apartó ligeramente la silla dando por terminada la conversación. Antes de añadir tuvo la debilidad de torturar a la detenida; usando la información que Whiteman le había facilitado.

—¿Sabe Agatha? Para ser una mujer tan inteligente como se cree, no se dio cuenta de lo más importante.

—¿De qué?

—No se preocupe, tendrá tiempo más que suficiente para averiguarlo—. Cerró la puerta y la dejó allí, perpleja con la mente perdida. No hay nada peor para una persona que sufre trastorno narcisista que hacerle creer que ha sido tan estúpido como para dejar un cabo suelto. Jack no habría ganado la batalla, pero la guerra psicológica la había superado con creces.

EPÍLOGO

Mark Jones fue sentenciado a muerte por inyección letal. Su último asesinato había acelerado el proceso y lo había llevado a confesar y resolver cualquier duda sobre los cadáveres que acumulaba desde el fallecimiento de su mujer. Olivia tuvo que asumir sus responsabilidades como artífice de la incursión de Mark Jones en el caso; estuvo suspendida de empleo y sueldo durante cinco semanas. El informe detallado de Natalie, que tuvieran en su poder la jeringa y el resto de lorazepam, junto las tijeras de podar, donde Agatha los había guardado; y las pruebas y las confesiones no dejaban lugar a otra alternativa, por lo que la mujer fue detenida y ambos casos fueron cerrados. Agatha fue condenada a ser ingresada en una institución psiquiátrica de alta seguridad al sufrir de trastorno de la personalidad.

Charlie Moon se recuperó de sus heridas y encontró trabajo en un colegio como enfermero para niños de cinco a once años; como augurara Brandon en su momento.

Jacob Adams, el sheriff Flynn y el doctor Walker tuvieron que enfrentarse a juicio acusados de fraude fiscal continuado y con alevosía. Jacob Adams tuvo que ceder la mansión al Estado y tanto el sheriff como el doctor fueron inhabilitados; los tres tuvieron que pagar cuantiosas multas y pasar algunos años entre rejas; no los suficientes o los que hubiese deseado Malone que estaba indignado ante las penas que imponían en EEUU con los delitos de cuello blanco; algo que estaban intentando solventar por las constantes críticas sociales.

El resto de miembros del centro y el personal continuaron sus vidas según las circunstancias personales y ajenas les permitieron.

Pasaron solo cinco meses, algo poco habitual, hasta que llegó aquel día de Abril en el que Mark Jones iba a ser condenado a muerte con inyección letal; al parecer la fama que rodeaba al asesino y el interés desmesurado en todo lo que a él concernía, desencadenaron que el Gobernador se tomara con premura las diligencias oportunas. La sala estaba llena de altos cargos, familiares de las víctimas, y curiosos que pretendían disfrutar del espectáculo. Incluso los padres de Denny Carlson, una de las víctimas en Village Street, habían acudido. Natalie se sentó en la última fila para no ser descubierta. Mark Jones era escoltado hasta la cámara donde tenían todo preparado. No parecía tan valiente ni tan desquiciado. Tenía miedo. De repente, descubrió a Natalie y no dejó de mirarla en todo el proceso. Detentaba un gesto amable, cariñoso y despreocupado. Natalie sentía como su pulso se aceleraba y comenzó a costarle respirar, dudó si había sido una buena idea acudir. Le inyectaron a Mark la fórmula nociva, no gozaría más de unos minutos hasta que hiciera efecto. Le dedicó a Natalie una enorme sonrisa llena de amor y le regaló a la agente un último “te quiero”; acto seguido cerró los ojos y se dejó llevar a donde quiera que vayan los hombres como él.

Natalie necesitaba salir cuanto antes, aunque sabía que no sería fácil ya que la norma solo permitía la entrada o salida, al inicio y al fin. Se puso de pie, dejó algo en su asiento (un lapicero de madera tallado para ella por el hombre que estaba a punto de morir) y se dirigió al agente que custodiaba la salida. Achacó malestar pero el agente se negaba a dejarla ir; Natalie enseñó su placa, aseguró que se trata de un caso de seguridad nacional y finalmente la liberaron. Caminó todo lo rápido que sus piernas le permitían, controlándose para no salir corriendo y activar las alarmas. Ya en la calle, se detuvo para tomar aliento y rompió a llorar; un coche la estaba esperando. Subió al auto y se escondió tras sus manos.

—Ha sido horrible —lloraba desconsolada. El conductor trataba de abrazarla para calmarla; era Jack Meyer. A continuación, contuvo las lágrimas y una calma momentánea se apoderó de ella. —Hoy finaliza por completo el caso del asesino de Village Street. No volveré a consentirte, ni a ti ni a nadie, que me recrimines lo que allí sucedió. — Jack asintió sin decir nada, no quiso disgustarla aún más y sabía que dijera lo que dijera, ella lo usaría para desahogar toda su furia contra él. —Todo se acabó... todo.

Natalie rompió a llorar de nuevo y ante la actitud pasiva y comprensiva de Jack, decidió dejar a un lado su coraza y se acomodó entre sus brazos. Él la apretó contra sí mismo mientras olía su pelo; el olor a menta impregnaba todo el habitáculo.

—Llora todo que quieras, hasta que no te queden lágrimas; a medida que pasen los días la herida irá doliendo menos, hasta que un día sin saber cómo ni por qué dejará de doler. Muy pronto estarás inmersa en un nuevo caso y todo esto pasara a formar parte de un mal sueño.

—Tienes razón, Jack —Natalie alzó la cabeza quedando ambos a tan corta distancia que al hablar rozó sus labios, y añadió mirándole a los ojos. —¿Pero qué será de ti? —Los superiores de Jack le reprochaban que hubiera dejado todo por acudir a Vermont, escudándose en una débil defensa de su jurisdicción; había delegado en un subordinado desentendiéndose del caso por velar a un miembro del equipo y había permitido que un peligroso asesino en serie, interviniera en una investigación federal y viajara a otro estado sin autorización previa. Todo ello había desencadenado la suspensión indefinida del agente Meyer hasta la resolución de las indagaciones oportunas por parte del departamento de asuntos internos; era muy probable que perdiera su puesto.

—Habrà que esperar para ver que trae la mañana —dijo tratando de animar a Natalie y aliviar sus sentimientos de culpabilidad; porque ambos sabían que todo lo había hecho por ella.

—Habrà que esperar —repitió Natalie para después besarlo. Jack no estaba seguro de que traería la mañana pero sabía que al menos durante unos minutos, aquella noche... contradiciendo todo pronóstico de Mark Jones, Natalie sería suya.

AGRADECIMIENTOS

Mis primeras palabras siempre son y serán para mis padres, los responsables de que sea como soy, de que hoy esté donde estoy y de que algún día sea una persona de la que puedan sentirse orgullosos. Y por supuesto para mis hermanos, los hombres de mi vida.

Gracias a todos los lectores que quisieron darme una oportunidad, a los que me alagaron y criticaron, porque me hicieron ser más exigente con mi trabajo para que los unos siguieran disfrutando con mis novelas y para intentar redimirme con los otros.

Gracias por dejar que nuestros caminos vuelvan a encontrarse. ¿Nos leemos en la siguiente entrega?